

# LOS TRES DÍAS DEL GORRIÓN

Luis Miguel Estrada Orozco





Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

**Carlos Eduardo Barrera Díaz**

*Rector*

Doctora en Ciencias de la Educación

**Yolanda Eugenia Ballesteros Senties**

*Secretaria de Docencia*

Doctora en Ciencias Sociales

**Martha Patricia Zarza Delgado**

*Secretaria de Investigación y Estudios Avanzados*

Doctor en Ciencias de la Educación

**Marco Aurelio Cienfuegos Terrón**

*Secretario de Rectoría*

Doctora en Humanidades

**María de las Mercedes Portilla Lujá**

*Secretaria de Difusión Cultural*

Doctor en Ciencias del Agua

**Francisco Zepeda Mondragón**

*Secretario de Extensión y Vinculación*

Doctor en Educación

**Octavio Crisóforo Bernal Ramos**

*Secretario de Finanzas*

Doctora en Ciencias Económico Administrativas

**Eréndira Fierro Moreno**

*Secretaria de Administración*

Doctor en Ciencias Computacionales

**José Raymundo Marcial Romero**

*Secretario de Planeación y Desarrollo Institucional*

Doctora en Derecho

**Luz María Consuelo Jaimes Legorreta**

*Abogada General*

Doctor en Ciencias Sociales

**Luis Raúl Ortiz Ramírez**

*Secretario Técnico de la Rectoría*

Licenciada en Comunicación

**Ginarely Valencia Alcántara**

*Directora General de Comunicación Universitaria*

Doctora en Ciencias de la Educación

**Sandra Chávez Marín**

*Directora General de Centros Universitarios y  
Unidades Académicas Profesionales*

# Los tres días del gorrión

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS  
*Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México*

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

**Carlos Eduardo Barrera Díaz**

*Rector*

Doctora en Humanidades

**María de las Mercedes Portilla Luja**

*Secretaria de Difusión Cultural*

Doctor en Administración

**Jorge Eduardo Robles Alvarez**

*Director de Publicaciones Universitarias*

Mención honorífica

19° Premio Internacional de Narrativa

“Ignacio Manuel Altamirano” 2022

*Jurado*

Armando Alanís, México

Gustavo Ogarrio, México

Sergio Gutiérrez, Puerto Rico

Comité organizador

María de las Mercedes Portilla Luja

Jorge Eduardo Robles Alvarez

Eder Enríquez Castañeda

Luis Miguel Estrada Orozco

LOS TRES  
DÍAS DEL  
GORRIÓN



**Universidad Autónoma del Estado de México**

*"2022, Celebración de los 195 Años de la Apertura de las Clases en el Instituto Literario"*

Primera edición, julio 2022

*Los tres días del gorrión*

Luis Miguel Estrada Orozco

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C.P. 50000

Tel: (52) 722 481 18 00

<http://www.uaemex.mx>

Registro Nacional de Instituciones y Empresas Científicas y Tecnológicas  
(Reniecyt): 1800233



Esta obra está sujeta a una licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional. Los usuarios pueden descargar esta publicación y compartirla con otros, pero no están autorizados a modificar su contenido de ninguna manera ni a utilizarlo para fines comerciales. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx>

ISBN: 978-607-633-500-0

Hecho en México

El contenido de esta publicación es responsabilidad de las personas autoras.

Director del equipo editorial: Jorge Eduardo Robles Alvarez

Coordinación editorial: Ixchel Edith Díaz Porras

Gestión de diseño: Liliana Hernández Vilchis

Corrección de estilo: Silvia Martínez García

Formación: Antonia Aguilar Araujo

Diseño de portada: Luis Maldonado Barraza



## CONTENIDO

Presentación	9
Los tres días del gorrión	13
Plata	41
Los padres pródigos	73
Roca	99



## PRESENTACIÓN

Para la Universidad Autónoma del Estado de México es un honor presentar la décimo novena edición del Premio Internacional de Narrativa “Ignacio Manuel Altamirano”, para el que se convoca a escritores de todas las nacionalidades que dominen la lengua española y cuenten con una obra escrita en español, sin importar la temática, con un estilo capaz de distinguirse por su estructura narrativa y una redacción que se caracterice por resaltar la cotidianidad.

Para este certamen, que tiene como objetivo enaltecer el nombre del ilustre mexicano Ignacio Manuel Altamirano y que a la par promueve la creatividad literaria y estimula el fluir estético, se recibieron 365 obras de 30 países, y por primera vez se contó con la participación de autores provenientes de Australia, Israel y Turquía; en esta ocasión resalta el interés de autores mexicanos con 221 obras, en su mayoría con trabajos en el género de novela y cuento.

El jurado calificador, conformado por Armando Alanís, Gustavo Ogarrio y Sergio Gutiérrez, otorgó a la obra *El año de mi autismo espiritual* escrita por Carlos Alberto Reyes Ávila el voto unánime, el cual la posicionó como la ganadora del concurso;

en esa misma línea se le concedió mención honorífica a Luis Miguel Estrada Orozco por su obra *Los tres días del gorrión* y a Mauro Israel Barea Garabito por *Kolymá*.

Nuestra máxima casa de estudios reconoce el compromiso que tiene para impulsar el trabajo que se germina en los escritores, por lo que cada año se da a la tarea de convocar a mentes creativas y apasionadas por la narrativa, siempre ávidos por llevar sus palabras a ámbitos donde la literatura impacte a cada uno de los lectores.

PATRIA, CIENCIA Y TRABAJO

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

CARLOS EDUARDO BARRERA DÍAZ

*Rector*

*Para mis hermanos, mis amigos, mi familia.*

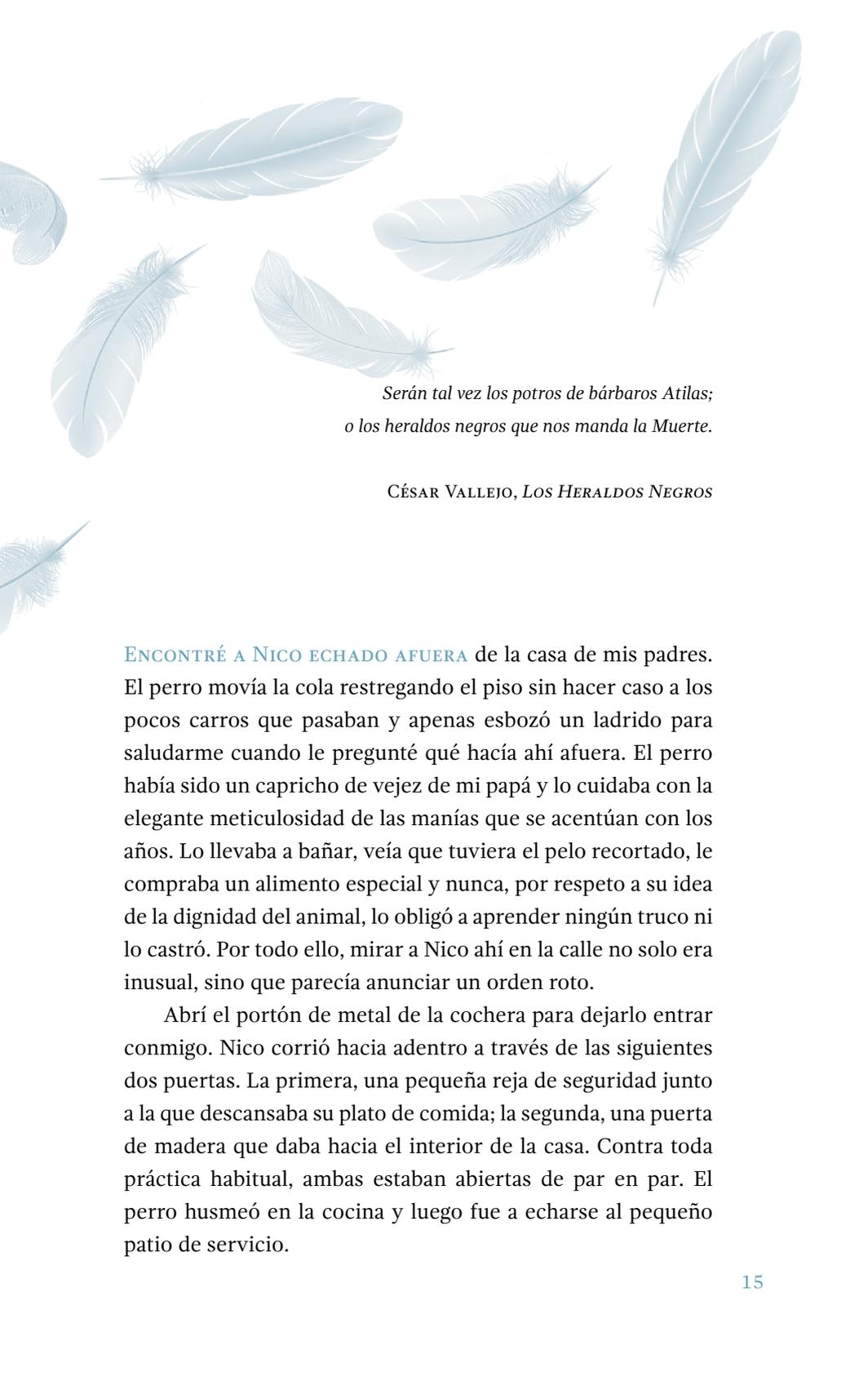
*Para Yvonn y para mi hijo Miguel;  
la estrella guía y mi capitán. Siempre.*



# LOS TRES DÍAS DEL GORRIÓN







*Serán tal vez los potros de bárbaros Atilas;  
o los heraldos negros que nos manda la Muerte.*

CÉSAR VALLEJO, *LOS HERALDOS NEGROS*

**ENCONTRÉ A NICO ECHADO AFUERA** de la casa de mis padres. El perro movía la cola restregando el piso sin hacer caso a los pocos carros que pasaban y apenas esbozó un ladrido para saludarme cuando le pregunté qué hacía ahí afuera. El perro había sido un capricho de vejez de mi papá y lo cuidaba con la elegante meticulosidad de las manías que se acentúan con los años. Lo llevaba a bañar, veía que tuviera el pelo recortado, le compraba un alimento especial y nunca, por respeto a su idea de la dignidad del animal, lo obligó a aprender ningún truco ni lo castró. Por todo ello, mirar a Nico ahí en la calle no solo era inusual, sino que parecía anunciar un orden roto.

Abrí el portón de metal de la cochera para dejarlo entrar conmigo. Nico corrió hacia adentro a través de las siguientes dos puertas. La primera, una pequeña reja de seguridad junto a la que descansaba su plato de comida; la segunda, una puerta de madera que daba hacia el interior de la casa. Contra toda práctica habitual, ambas estaban abiertas de par en par. El perro husmeó en la cocina y luego fue a echarse al pequeño patio de servicio.

Yo sabía que mis padres no estaban en casa, así que una puerta abierta detrás de otra me inquietó. Grité “Hola”, pero no hubo respuesta. Fieles a los rituales de domingo, mis padres habían salido antes del mediodía y no volverían sino hasta las dos con montones de comida. Ese domingo, como casi siempre, mi hermana menor, Nadia, llamaría para decir que iba tarde; su esposo llegaría antes que ella, con su hija Diana, ese anagrama de su madre. Empezaríamos a comer y ella se nos uniría luego. Sobraría comida. Mi padre, mi cuñado y yo nos sentaríamos a bañar la tarde en digestivos en la “cantina”. Alguien pondría una película infantil. Al anochecer, me despediría de todos y me iría de regreso a mi vida una vez que el domingo terminara. Mi hermana y su esposo harían lo mismo. Mi hermano Rubén, no. En estos domingos recién hechos había algunas tardes en que el primogénito aparecía de pronto en la reunión, como un espectro salido del estudio de mi padre. Guardábamos silencio; fingíamos normalidad. Había otras tardes en las que no estaba y llegaba a la mitad de la comida con sus hijas de la mano. Tomaban los alimentos apenas dirigiéndonos la palabra y se levantaban de la mesa antes que todos. Rubén se despedía y llevaba a Ale y a Judith de regreso a la casa en que durante más de diez años fue esposo y padre. Al volver, si Nadia y yo aún estábamos ahí, Rubén nos miraba apenas, caminaba tenso, rezongaba algo entre dientes y apuraba el paso hacia el mismo cuarto en que crecimos él y yo, ahora vuelto un estudio. Se encerraba y se quedaba allí como se había quedado los últimos meses: solo, trabajando hasta caer rendido o recostado en el sofá, incapaz de conciliar el sueño. Los domingos, mi hermana y yo nos íbamos de la casa de mis padres porque habíamos salido ya. Él no. Él había vuelto a pesar suyo.

Al imaginar la reunión dominical, pensé que el silencio le daba a la casa un aire de calma antes de la tormenta rutinaria. Mientras caminaba a la barra donde mi padre guardaba el ron, recordé que originalmente la casa había tenido un solo piso. Aunque la remodelación había ocurrido años atrás seguía viendo en mi cabeza los dos espacios superpuestos. En las tres habitaciones de esa casa mis hermanos y yo vivimos una infancia que por mucho tiempo pensé que había carecido de sorpresas, hasta que comencé a recordarla con detalle. Ahí también crecimos hasta desbordarnos de hormonas y rencillas. Con los años, mi hermano se casó apenas iniciando la universidad y yo me mudé al terminar la carrera. Nadia salió corriendo poco después en medio de un melodrama de telenovela que se resolvió con lágrimas y risas y una boda. Cuando el polvo de nuestra estampida se asentó había acabado no solo nuestra infancia, sino también la adolescencia y Rubén, Nadia y yo habíamos entrado de lleno en la adultez. La casa que había sido pensada bajo estrictos estándares de funcionalidad familiar perdió sentido y mis padres decidieron remodelarla. “Un último gusto antes de morir”, dijo mi padre, jubilado, y le pidió a Rubén que hiciera los ajustes que habían pensado. Mis padres convirtieron su antigua habitación en un cuarto de visitas. El cuarto que ocupamos Rubén y yo se convirtió en un estudio y arriba de esas dos habitaciones mis padres construyeron un segundo medio piso ocupado por completo por su nuevo dormitorio. Demolieron el cuarto que había sido de Nadia para poner una escalera de tres tramos con dos descansos y en el espacio que quedó hacia el pasillo abrieron una estancia. La cocina, la sala y el comedor fueron los únicos lugares que quedaron intactos. Seguramente por eso nos movemos prioritariamente entre esos tres espacios en las visitas de los domingos. Yo, en particular, siempre

gravito hacia esa barra a la altura del pecho que llamábamos pomposamente “la cantina”.

Crucé la estancia hacia la cocina con la casa en silencio. A medio camino, tomé un vaso de la barra, serví ron y lo bebí mirando al cielo. Gozaba de esa calma chicha, cuando escuché un aleteo rebotando contra el cielo interrumpido sobre mí; agaché la cabeza, asustado, e hice malabares para no tirar el vaso al suelo.

La estancia que había resultado de la remodelación era un espacio soberbiamente iluminado. En lugar de dejar un simple techo a doble altura, Rubén la cubrió con una gran plancha de acrílico: un enorme tragaluz con líneas de plástico a manera de persiana que bloqueaban parcialmente la luz. El acrílico estaba sostenido por una estructura de metal unida a los muros, y entre aquél y el remate de las paredes quedó un vuelo de quince centímetros cubierto con unas rejillas que permitían la circulación del aire exterior. Gracias al clima de la ciudad nunca hacía demasiado frío, incluso, las lluvias más cerradas apenas ocasionaban un leve goteo al interior, y hasta en los días más soleados bastaba abrir las puertas para dejar correr el aire y convertir el lugar en un paraíso para beber a mediodía. Esta solución sencilla, pero aventurera, daba la sensación de estar a un tiempo afuera y adentro de la casa. Tal vez por ello me sorprendió, menos de lo que habría imaginado, descubrir que el aleteo pertenecía a un gorrión atrapado adentro de la casa.

Saqué un montón de hielos del refrigerador y tomé el teléfono inalámbrico. Caminé de nuevo a la cantina, me tiré un chorro de ron a la garganta y luego me serví un doble con agua mineral. Mientras marcaba el celular de mi mamá, me senté en uno de los bancos de la cantina a recibir el sol y a buscar con la mirada al pájaro, que saltaba torpemente por el borde del tragaluz, pegado a la rejilla. Los hielos brillaban y

cantaban con su risa tintineante, el sol parcialmente domado me caía sobre la cara y yo lo recibía con los ojos plácidamente cerrados. Allá arriba, sin embargo, ocurría un drama callado.

—Mamá —dije en cuanto contestó—, se metió un gorrión.  
¿Quién dejó al perro afuera?

—Así se sale —me respondió entre el barullo de un lugar que no pude identificar.

—No se sale, lo sacan o se les olvida en la calle. Ya lo metí. Se lo van a robar un día.

—¿Quién lo va a querer si es un inútil? —siguió, apenas poniendo atención a la evidente consternación que yo sentía por el perro de mi padre.

—No se van a dar cuenta hasta que sea demasiado tarde. Oye, ¿y el gorrión?

—¿Todavía no se va? ¿Ahí está Rubén?

—¿Cómo que “todavía”? ¿Aquí estaba antes de que se fueran?

—Sí; hoy no fue por sus hijas.

—No, no hablo de Rubén, ¡el pájaro! ¿Aquí estaba antes de que ustedes se fueran?

—Uy, pregúntale a Rubén. Te va a dar santo y seña —siguió mi madre, hablando como en medio de otra actividad que yo no sabía si era una compra, un paseo o una visita.

—Bueno, ahorita que vuelva le pregunto.

—¿Adónde fue?

—No sé.

—¿No está?

—No lo he visto. No ha de estar. Las puertas estaban abiertas. A lo mejor salió y no las cerró.

—¿Dejó abierta la de la cochera?

—No, las dos de adentro.

—Es por el gorrión.

Levanté la mirada de nuevo. El gorrión apretaba su cuerpo frágil contra las rejillas de ventilación en una actitud de presa acorralada. Se refugiaba con tanta desesperación que casi conseguía desaparecer por un momento. Seguramente veía la luz y olía el aire, pero se encontraba atrapado por el entramado fino de metal. Sorbí un trago mientras lo miraba. El gorrión dio unos saltos torpes para salir de su escondite y luego ensayó un vuelo asustado buscando una salida tentativa mientras casi rozaba con las alas el acrílico, el límite superior de su encierro accidental. Su vuelo circular en un espacio tan reducido me hipnotizaba con la ternura de los esfuerzos inútiles. Miré la puerta que había cerrado tras de mí y supe que su intentona estaba destinada a un fracaso del que no podía culpársele, pues la única vía de escape había sido clausurada. Después de volar en círculo tres veces a una velocidad de huida inútil y creciente, se lanzó en picada de improviso y tiró un golpe de sus alas; ascendió como una flecha tirada contra el sol; repuntó su aceleración con la vista fija en el acrílico, como si después de ese breve, brevísimo clavado, remontara hacia el azul del cielo batiendo las alas con el desespero con que un buzo al que se le acaba el aire nada hacia la superficie. Volaba hacia el sol, el cielo azul, la libertad aparente detrás de la barrera invisible; aleteaba, miraba fijo, casi libre en su mente de absurdo prisionero, y al llegar al pico de su velocidad de ascenso se estrelló en el acrílico haciendo el ruido opaco de un gran insecto reventando contra un vidrio. Por un instante, el ave se revolvió en un amasijo de plumas informe y convulso, y luego, con las alas extendidas como en cruz, se convirtió en un cuerpo inerte que cayó por un segundo. Luego recuperó el vuelo, aturdido, y volvió a su refugio temporal junto a la rejilla, con el pico abierto y las plumas en desorden. No sé si

los pájaros lo hagan, pero me pareció que el gorrión jadeaba.

A mi lado, Nico miraba el mismo espectáculo con una atención casi humana, tanto, que las palabras me sobresaltaron cuando las oí mientras miraba fijamente al perro.

—Lo asustaste.

La voz de Rubén, salida de la nada en una casa que creí que estaba sola, me hizo dar un brinco atrás con velocidad de pájaro. El vaso tintineó, se me derramó el ron y me cambié el vaso de mano, sacudiendo la que se me había empapado.

—Está más asustado él —me dijo.

Mi hermano apenas me ponía atención; no me miraba. Estaba concentrado en el ave, que aguardaba oyendo nuestras voces con el terror quieto de una presa que se sabe en el rincón donde será muerta. Rubén se movía por la estancia sobre las puntas de los pies, bajaba la voz, lo veía fijo, más cómplice que cazador. Tenía la cabeza metida entre los hombros, como si quisiera que el gorrión, desde lejos, leyera su lenguaje corporal y no lo viera como a un enemigo.

—Ven —siguió, y caminó hacia la cocina—. ¿Cerraste la puerta?

Su voz, ahora, se oía cascada, como la voz de alguien mucho mayor que él o como el primer sonido de un instrumento de viento que ha aspirado polvo en un rincón por días.

—Cerré. Pensé que no había nadie. Estaba todo abierto —le dije mientras lo acompañaba a los bancos del desayunador desde donde aún veíamos bien la estancia iluminada—. Salúdame siquiera, ¿no?

Me tendió una mano fantasmal. Traía un pantalón que se veía usado de varias puestas, una playera opaca y floja, y no parecía haberse rasurado ni tocado el pelo recientemente. Le vi la misma mirada de insomnio que tenía los días antes de su boda. Lo abracé y él apenas opuso resistencia. El cuerpo,

la ropa y el cabello olían a cama de dos días, pero parecía no importarle. Seguía viendo al gorrión.

—¿Cómo andas? —le pregunté.

—Igual. Bien. ¿Qué hora tienes?

—La una, pasadas.

—En un rato llegan mis papás.

—Ya sé. Llegué antes para verte a ti, para saber cómo estás. ¿Y las niñas?

—Con Renata.

—¿No te tocan hoy?

—No. Ale cumplió años. Mi suegra le hizo un pastel.

—¿Mi mamá sabe? A lo mejor ella también le iba a hacer algo.

—Creo que sí.

—¿Le dijiste?

—Creo que platicamos.

—¿Crees o platicaron?

—Platicamos —bisbiseó sin haber despegado la vista del gorrión mientras hablábamos.

A unas semanas de volver a la casa de mis padres mi hermano se había vuelto cortante y apagado. Decía las cosas con la firme intención de no decir nada. Se escabullía. No soltaba prenda y lo que fuera que le pasara entre pecho y espalda se lo guardaba y lo escondía de todos. Sin embargo, no había sido así desde el principio. Un domingo antes de la reunión semanal mi mamá me había llamado:

—Rubén está en la casa.

—¿Tan temprano?

Cuando me puso al corriente y llegué antes de lo previsto, Rubén en efecto estaba allí, enfurecido, llenando la estancia con un montón de cajas en donde Renata había puesto sus cosas. Mis padres no habían ido por comida. Mi hermana

leyó la situación cuando se la contaron por teléfono y no se apareció. Mi padre evitó darme ni un trago y cuando le preguntamos a Rubén si necesitaba ayuda nos ignoró y se puso a echar telefonazos, a resolver cosas del trabajo sin decirnos nada. Era como si quisiera arreglar el mundo en vista de que no podía solucionar el problema que tenía enfrente. Yo había pensado en llevarlo aparte, decirle algo, preguntarle qué había pasado, pero Rubén se despidió. “Tengo una obra en marcha en Salvatierra”, dijo, y se había ido dejando atrás la gran pelea, porque asumimos siempre que hubo una pelea, asumimos que estalló algo irresuelto, triste o escandaloso, mantenido en un largo encierro y en un creciente secreto. Se fue y no volvió hasta el sábado siguiente. Había llegado directo a nuestro antiguo cuarto y había cerrado la puerta de un tirón. Desde el segundo piso, mi padre lo había escuchado caminar en medio de la noche, cambiando muebles de lugar, haciendo crujir las cajas de cartón que acarreaba desde la estancia, de donde nadie las había movido, y lo había ido a buscar cuando el sonido había amainado al fin.

—Usa el cuarto de huéspedes —le había dicho mi padre al verlo en el estudio revuelto.

—No soy un huésped —dijo Rubén, enrojecido por la rabia, o al menos, eso fue lo que mi padre me contó a mí—. No quiero ponerme cómodo. Quiero volver. Vine aquí mientras se arrelga todo, ¿sí? Me voy a ir. Me voy a ir otra vez. Voy a volver con mi familia.

Mi padre le decía que sí, que así iban a ser las cosas. Rubén había salido a recoger la última caja y se había quedado mirando a la ventana, hacia la cochera y a la noche. Mi padre se había puesto al lado suyo.

—Aquí te traía de noche, ¿te acuerdas? —dijo, y el recuerdo hizo que Rubén parara al fin.

De niño, a Rubén lo aterraban la noche y la oscuridad. Mi mamá trataba de calmarlo, pero no lo lograba. Mi papá a veces entraba a nuestra habitación y hablaba con él en susurros que yo oía desde la otra cama. Cuando Rubén se serenaba y mi padre al fin salía del cuarto, yo le explicaba con la paciencia de mis cuatro o cinco años que no había nada que temer entre la oscuridad, “Ya sé, ya sé...”, me decía él con la furia de los siete. Le veía en los ojos que sabía, y que ese conocimiento no tenía nada que ver con el miedo que sentía. Lloraba, volvía el ataque y mi papá llegaba de nuevo al oír a su hijo mayor. Me sacaba del cuarto a empujones, “Ya se había calmado, pendejo”, me rabiaba entre dientes, y volvía a abrazar a Rubén, enterneciéndose nomás al darme la espalda y abrir los brazos. Rubén se vaciaba en un llanto compungido, mi papá lo sujetaba hasta que algunas veces se le quedaba dormido en los brazos después de haber volcado todo ese miedo a la soledad que lo habitaba inexplicablemente desde niño. Cuando los ataques eran intolerables, mi padre llevaba a Rubén en brazos a esa misma ventana a ver la noche, a mostrarle que ese miedo no existía allí afuera, sino dentro de sí y por ello podía controlarlo. Es posible que yo me quedara en el pasillo, como sombra, porque recuerdo la imagen de ellos dos contra el resplandor azulado de la luna.

—Sí me acuerdo, papá, pero ya no soy un niño —había dicho Rubén—. No me trates como uno, carajo. —Le había alcanzado a reclamar y mi papá le había pasado los brazos por encima. Al abrazarlo, había sentido otra vez el mismo temblor que lo sacudía cuando niño en medio de la noche. Y en cuanto el llanto llegó se fue la rabia, se fue la furia y se instaló esa extraña pesadez que ahora lo tenía doblado.

—Era casi el mismo temblor. Era casi el mismo llanto

—me dijo mi padre el siguiente domingo mientras Rubén estaba afuera, recogiendo a sus hijas—. Exactamente así; así, como cuando era niño, así se me soltó a llorar y así lo abracé ese día —remató y apretó la quijada, y ya no volvimos a hablar del tema.

Mi mamá había sido mucho menos diplomática cuando finalmente había quedado claro que esto no era una pelea, sino una separación definitiva.

—Ella se las armó, carajo —repetía—. Las cajas. Ni una pinche maleta, ¿cómo voy a creer? Yo le compré un juego completo para la luna de miel, ¿a ver, por qué no suelta ese juego de diez mil pesos? No vi que le empacara la televisión, el refrigerador, los muebles de la recámara, así te puedo hacer una lista de aquí a China... No la veo sacando cuentas a ver de a cómo nos toca...

Mi madre hablaba cegada por la rabia de quien mira a su hijo ofendido, a quien por otro lado no pediría cuentas, y se descomponía de un modo que le ponía un rostro que jamás he vuelto a ver ni había visto antes.

Como era poco lo que yo podía hacer, postergué llamadas y visitas. No sabía qué decir porque, en toda justicia, yo no sabía nada o casi nada sobre el tema. Rubén había vuelto después de trece años de matrimonio que nunca sabremos a cabalidad cómo acabó. Mi hermano mayor se había casado a los veinte años y desde entonces había crecido a un ritmo muy distinto al mío. Había tenido dos hijas, Ale, que cumplía trece y Judith, de nueve. Había acumulado, además, pagos de hipoteca, mensualidades para el carro y un largo matrimonio que siempre creí que era moderadamente feliz. Nadia y él, la mayor parte del tiempo, tenían más de qué hablar porque compartían las cuitas de la paternidad y de esa vida convencional que yo desde siempre rechacé. Yo rentaba un

departamento con dos cuartos. Dormía en uno y leía en el otro. No tenía ninguna deuda por más de cuatro meses y ninguna novia por más de tres. Comía fuera si quería. Veía amigos si me daba la gana. No era solo la edad el abismo que nos separaba a Rubén y a mí: era aquello con lo que habíamos llenado nuestro tiempo, mis treinta años y sus treinta y tres. Durante los meses que había pasado en casa de mis padres este abismo entre él y yo se había hecho aún más profundo. No fue solo su divorcio, sino esa especie de caída libre: los abogados, la pérdida de clientes, los problemas financieros, las conversaciones imposibles que yo ni siquiera imaginaba con Renata, con sus hijas, con algunos acreedores, con antiguos socios de trabajo o con gente que pensó que eran sus amigos y que le habían dado la espalda, todo, todo lo que lo había menguado hasta dejarlo así. Irreconocible.

—¿Viste a Ale hoy siquiera? —le pregunté, mientras Rubén veía el gorrión, porque me parecía una crueldad que a un hombre lo privaran de ver a su propia hija en su cumpleaños.

—No. Está con mis suegros —dijo.

—Las niñas te tocan los fines de semana, ¿cuál es el problema?

—Ese: el arreglo es de palabra. No hay divorcio firmado. O sea que no me tocan nunca en realidad.

—O siempre. ¿En qué van?

—En que no tengo dinero. ¿Qué otra cosa soy? Espérame.

Rubén se levantó. Llenó una taza de agua, tomó un trozo de pan, y cruzó la estancia. Nico hizo por seguirlo, pero Rubén lo miró fijo y el perro se sentó a mi lado con la boca entreabierta y la lengua apenas asomando. Rubén dejó la taza en la mitad de la escalera con un sigilo de ornitólogo y luego caminó en reversa, bajando los escalones con cuidado de pisar justo donde habría marcado huellas si hubiera estado al

aire libre. El gorrión lo miraba con el rabillo del ojo. Lo miraba de esa manera indirecta y lateral como las aves miran cuando otean apenas la presencia del posible predador y adivinan con el resto de su ojo la ruta por la que volarían para salvarse.

Rubén se detuvo al borde de la escalera y caminó a la puerta de madera; la abrió con delicadeza. Luego abrió la pequeña reja de en medio. Llamó a Nico con un gruñido y el perro respondió con una sumisión mecánica; Rubén lo pastoreó hasta el exterior y lo puso en la calle. Cerró la puerta de la cochera dejando al perro afuera, con el ritmo de un ritual mil veces repetido. Caminó de vuelta partiendo cachitos de pan. Los acomodó en el cuenco de sus manos y subió hasta el primer descanso de la escalera; se acuclilló y puso una migaja ahí.

—Van a atropellar a ese perro —le dije, mirándolo desde la cocina.

—Ese perro es un idiota. Nomás se queda tumbado junto a la puerta —me decía, al tiempo que bajaba los escalones de reversa, con el mismo tacto de quien no quiere importunar a una visita, y dejaba otra migaja; sin mirarme—. No le importa que los pájaros se coman su comida. Por eso acaban cerca de la puerta.

Mi hermano seguía caminando de reversa, de cuclillas, ordenando las migas de pan. Y seguía hablando sin importarle lo extraño que se veía haciendo lo que hacía.

—Este gorrión debe haber estado demasiado cerca de la puerta; a lo mejor Nico se movió y él se metió por accidente. En lugar de volar para arriba, voló hacia adentro, hacia la luz del acrílico. Con este calor las puertas las dejan abiertas casi siempre.

—¿A qué hora se metió el pájaro? —le pregunté.

—Como a las ocho.

—¿Lleva toda la mañana aquí?

—No, a las ocho del viernes.

—¿Del viernes?

—Sí.

—Es mucho, ¿cómo no se ha muerto?

—Pues velo.

—Si le sigues dando pan y agua ya no va a querer salirse.

—No, esto no es para que coma. Mira, es un caminito hacia la calle.

—Pero no las sigue, Rubén, tampoco busca el agua. ¿Desde el viernes?

—Sí —me dijo Rubén, que había finalizado su tarea y la contemplaba con una satisfacción infantil.

—Con razón ya jala aire por el pico. Se va a morir de sed o de hambre o de chocar contra el vidrio. Como sea, pero se va a morir.

Y Rubén, sin dejar de mirar al piso, cambió el semblante de niño descubriendo el mundo por uno serio, sin gusto ni ilusión alguna; un gesto de adultez frustrada.

—Ese pájaro no se muere. Primero me muero yo.

Esa era la segunda vez que lo escuchaba decir eso y la frase le había salido con la misma seguridad, con la misma bragada certeza con que la había dicho la primera vez. Sin embargo, aquella vez lo había dicho esperanzado; esta, hablaba en un tono mortuario.

Cuando los padres de Renata se enteraron de que estaba embarazada reaccionaron como la mayoría de los padres de nuestra generación: como si una cámara de televisión los enfocara y la auténtica medida de su honra se juzgara en el tamaño de su ofensa ante el oprobio. Encerraron a Renata a cal y canto. Ella pasó días sin hablar, sin caminar, sin que la visitara nadie. Mi hermano, cuando ella dejó de contestar sus llamadas, cuando supo que no había ido a la universidad en

días, fue a su casa. El hermano mayor de Renata, cuando le abrió la puerta, le susurró:

—A ver si mi papá no te pega un tiro.

—Pues que no lo falle —dijo Rubén—, porque no le voy a dar tiempo de ponerme dos.

El hermano se había callado. Rubén y yo sabíamos que ladraba mucho pero mordía poco. La suegra, sin embargo, era otra historia. Tenía la mirada de quien ha probado la sangre y no puede saciarse; estaba convencida de que mi hermano le había fastidiado la vida a su hija.

—Ojalá que te nazca una hija y que sufras con ella lo que tú hiciste sufrir a esta familia —le había dicho, y de seguro en su cabeza había sonado un tamborazo en *off* y se había cerrado un *close-up* en su cara: el rostro desencajado de una abnegada madre mexicana que carga con honor, lágrimas y la enorme cruz de Eva en sus hombros fatigados—. Si el embarazo no se logra va a ser lo mejor.

—Se logra porque se logra —le dijo él—. Primero me muero yo.

—Ojalá —dijo, y la señora no bromeaba. Aunque no hay modo de comprobarlo, sospecho que fue ella la que le susurró al oído a su hijo el “Ahí déjenlo” que él gritó cuando mi hermano se quedó enredado, suspendido, en una estampa macabra a la vista de todos.

Antes de casarse, mi hermano había trabajado cuatro días con sus noches como enajenado. La casa adonde se iban a mudar estaba en condiciones apenas habitables, pero era lo único que Rubén y mi papá podían pagar entonces. Cargamos botes de pintura, yeso, thinner, algunos azulejos, junteador, brochas, más herramientas de las que jamás he visto juntas y que Rubén debió sacar sin permiso de la construcción donde acababa de empezar como residente de obra con un sueldo

ridículo. Mi hermano trabajaba como loco y yo trataba de seguirle el paso.

—Aquí voy a vivir —me decía mientras pintábamos, raspábamos, escombrábamos, poníamos el nivel y nos metíamos hasta los codos en cuanto truco había aprendido en la carrera que apenas había comenzado—. Aquí vamos a vivir —decía, porque el primer ultrasonido, ese feto más pequeño que la palma de su mano y el sonido de ese corazón como un motor girando bajo el agua le habían dado materialidad a todo—. Me duelen los brazos, la espalda, me duele todo, pero aquí van a vivir mi esposa y mi hija. Quiero que quede bien, que les dé gusto estar aquí. Nomás de pensar eso se me olvida todo y ya ni me da hambre, ni me siento cansado, ni tengo sueño —me decía, y hundía la brocha en la pintura y levantaba un brazo al cielo, haciendo equilibrio en un banquillo de pintor. El blanco hueso le caía en la cara, se le pegaba a las cejas y a las pestañas con una tozudez epóxica, y en verdad yo le creía que no sentía cansancio alguno, porque le metía tanta fuerza que me dejaba a mí atrás, atrás, con los brazos colgados, inservibles, doloridos.

El día de la boda se veía tan gastado que esa misma semana empezó a envejecer más rápido que yo. Desde entonces, yo apenas he marcado arrugas; él caneció con la misma velocidad que contrajo deudas para hacer una vida completa, decente. El día de la boda se había entretenido en tantas cosas prácticas y urgentes que había dejado el asunto del frac para después, y al final ni siquiera había rentado uno. Se fue de traje y corbata, modesto pero digno, según él.

—Va a ser en un jardín a mediodía —se justificó—. Como están las cosas, con que no se me haga tarde basta y sobra.

Bailamos, bebimos, festejamos. Mi papá dio un brindis corto, protocolario. Su consuegro dio un brindis largo,

incómodo, que nos avinagró el vino en las copas y le dejó a Rubén un rostro de calvario. Fue por eso que se nos ocurrió cargar al novio, sacarlo de ahí de un modo que no fuera su culpa. Le pedimos música al grupo que tocaba y corrimos por mi hermano: lo sujetamos de los hombros, la cadera y las piernas, lo levantamos en vilo, buscando sacarle del cuerpo la tensión acumulada desde hacía días, desde hacía meses, desde hacía horas. Rubén quedó acostado en una cama hecha por nuestros brazos: primos, amigos, yo. Contábamos del uno al tres gritando, y lo lanzábamos tan alto que pensábamos que se podía sujetar de la estructura de metal de la carpa en la que habían colgado luces para una fiesta al aire libre. Rubén, seco, espigado, aún adolescente, volaba como una rama desprendida por el viento. Yo y el resto de sus amigos lo sujetábamos cuando caía y lo empujábamos cada vez más alto, como si con ese empujón quisiéramos que se sacudiera la amargura que se le empozaba ya en los ojos. Él volaba con los brazos extendidos; lo veíamos de espalda, pensábamos que sonreía y tal vez lo estaba haciendo.

Entonces pasó. Voló tan alto que casi se golpea la cara en la estructura de metal. Y no bajó. Creímos que se había sujetado, que hacía un truco de trapequista, porque había quedado suspendido encima de nosotros. No bajaba, algunos le gritaban bromas, pero de entre las voces que no habían participado se escuchó un “¡Ahí déjenlo!”, de su cuñado. Rubén sacudía las piernas. Entonces comprendimos. Lo vimos forcejeando con la corbata anudada alrededor del cuello y atorada en la estructura de metal encima de él. La gravedad del caso nos asaltó de golpe y corrimos, gritamos, la gente se levantó de sus asientos, se paró la música, sonaron vasos de cristal rompiéndose y aunque todo el mundo entendía lo que pasaba nadie sabía qué hacer. Mi hermano se ahorcaba

con la corbata enredada en una parte de la estructura, se ahorcaba, pataleaba, luchaba con las manos en el cuello y unos y otros nos gritábamos, “¡Un cuchillo! ¡Unas tijeras!” Un compañero suyo de la carrera y yo nos subimos a un par de sillas y tratamos de levantarlo, pero estaba alto, tanto, que apenas lo podíamos hacer que se parara en nuestros hombros, se movía, sentía algún alivio momentáneo y luego la silla se caía debajo de nosotros, rodábamos por tierra, y él se volvía a poner morado, manoteaba alrededor de la corbata y pataleaba con menos fuerza cada vez. Al final, sus dedos encontraron lo que buscaban. Dio un tirón preciso que deshizo el nudo y fue a caer en el suelo con el ruido de un peso muerto. En el suelo, no sé si reía, no sé si lloraba, pero se sacudía mostrándonos los dientes con las manos tensas como garras enfrente de la cara, roja ya, y bañada en sudor y lágrimas y con una mueca deformada.

La fiesta terminó, aunque algunos seguimos ahí durante el tiempo que duró la renta del jardín. Cuando salimos, yo aún oía en mi cabeza “Ahí déjenlo”, y quería creer que no había sido intencional, que había sido solo una coincidencia o una mala elección de las palabras. Después de todo, Renata me rebatió por años que alguien, quien fuera, había dicho siquiera eso.

—Rubén, no seas dramático —le dije mientras el gorrión jadeaba—. Ni se muere el pájaro ni te mueres tú.

Él seguía con la mirada fija en el gorrión, que repitió sus saltos, su vuelo circular junto al techo de acrílico a doble altura. Hizo su leve picada y luego remontó para estrellarse contra el cielo falso como una gran polilla en un foco encendido en medio de la noche.

—Mira, ya cambió —me dijo sin dar muestras de haberme oído.

El gorrión seguía jadeando con las plumas agitadas de vuelta en su refugio.

—Está igual, Rubén.

—Se puso en otro lado. Va a buscar opciones.

—¿Opciones?

—Cada vez que hace el vuelo intenta en un lugar distinto

—dijo, mientras el gorrión se apretujaba en contra de la rejilla. Se escondía de nosotros.

Yo miraba al animal. Miraba a mi hermano y me invadía el desconcierto.

—Además nos entiende —dijo—. Cuando hablamos de él se pone inquieto.

—¿Cómo va a entender? Es igual que el perro —le dije, molesto con su obsesión—. Míralo, ni siquiera sabe por dónde irse.

—Sí sabe. Busca su salida natural, pero nosotros se la bloqueamos.

—Nosotros no hicimos nada. Él ve el sol, está el acrílico, se confunde. En la noche se va a ir si le dejan todo abierto.

—No. En las noches se confunde peor. No hay luz y entonces no vuela hacia arriba. Se acurruca, camina junto a la rejilla. A veces baja a la escalera y se pone a dar brincos por los escalones, pero ni así se sale por la puerta aunque esté abierta. Ya no sé qué hacer —dijo, y se veía en su cara que era un asunto que en verdad le había consumido tiempo y fuerzas.

El gorrión, jadeando y golpeado, volvió a su puesto junto a la rejilla.

—¿Lo has visto en la noche?

—Sí. En la noche vengo aquí y abro la puerta. Saco al perro, pongo el agua, pongo pan, pero no sale.

—¿En la noche?

—Las dos noches.

—¿Completas?

—Completitas. Ya hasta le platico. Ese pájaro está a punto de hacerse mi mejor amigo.

Rubén miraba al pájaro sin parpadear. Tenía los ojos hundidos, la cara demacrada. Me pregunté si mis padres no lo habían notado o si sencillamente no habían sabido qué hacer. De pronto, las ligeras incoherencias de nuestra conversación, la forma en que su mirada se ausentaba, todo cobró sentido.

—Rubén, ¿hace cuánto que no duermes?

—No puedo —respondió.

—Pues intenta, ¿qué le ves a este pájaro imbécil?

—Se va a morir y no es su culpa.

—No se muere. Ten paciencia. Ya saldrá. Solo está confundido. Si lo dejamos en paz, seguro se va y listo.

Él lo miraba. El gorrión daba saltitos con sus plumas desordenadas por estrellarse hasta la demencia contra esa ilusión de fuga. Presentí la guardia baja de Rubén. Afuera, Nico tiró un par de ladridos. Imaginé que mis padres estarían a punto de volver y decidí lanzar una pregunta franca.

—Rubén, ¿te vas a divorciar o no? ¿Al menos ya están claros en eso?

Me miró al fin, fijamente.

—No quiero.

—Pero ella quiere. No hay nada que hacer.

Rubén dejó al fin de mirar al ave. Me vio a mí con un par de ojos hundidos y una mueca endeble como no había tenido jamás. Mi error fue pensar que era el momento.

—Mira, te voy a preguntar algo muy claro. Me han faltado fuerzas para preguntártelo y a lo mejor habría tenido que hacerlo antes.

—No lo hagas, carnal. Tú no, por favor.

—¿Qué fue lo que pasó?

—Ya pasé por esto con mis papás. Ya tuve que ir a hacer aclaraciones en el juzgado de lo familiar. Déjalo, te lo digo en serio, déjalo por favor. Déjalo, antes de que me hagas encabronar.

Rubén arrastró los pies hacia el fondo de la cocina alejándose del gorrión. Me dio la espalda un momento y decidí seguir picándolo.

—A lo mejor te hace bien hablarlo. A lo mejor necesitas desahogarte en vez de hundirte como lo estás haciendo.

Nico ladró con más fuerza esta vez y mi hermano, de espaldas, empezó a subir y bajar los hombros con cierta velocidad. Por un momento, pensé que estaría sollozando sin voz.

—¿Qué pasó?

—¿Por qué quieren que me explique? ¿Por qué todos quieren darme su opinión?

—Porque estás hecho una piltrafa. Dime por qué.

—No me lo vuelvas a preguntar, te lo digo antes de que me hagas encabronar.

La voz de Rubén estaba comprimida en un rollo de ira. Aunque seguía de espaldas, comprendí que no estaba sollozando, sino que trataba de contenerse controlando la respiración. Mi experiencia adolescente me decía que era peligroso hacerlo enojar, pero en ese momento pensé que el enojo era mejor que el abandono. Nico volvió a ladrar, esta vez con más insistencia y desespero, y yo miré hacia la ventana. Mis padres aún no llegaban, así que decidí seguir. Cuando volví la mirada, Rubén ya estaba viéndome de frente. Fijo.

—Dime la verdad, Rubén, ¿qué pasó?

—Putra madre: No.

—Rubén, ¿cuál fue la gota que derramó el vaso?

—No fue así. No vas a entender.

—Carajo, ¿qué fue? ¿Te estabas dando a otra? No importa lo que haya pasado yo estoy de tu lado. Lo que sea que hayas hecho, yo siempre voy a estar de tu lado, pero dime, por favor.

—¿Otra? ¿Quién me crees, cabrón? —La voz se le atoraba, la mirada se le nublabá; se había puesto frente a mí y por un momento se había olvidado del gorrión y del perro, que arañaba la puerta y se desgañitaba a la par que a Rubén se le enturbiaba la voz con rabia—. Tú eres el de las borracheras, tú eres el de las putas. Tú eres el que amanece en barandillas, el que golpeó a su patrón en la oficina, el que tiene anotado el número de un urólogo en la cartera para que te destapen el pito cada vez que meas pus y el que no puede pasar medio día sin tragar alcohol y no recuerda la mitad de la semana, teporocho de mierda. Tú, cabrón, tú. Yo no. ¿Me entiendes?

Sorbí el ron con vergüenza. Con miedo, porque había convocado su rabia. No despertaba pronto, pero ahora iba a ser difícil apagarla.

—Ese eres tú. Yo no. Yo me ahogo con las tarjetas por las colegiaturas. Yo tengo que pagar puntual la casa en la que ya no duermo, ahí tengo la mensualidad del carro que no uso, por si quieres cooperar, huevón pendejo. Yo corro como un idiota por un clientito aquí y otro trabajito allá; me voy a Salvatierra a trabajar y se ponen a pensar que me fui a llorar solo a un rincón. Ojalá tuviera tiempo para eso. Yo corro, corro y nunca llego. Nunca me alcanza, y ahora menos. Ahora menos y todos me ven así, así como tú ahorita me estás viendo. Tú eres un hijo de la chingada y es un chiste, una puntada, pura jovialidad, pinche treintón de mierda. No bajas los ojos, mírame. Así, mírame y dime si no eres igual que todos, y que al verme piensas que la cagué; tú que no eres nadie pero igual me juzgas. Dime si no. Tanto problema para casarme, tanto ir con la familia de ella, tanto aguantar

puteadas, ¿para qué? Todos me dijeron “La vas a cagar” y yo les menté la madre. Pero veme aquí. La cagué. Al final, sí la cagué. ¿Ya? ¿Contentos?

—No la cagaste. No fracasaste. ¿Quién te metió eso en la cabeza?

—¿Tú quién crees? Media pinche vida trabajando y llevando la contraria a todos para volver a parar aquí.

—¡Eso es lo que no entiendo! Allá está tu casa. Allá están tus cosas. Ve a chingar, quita a la mala. ¿Por qué te dejas?

—¡Porque nada de eso es mío! ¡Porque no es mío! ¡Porque no tengo nada!

Rubén tiró mi trago de un manotazo. Los hielos y el vidrio se quedaron confundidos en el suelo, nadando en ron con agua. Oí al perro saltar contra la puerta allá fuera, desesperado al oír entre los gritos que la bronca se gestaba.

—Es tuyo. Peléalo.

—Encima de todas nuestras broncas, ¿les quito lo que tienen a mis hijas? ¿Crees que eso es ser un padre? No sabes de lo que hablas.

—No, no entiendo nada. No duermes, no comes, ni siquiera te dejan ver a tu hija en su cumpleaños. Está mal. ¿Qué hiciste para que te sientas que te lo mereces?

—Fallé.

—Dime en qué y cómo. ¡Ni siquiera sabes!

—Sí sé. Me he pasado aquí tres meses encerrado con mis errores. Tú te acuerdas cada que me ves, pero yo lo pienso a diario. Todo el tiempo. Repaso trece años cada noche, ¿cómo cabrones piensas que voy a dormir?

—Carnal, ¿qué fue?

—No me chingues o te saco la mierda a cabronazos...

—Carnal...

—Es en serio...

—Carnal...

—¡Ahí va ese puto gorrión!

Rubén había tirado un rugido animal y había saltado hecho una furia. Yo trastabillé para quitarme de su paso. No quería que me tocara y ese miedo me bastó para cubrirme el rostro y caer de espaldas, confundido, aovillado, con las manos protegiéndome la cabeza, temiendo que Rubén fuera a molerme a patadas. Vi sus pies pasar a un lado mío, pisando fuerte hacia el estudio de donde salían ruidos violentos de cacharros. Cuando me levanté, lo vi llegar con cuerda, cincel y martillo. Había hecho tanto ruido que el gorrión volaba enloquecido y el ladrido desesperado de Nico me llegaba desde fuera como si estuviera a un lado mío. El gorrión cruzaba la estancia de un lado al otro con urgencia de saeta, batía las alas ruidosamente y gritaba con un chillido casi humano. Rubén tenía una mirada febril. Subió las escaleras a zancadas y tiró una cuerda por en medio de la trabe de la estructura metálica creando una especie de polea. Se ató la cuerda a la cintura, comenzó a hacer nudos corredizos que lo sujetaban a la estructura sobre su cabeza, pero lo dejaban moverse con libertad. En un parpadeo, había improvisado una cuerda de seguridad. Luego me gritó:

—¡Tírame un banco de la cantina!

Me levanté sumiso y lo obedecí subiendo por la escalera con pasitos cortos y cobardes.

—Carnal, ¿qué vas a hacer?

—¡Ese pájaro se larga ya! ¡Ya! —vociferó. Se subió al banquillo que le había llevado, se paró en puntas y empezó a golpear la rejilla donde el gorrión regresaba a su puesto de vigía, de descanso, de ave en espera de la muerte. El gorrión se agitaba por todos lados, frenético también y mi hermano enrojecía masacrando la reja, golpeando con martillo y cincel

con tanta furia que la estructura completa se sacudía con tanta fuerza que un polvo fino me llovía desde arriba.

—¡Se larga! ¡Se larga! ¡Se larga! —gritaba, y mientras golpeaba, estruendoso, el banquillo a la altura del barandal se tambaleaba presa del pánico. Detrás de las puntas de sus pies se abría la caída del piso a doble altura.

Todo ocurrió en un momento. La rejilla saltó hecha pedazos. Rubén perdió el equilibrio y tiró un manotazo que lo hizo girar sobre el banquillo bamboleante, enredándole el cuello en su propia cuerda de seguridad. Cayó por encima del barandal, con la espalda hacia el suelo y la mirada hacia el límite vertical de la casa, esa frontera que nos resguardaba de las tormentas del cielo y las del alma. Voló, porque en el momento justo en que empezó a caer fue un ser sin gravedad ni tiempo, y yo que estaba a un lado suyo en la escalera lo vi flotar por un instante a un lado mío. El ladrido del perro se suspendió un momento, también el chillido del ave enloquecida. Rubén abrió las manos con la lentitud de esa centésima extendida; le daba el sol en pleno, miraba con sus ojos cansados una puerta falsa hacia la libertad, que se alejaba de él a la velocidad de su caída de un cadalso improvisado; cerró los ojos, relajó la boca, disfrutó el segundo entero en el aire sin miedo, sin sorpresa, sin olvidar lo que le esperaba al final de esa tersa ingravidez. La cuerda corrió hasta tensarse y dio un primer tirón que su cuerpo recibió con una sacudida inerte soltando de sus manos el martillo y el cincel. Después el tiempo regresó y con él los ruidos. Rubén comenzó a patear.

Yo lo veía. Yo subía y bajaba la escalera. Desde el piso de arriba, lo jalaba y sabía que apretaba el nudo accidental. Cuando corría al piso de abajo, los banquillos no me daban ni la altura ni el apoyo para levantar sus piernas. Lo sujetaba apenas y el banco cedía bajo mis pies y daba conmigo en

tierra. Mi hermano se moría y yo no podía hacer nada.

—¡Rubén! ¡Aguanta, aguanta! —le gritaba, pero no sabía por dónde comenzar ni qué hacer. No entendía los ruidos, no dejaba de moverme. Bajé una vez más y miré a mi hermano suspendido contra el cielo azul del mediodía, que casi entraba en pleno por el enorme tragaluz. Alrededor de él, el gorrión volaba en círculos furiosos, gritando, agitándose como un ave de rapiña, como el águila de Prometeo, como la silueta de un heraldo negro al contraluz del cielo iluminado.

La cara de Rubén cambiaba de color; sus piernas se ponían rígidas. Sus manos, que habían buscado la cuerda alrededor de su cuello, cayeron junto a su cadera en donde descansaba casi sin tensión un amasijo de nudos que él mismo había enroscado. Desde abajo, yo jadeaba sin saber adónde más correr, me vencía. En algún momento, Rubén bajó la mirada y se encontró conmigo, calmo, rejuvenecido. Dio un tirón al nudo en su cintura y la cuerda se aflojó como una corbata cuyo nudo es desatado por la misma mano que lo ató; se soltó, dejándose caer, caer, caer.

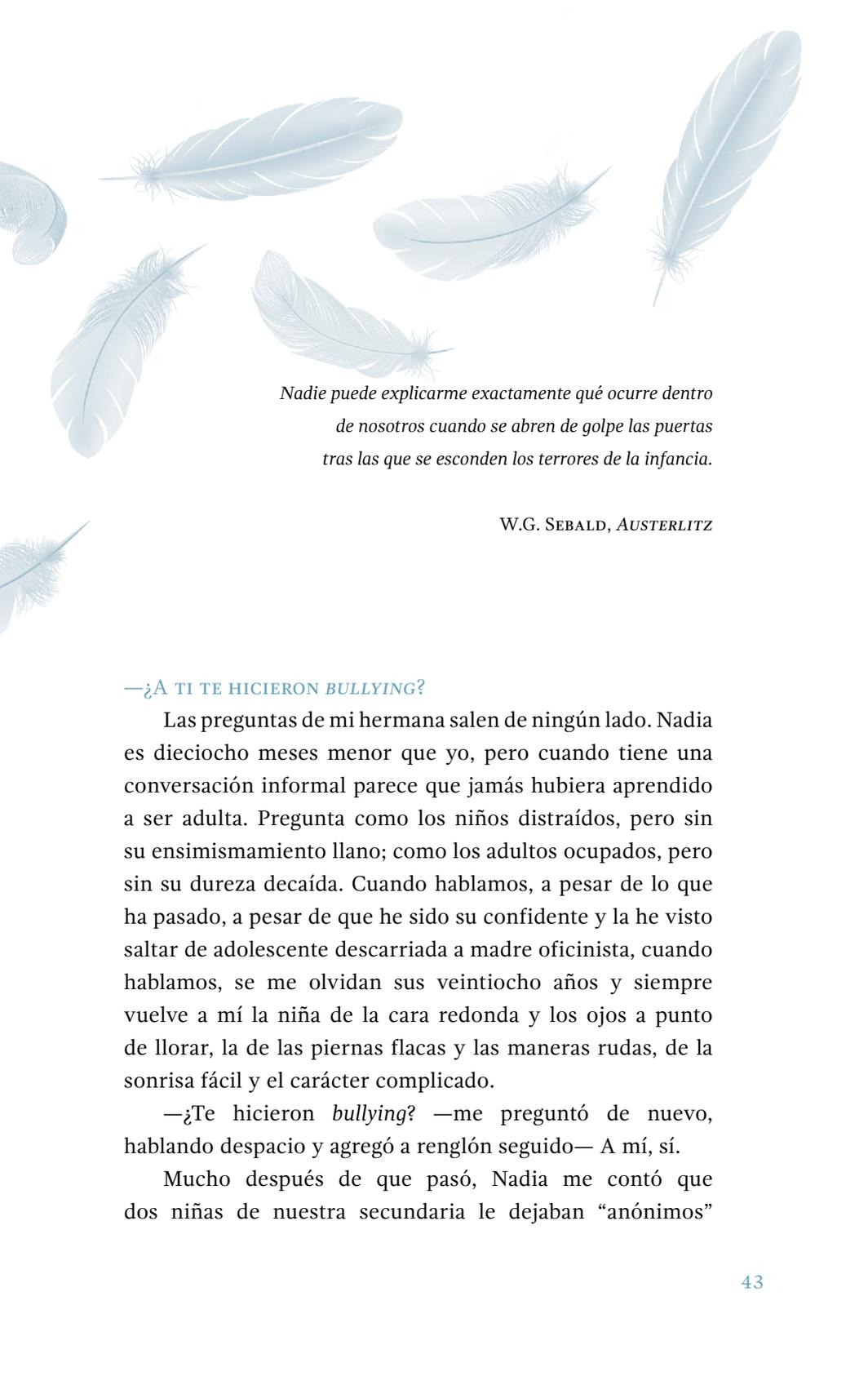
Vi a mi hermano dar al suelo como un rayo, golpeó el suelo con furia y quedó postrado con la pierna en una posición imposible y dolorosa. Tenía la cuerda marcada alrededor del cuello, pero a pesar de todo seguía vivo. Aunque me preocupaba lo grotesco de su cuerpo torcido, lo que me atraía era su cara que lloraba, que reía, que mostraba los dientes mientras en sus ojos turbios de sudor y lágrimas se veía algo parecido al alivio, algo similar a una sonrisa, algo como su mirada contemplando esa fuga eterna que a él le había sido negada.

El sol de julio nos bañaba con una fúnebre caricia estival. Nico había dejado de ladrar. Arriba, el gorrión se había marchado.

PLATA







*Nadie puede explicarme exactamente qué ocurre dentro  
de nosotros cuando se abren de golpe las puertas  
tras las que se esconden los terrores de la infancia.*

W.G. SEBALD, *AUSTERLITZ*

—¿A TI TE HICIERON *BULLYING*?

Las preguntas de mi hermana salen de ningún lado. Nadia es dieciocho meses menor que yo, pero cuando tiene una conversación informal parece que jamás hubiera aprendido a ser adulta. Pregunta como los niños distraídos, pero sin su ensimismamiento llano; como los adultos ocupados, pero sin su dureza decaída. Cuando hablamos, a pesar de lo que ha pasado, a pesar de que he sido su confidente y la he visto saltar de adolescente descarriada a madre oficinista, cuando hablamos, se me olvidan sus veintiocho años y siempre vuelve a mí la niña de la cara redonda y los ojos a punto de llorar, la de las piernas flacas y las maneras rudas, de la sonrisa fácil y el carácter complicado.

—¿Te hicieron *bullying*? —me preguntó de nuevo, hablando despacio y agregó a renglón seguido— A mí, sí.

Mucho después de que pasó, Nadia me contó que dos niñas de nuestra secundaria le dejaban “anónimos”

malintencionados en el pupitre. Algunas veces, le escondían los cuadernos o la mochila. Otras, la invitaban a sus casas a reuniones que pretendían ser trabajos en equipo. En realidad, se dedicaban a burlarse de ella mientras la obligaban a hacer casi todas las tareas. Tenía que hacerlo, le decían, por ser la más morena. Yo escuché la historia aquella vez sin parpadear, oyendo a Nadia soltarlo todo de un tirón, temiéndome que una interrupción cualquiera la sacara de ese trance en el que nos sumimos cuando estamos contando un recuerdo inconfesado.

Lo que yo recordaba de aquel tiempo infantil es que el carisma de Rubén, nuestro hermano mayor, lo inundaba todo. Luego, las calificaciones de mi hermana se habían hundido como si saltaran desde un puente y el bajón despertó las alarmas de mis padres; mi padre, en particular, que no podía creer el dineral que se le estaba yendo por el caño. El pequeño drama y la reluciente personalidad ocuparon la vida familiar durante un tiempo. Yo vivía en medio de mis hermanos sin tragedia o luz alguna: mis calificaciones eran regulares, mi carisma, inexistente.

Quizás la mayor peculiaridad de la baja en el rendimiento académico de Nadia fue la aparición del psicólogo de la secundaria. El experto era un lujo que se pagaba con las colegiaturas irreales de la escuela y tan pronto entró en escena vertió sobre Nadia un arsenal de herramientas: problemas de lógica, frases incompletas, letras faltantes, acertijos gráficos con cubos, con figuras, con estrellas recortadas en metal, todo lo cual cronometraba como un *coach* de fútbol americano. Creo que el hombre, que ahora recuerdo más bien joven, estaba verdaderamente entusiasmado por la posibilidad de diagnosticar por primera vez en nuestra pequeña comunidad educativa, y

tal vez en su vida, un caso de problemas del aprendizaje. A la distancia, no puedo culparlo. Buscaba problemas en la forma de entender el mundo de Nadia, porque fracasar así en la escuela, para él, no podía tener otra explicación. Mis padres, a pesar de sus credenciales, no le creían nada. Por entonces el internet era una fantasía distante y el teléfono celular un artículo para ejecutivos de televisión. Los casos de desórdenes de aprendizaje se veían con la misma seriedad que esa utilería de ficciones: eran una condición posible en otra parte, acaso en otro país.

El psicólogo pudo pensar algo similar, pues a cada prueba se encontraba con que el cuadro clínico no estaba completo, no empataba con el libro. Los síntomas se sucedían como las huellas de un ladrón huidizo: había alguna indicación, pero no había nada definido. El tipo no se desalentaba. Más bien, parecía que le daba gusto prolongar la espera para dar con el diagnóstico. Entonces cambiaba la estrategia e indagaba con prudencia en la vida familiar. Llamaba a mis padres a reuniones. Mi padre casi nunca asistía; apenas dejaba la oficina. Fue su gran época de viajes quincenales a la Ciudad de México, en los que hizo su único movimiento de moral dudosa en un empleo federal en el que sus jefes robaban a dos manos; se saltaba comidas y manejaba por la carretera federal en lugar de hacerlo por la de cuota para quedarse con los viáticos que le daban en efectivo y sin pedir comprobación. Trabajó sin vacaciones durante seis años. Mucho tiempo después me diría que solo así había podido mantenernos en una secundaria privada. “Me costó años salir del hoyo en que me metí con las colegiaturas, pero no quería que siguieran en escuelas federales”, me dijo él.

Nadia se aisló de las amigas, de nosotros, se aisló de todo el mundo y salvo un par de niños que aún no habían cedido

por completo la infancia en favor de la pubertad, nadie más le dirigía la palabra. Solo ellos le hacían bromas que la hacían reír y uno le sugirió que le dijera al psicólogo el problema. “Acusa a las cabronas”, le dijo y mi hermana lo hizo, y me imagino que el psicólogo se debió sentir decepcionado. El término *bullying* aún no era moda en español, así que Nadia debió haberlo confesado con la vulgar franqueza del lenguaje propio: había un par de niñas que la chingaban.

Mi hermana le dio los nombres de las *bullies* a mi madre quien, a su vez, habló con las madres de las niñas. Conociendo la violencia verbal de mi mamá, el tono no pudo ser conciliador y estoy seguro de que tampoco estuvo en sintonía con el alto estándar de esa secundaria. Una secundaria católica y privada. Una secundaria con niños para quienes ir de compras a San Diego era normal. Una secundaria donde descubrimos el dinero y un nuevo tipo de vergüenza. Una secundaria donde aprendimos, en realidad, que todo era importante: el lugar donde vacacionabas, la marca de tu ropa, el tono de tu piel, el precio de las cosas sin importar lo que las cosas fueran.

Mi padre creía que ponernos en una escuela arriba de nuestras posibilidades económicas reales nos iba a dar dos cosas que no se enseñan en las aulas y que son más necesarias en el mundo laboral: ambición y relaciones. Las obtuvimos, sí, pero venían mezcladas con cosas que tardamos años en digerir. Lo aprendí yo cuando salí apenas bien librado de una demanda por lesiones y lo aprendió Rubén, nuestro hermano mayor, después de su divorcio, después del pleito por las niñas, pero sobre todo, después de que tantas relaciones le sirvieran poco para evitar que se quedara sin dinero. Nadia, sin embargo, lo había aprendido mucho antes.

Tras ese breve periodo de humillación diaria, del cual vine a enterarme muy tarde, mi hermana se convirtió en una

adolescente belicosa. Lo mismo un día llegaba con la lengua perforada que con un tatuaje sobre el hombro o con el pelo teñido de rojo. Bebía a escondidas durante la preparatoria, una preparatoria pública a la que se matriculó después de que la expulsaron de la preparatoria de las monjas a la que la habían inscrito mis padres. No sé si sepa la suerte que tuvo. Rubén y yo seguimos estudiando en una preparatoria tan católica y tan privada como la secundaria a donde fuimos, y lo único que aprendí ahí es que ya no había marcha atrás: mientras más se acercaban a la adultez, esos niños que conocí se iban pareciendo cada vez más a sus padres y cada vez menos a mis amigos.

A pesar de ir a diferentes escuelas, Nadia y yo nos encontrábamos en bares donde nunca te pedían identificación para comprobar la mayoría de edad. También nos encontrábamos en fiestas donde siempre alguien regalaba alcohol y al hacerlo se regodeaba en su generosidad de pequeño pachá de su pecera. Con un año y medio de diferencia, conocíamos a la misma gente, íbamos a los mismos sitios, nos movíamos en el mismo mundo. Un mundo del que Rubén salió muy pronto cuando se casó a los diecinueve, escandalizando con un embarazo a la misma gente que le sonreía siempre. Ellos lo aislaron, y entonces nos quedó la ciudad entera a Nadia y a mí para vivirla. Esa vida nocturna nos vinculó profundamente y ella llegó a confiar en mí como alguna vez yo confié en mi hermano, cuando él era el héroe de mi infancia. Yo solapaba a Nadia en algunas de sus escapadas; ella escondía de mis papás las botellas cuando inspeccionaban mi habitación. Hablábamos sin pelos en la lengua, sin temores ni vergüenza, lo mismo de drogas que probamos y de bares que nos gustaban que de parejas que queríamos a ultranza o de cogiditas a escondidas con gente que nunca más íbamos a recordar.

Un día, ya en la universidad, la ponzoña que Nadia llevaba dentro se purgó y al final de su carrera las malas calificaciones que la habían acompañado por casi diez años de su vida se esfumaron, el comportamiento errático se corrigió y, a diferencia mía, supo confinar alcohol, fiestas y desmadre a un severo ritual de fin de semana. Se convirtió en una morena esbelta con gestos de pantera y el cabello más abundante que ha tenido ninguna mujer jamás y, alguna vez, en una reunión informal de su primer empleo tras graduarse, se reencontró con una de las niñas que le hicieran la vida imposible durante los dos años decisivos de su pubertad informe. La mujer, de pelo ralo y piel fofo, se había casado con alguno de sus compañeros de trabajo y le preguntó si iba a ir a la reunión anual de exalumnos de la secundaria.

—A verte a ti, no mames —le dijo—. En la secundaria eras una cabrona y ahora eres una hipócrita de mierda.

Dejó secos a todos los presentes, pero si quedaba alguna gota de veneno, se salió el día que mordió a la propia víbora que la había atacado a ella. Al menos, es lo que pensaba hasta que ella trajo a colación el tema.

—¿Por qué preguntas por el *bullying*? —le pregunté con tiento.

—Por lo de siempre. Por la escuela, por los niños.

Por una ironía extraña, Nadia había terminado trabajando como oficinista en una escuela aún más exclusiva que la secundaria en la que nosotros estuvimos. Era una escuela con kínder y primaria, de currículo bilingüe y una lista de útiles escolares que incluía un iPad. Por cualquier razón, a alguien se le había ocurrido que había una relación íntima entre usar productos Mac y aprender las tablas de multiplicar. En un afán cosmopolita, y tal vez para no dejar fuera a los niños de las fantasías que veían en la televisión, celebraban tanto fiestas

mexicanas como gringas. A nadie le parecía surrealista que en septiembre los niños se vistieran de charros y de escaramuzas, y mes y medio más tarde se disfrazaran de zombies y vampiros, solo para pintarse el rostro de catrinas de Posadas dos días después. Luego, a finales de noviembre, los paseaban en atuendo de puritanos y de indias Pocahontas, y en diciembre se vestían de Juan Diegos y de guares. La revoltura me sacaba de mis casillas y me parecía una aberración a todo trapo. A mi hermana le pagaban bien. Le daban una beca completa para su hija, Diana, y tenía flexibilidad de horarios.

—¿Los niños qué, Nadia? Esos no son tuyos. Tú nada más anótalos en las listas y sanseacabó.

—¿Cómo que los niños qué, si los conozco a todos? A veces estoy revisando papeles y listas y cuando escribo o leo un nombre me viene a la mente una carita. A veces hasta me doy cuenta de que estoy sonriendo sola cuando me acuerdo de los chiquillos. —Lo cual era un cambio. Cuando empezó el trabajo durante semanas le molestó que los niños se acercaran a ella y le hablaran mientras los padres estaban en juntas con el director o con los maestros. Se quedaban en el pasillo que da hacia la oficina principal, enfrente de su área de trabajo y le hablaban. Le confiaban secretos sin saber, como no saben los niños, por qué un secreto es importante y qué se rompe cuando lo vulneran. “Mi papá no duerme con nosotros”. “Mi hermano se hace en la cama”. “Mi mamá nunca ve la televisión sin su vodkita”. Cuando los niños empiezan a guardar secretos es que han descubierto la vergüenza.

—Algo así como me imagino que les pasa a las niñas de Rubén —me dijo, y ambos recordamos el tufillo a catástrofe que tenían algunos momentos de sus peores crisis, como cuando una tarde llegó a casa y había otras cerraduras, o cuando tuvo que mudarse a la casa de mis padres y vivió

meses ahí, moviéndose como una fiera enjaulada tratando de sanar una herida invisible—. Una las ve sonriendo, pero siento que de pronto se les salen cosas. Se dan cuenta de que no debían decirlo y se ríen para ocultarlo, pero una ya sabe lo que hay debajo de esa risa.

—¿Tiene algo tu hija? —le pregunté, porque la plática iba a algo, pero ella no parecía querer llegar.

—No. Diana está bien, así como la conoces tú, hablantina, ideática, torpecilla para bailar, bien bonita, pero no sé. ¿Qué tal que no le dura para siempre?

—¿Por qué no va a durarle? ¿Te da miedo que le pase lo que te pasó a ti con aquel par?

—No me da miedo. Si lo piensas, en estos tiempos hasta sería buena suerte. Lo que me pasó a mí no fue tan grave en comparación con lo que ahora hemos visto en las escuelas, con las cosas que nos platican las personas de la Secretaría de Educación que pasan en las federales.

—No fue tan grave, pero te duró un rato sacártelo.

—Lo que tardé en sacarme no fue nada más eso. Fueron todas las cosas que se fueron acomodando y desacomodando desde entonces. Lo de mis papás, lo tuyo que te va y te viene, lo que nos contó Rubén después de su “accidente”. —Una experiencia casi mortal que tuvo al final de los meses que pasó viviendo en casa de mis padres tras su separación—. Cosas y cosas que tenemos todos, que son normales, pero que no sabemos que son normales hasta que somos adultos y hablamos con más gente que también trae sus cosillas ahí guardadas.

Cosas a las que ella ha podido enfrentarse con más éxito que cualquiera de los tres. Las grietas que nos pueblan a Rubén y a mí tienen nombre y tratamiento; caben en la enciclopedia. Pero a veces siento que mi hermana carece de ellas. Nadia

ha aprendido a sanar a pesar de que la ha pasado tan mal como cualquiera. Carece de cicatrices perdurables y por eso nos parece indescifrable. Nadie ha escrito todavía un tratado sobre un alma que sana sin huellas de fracturas.

—Entonces el problema sí es la escuela.

—Sí. En la semana hubo un niño que llegó en medio del recreo de los de la primaria. Álvaro Mendoza Herrera —dijo y tomó aire, y quizás cerró los ojos o volteó para otro lado—. Álvaro. Va a pasar a la secundaria el siguiente año, está con los grandes. En la primaria le dicen “los grandes” a los de sexto, pero son unos chiquitillos —se rio—. No es la primera vez que Álvaro se aparece en la dirección cuando hay recreo o a la hora de la salida. Ahí me tienes reuniendo documentos para la Secretaría o lo que sea, y el chiquillo se aparece de la nada. Ni cuenta me doy y ya está ahí sentadito, muy quieto.

»No habla, no dice nada y juega con sus manos o ve un juego de video. Lo ve. No juega con él. Creo que nada más ve los videos de muestra o algo así. A veces levanta la mirada y se queda viendo a algún lado. Parece que le sonrío a algo o a alguien. Luego vuelve a lo suyo y aunque le hablo y trato de hacerle plática entre todo lo que estoy haciendo, apenas y me responde. Pero no es cortante ni grosero. Álvaro. Le pusieron un nombre de adulto y ya es como un adulto chiquito. Me contesta con su vocecita muy correcto cuando le pregunto si busca o espera a alguien por ahí o por qué no se va a jugar con sus amigos. “No, miss”, me dice, “Vine a relajarme”. Así contesta, ¿tú crees? Dice cosas que le copia a los adultos. Así es él, bien educado siempre. Luego vuelve a lo suyo y así como llegó se me desaparece y no lo vuelvo a ver.

—Es un niño sin amigos. No pasa nada.

—No sé. Hay algo muy raro en él. Y tengo miedo de que haya algo mal y nadie lo note y yo sea la única.

—¿Por qué crees que haya algo mal con él? ¿Te recuerda a ti?

—No. Es peor. Me recuerda a ti.

—...

—...

—No, Nadia, yo no era un niño bulleado. Era un niño infeliz, pero por otras cosas.

—¿Qué cosas? Yo te dije las mías, ¿me puedes decir las tuyas?

—No. Además, ya no soy así.

—¿Sabes qué tenías? ¿Nunca te ha dado curiosidad saber por qué eras como eras?

Sí. Pero no quiero enterarme nunca. Nadia estaba hablando de mí antes de la secundaria. Quizás cuando era un año más joven que Álvaro. Durante ese tiempo fui un niño que nadie comprendió a cabalidad. Todos los niños, tarde o temprano, tienen esta misma sensación. La diferencia es que en mi caso hay una o muchas pruebas de que era cierto. La principal, los otros niños me evitaban como a la peste. Los adultos de las clases extracurriculares a las que iba se alarmaban. Me peleaba demasiado. Atacaba sin razón. A veces decía amenazas demasiado graves. A veces hacía preguntas demasiado complicadas. Ni siquiera parecía precoz. Había algo mal, sí, pero nunca he querido saber qué era.

—Se me quitó cuando pasé a la secundaria. Así es siempre. En cuanto a uno le empiezan a fluir las hormonas se vuelve un animal y ya nada te importa. Te tiras a correr como loco, te enajenas con cada erección, sueñas, piensas, te ríes, haces deportes...

—Te roban tu manopla de béisbol.

—Y tu hermano la recupera por ti.

—Rubén siempre te ha tenido en su club de fans.

Me quedé en silencio y Nadia entendió que se le había ido el momento para preguntar lo que quería saber. El momento, en realidad, no se le había ido, sino que yo me escabullí en cuanto tuve una oportunidad. Nadia volvió a interrogarme.

—¿Has hablado con él desde que tuvo su “accidente”?

—No. Apenas algo. Ahora que ya se mudó a su departamento y que está con las pláticas de la custodia no sé ni cómo hablarle. La última vez que hablamos fue justo el día del “accidente”.

—Espera, ya nunca nos hemos vuelto a reunir para una comida de domingo todos juntos... ¿Viste tú aparte a Rubén? ¿Hablaste con él antes o después del “accidente”?

—Antes, como cinco minutos antes. Llegué temprano buscándolo. La casa estaba vacía. Nomás él y yo. Creo que le dije algo que no debí decirle. Le pregunté por qué se habían separado Renata y él. Le insistí mucho, no sé por qué. Me dijo algunas cosas que no quiero repetir, pero tenía razón en todo. Luego se subió a abrir la rejilla del tragaluz para sacar a un gorrión que se había metido...

—¿Era un gorrión? ¿No había sido algo con el perro de mi papá?

—...No, era un gorrión. Alguien dejó la puerta abierta y entonces se metió el pájaro. Rubén estaba ya en el límite. Tú lo viste: casi había dejado de comer y de dormir; estaba con el dinero hasta el cuello. Ahí fue que se enajenó con el gorrión porque el animal imbécil no se podía salir. Se confundía. Así duró tres días y Rubén, como te digo, se obsesionó con ayudarlo. Le ponía comida, le acercaba agua, le hablaba durante las noches. El gorrión no sabía qué hacer, más que asustarse y volar al tragaluz de la estancia de la casa de mis papás, sentiría el sol o el aire de la noche, pero a cada intento se estrellaba y se tenía que volver a esconder. Rubén me

estaba contando todo eso cuando hablamos y le pregunté lo que no tenía que preguntarle.

—¿Estabas tomando otra vez?

—Sí, pero eso no tuvo nada que ver.

—Claro. El alcohol nunca tiene nada que ver.

—Es en serio. Lo traté de ayudar. Rubén se subió al tragaluz con una cuerda, un cincel y un martillo. Amarró la cuerda al armazón del tragaluz y se sujetó a ella para no caerse. Estaba fuera de sí, estaba furioso como no lo había visto nunca.

—Y eso que se agarraron a golpes mil veces tú y él.

—Sí, pero esto era distinto. Se había traído un cincel y un martillo y con esos le pegó a una rejilla de ventilación. Le metió de chingadazos como si quisiera matar a alguien. Pero algo hizo que no vi, y cuando la rejilla salió botada él se enredó con la cuerda y se cayó. Se quedó colgado un rato por el cuello y yo estaba abajo, corriendo como pendejo viendo cómo lo ayudaba, pero no podía hacer anda y él pataleaba. El gorrión le daba vueltas alrededor, gritando como si estuviera poseído, como si no fuera un gorrión. Cuando pensé que estaba dejando de moverse, Rubén buscó algo en la cuerda y le dio un tirón que lo soltó y se fue al piso. Estaba llorando, estaba riéndose, no sé qué estaba haciendo pero se veía casi feliz.

—¿No has vuelto a hablar con él desde entonces? Ya pasaron más de tres meses.

—Nunca terminamos esa conversación. Creo que nunca debí haberla empezado. Le fallé a él, que nunca me ha fallado. Ahorita mismo hay una distancia entre nosotros que no había sentido desde que nos peleamos fuerte aquella vez cuando él iba en la prepa y yo en la secundaria.

—¿Cuándo la pelea jugando fútbol?

—Sí. Me rompió la madre y no nos hablamos en meses.

Luego nos volvimos a hablar y todo parecía que estaba bien. Nos echamos algún tormpito más, pero sin muchas ganas ya. Todo duró poco porque él se fue de la casa.

—Se casó.

—Es lo mismo. Y ahora está solo de nuevo y no le puedo hablar sin pensar que voy a hacer las cosas peores. Me duele, porque siempre supimos qué decirnos. Es como contigo. Pero también es diferente porque él hizo de todo por mí y yo no he podido hacer nada por él.

—¿Cómo?

—Lo de la manopla que dijiste hace rato es un buen ejemplo. Oswaldo Rendón me la chingó un día que la llevé a la secundaria.

—Mi papá estaba ahorcado de dinero y así y todo te la compró. Ni siquiera te gustaba el béis.

—No, pero estaba de moda. Todo el mundo vería la Serie Mundial y llevaba a la secundaria manoplas oficiales de las Grandes Ligas. Se tiraban pelotas en los recesos. Cuando me las aventaban a mí, pensaban que me iban a asustar, pero las agarraba a mano limpia.

—Rubén te tiraba piedras y hacías lo mismo.

—Sí, a lo mejor no me hacía falta la manopla, pero quería más. Mi papá me la compró encabronadísimo. Era roja y su único defecto era que era hecha en México, pero no me importaba. Me la ponía encima de la cara para oler el cuero nuevo y le daba un jalón hasta que no me cabía más aire. La llevé a la escuela y fue un fracaso. Encima de que se rieron de mí porque no era oficial, se me perdió ese mismo día. No pude decirle a mi papá. Le dije a Rubén, como siempre.

—¿Y luego? —me preguntó Nadia, dándome sedal.

—Pasaron semanas y entonces Oswaldo la llevó a la escuela. Era más grande que yo, de la edad de Rubén, y

cuando le dije que esa era mi manopla, que me la devolviera, el tipo ni siquiera me hizo caso. Le había rayado su nombre por todos lados y me dijo que la tenía desde hacía años. Estaba tan convencido que me hizo dudar a mí. Rubén se enteró, me dijo que no fuera pendejo; luego, no sé cuándo ni cómo, fue a verlo y lo siguiente que supe fue que Rubén llegó a la casa con mi manopla y me la devolvió. Algo le ha de haber dicho a Oswaldo que lo hizo cagarse de miedo. Para cabrón, cabrón y medio.

—¿Oswaldo se acordaba de eso cuando te volvió a ver? ¿Cuándo trabajaste en el despacho con tu amiga Ana?

—Ana. Oswaldo era su jefe y la embarazó. Se casaron. No sé para qué, si el cabrón se tiraba a media oficina en el estacionamiento techado del edificio. Le ponía el cuerno a Ana con devoción y un día le llamó desde ve tú a saber dónde. “Oye”, le dijo, “No voy a volver porque me están buscando”.

—¿Para matarlo? ¿Con quién se estaba metiendo?

—No. Lo buscaba la policía. Hizo un fraude muy a la ligera y con eso se jodió la vida; se fue a otra ciudad, dejó a su familia, se ha de haber cambiado de nombre, no sé, ve tú a saber. Cien mil pesos. Menos de un cuatrimestre del sueldo que tenía. Una cosa inexplicable, porque encima, cuando Ana me lo contó, me dijo que ni siquiera parecía arrepentido. Hay gente que lo pierde todo cuando la pescan. Pierden la cara, pierden la paz, pierden la vida. Él no, porque le valía madre. Cuando me enteré no pude dejar de pensar en mi manopla y en las cogidas a escondidas, en la imagen tan perfecta de un canalla que lo fue desde que era un niño y a nadie que lo haya conocido debería sorprenderle. Casi sospecho que no robó el dinero porque pensó que lo necesitara, sino porque se le antojó chingarse a alguien y pensó que no lo iban a agarrar... No había un Rubén que le pusiera un alto. Porque eso me hace

volver a tu pregunta: no, jamás me hicieron *bullying*. Cualquier cosa que me sobrepasara, Rubén estaba allí. A mí nadie me ponía una mano encima porque Rubén no le aguantaba mierda a nadie. Si hubiera hecho falta me habría sacado del infierno. Aunque yo no pude ni sacarlo ni de su silencio cuando le hice falta. ¿Por qué querías saber todo esto? ¿Te respondí?

Pasaron algunas semanas sin que hablara con mi hermana. Tuve que buscarla porque mi madre me soltó una bomba como al descuido. Los había llamado para hablar con mi papá sobre dos cosas que sabía que él había resuelto en su trabajo y que ahora me urgía sacar en el mío. Buscaba, como siempre hacemos con los padres, lucrar con su experiencia como un modo de compensar los años de distancia. No lo encontré, pero no me escapé de hablar con mi mamá una hora o algo más.

—¿Hablaste con Nadia? —me preguntó un poco antes de colgar.

—Poco. Hace ya rato. Nos acordamos de cuando la jodían sus amiguitas y de cuando me robaron la manopla.

—Pobre Rubén, tuvo que ir por ella —dijo, conmiscándose de su hijo mayor, su primogénito, en quien pone sus complacencias.

—Pobre del otro, dirás.

—No, pobre Rubén. Iba bien asustado cuando la fue a recuperar, ¿nunca te contó? El otro estaba grandote y Rubén siempre fue flaco. Así y todo se le fue a parar enfrente. Y encima ni te gusta el béisbol.

—Rubén nunca me dijo que tenía miedo —le dije.

—Todavía no aguantabas mucho. Te ponías muy mal con cualquier cosa y Rubén te protegía hasta de las malas noticias. Por cierto, cuando tengas tiempo habla con Nadia. Le va a hacer bien.

—Sí, yo hablo con ella. ¿Todo en orden?

—Más o menos. ¿Te contó de Álvaro?

—Me contó de un niño de la escuela que le da un poco de grima...

—No es grima, es preocupación...

—Pues quién sabe si no se está proyectando ella en el niño.

—No, no es eso. La cosa ya cambió de color y sí conviene que hables con ella. El niño apareció cortado.

—¿Lo cortaron? ¿Quién fue?

—No me hagas preguntas, yo ni sé. Habla con Nadia. Ella quedó en medio de todo.

—¿Ella, por qué? Con la tonelada de trabajo que le cargan, ¿ahora la van a hacer responsable de cuidar también a los niños?

—¿Tú crees que les importa? ¿Qué les va a importar? Si puedes hablar con ella, hazlo. No pasa nada si no. Yo sé que tienes tus cosas y que no te gusta que te importunemos con las nuestras.

—No es eso.

—Es que tienes corazón de pollo. Es que al final todo te da miedo. A ti no te pasó nada, pero a otros sí.

—¿Qué es eso, mamá? ¿Por qué te vas contra mí?

—Disculpa. No me gusta que me toquen a mis hijos. Ahorita son Rubén y Nadia, pero también a ti he buscado que no te pasen cosas. No me gusta que pasen estas cosas, pero no puedo hacer nada. Nada. No puedo hacer como antes e ir a hablar con los profesores o con los papás hijos de la chingada. Me tengo que sentar cruzada de brazos y siento que no me enteré de todo lo que les pasaba cuando eran niños y menos me voy a enterar ahora que son adultos.

—Ya. Pues confía en que nos educaste al menos con sentido común.

—No sé qué tanto sentido común teníamos entonces. Los niños ahora van al psicólogo antes de que las cosas nos exploten en la cara. ¿No te hubiera hecho bien a ti?

—Todo el mundo me lo ha dicho. Estoy seguro de que me habría caído muy bien, pero ahora mismo ya no me interesa.

—¿No le hubiera hecho bien a Rubén? ¿No habría dejado de aterrarse cuando le explicaron qué era el infierno y por qué tenía que ser bueno?

—Eran terrores infantiles, tienen nombre. Rubén no tiene ningún trauma del tamaño de lo que te imaginas.

—¿Y tú, que hablabas solo? ¿No fue por eso que nos dimos cuenta de que casi te agarra aquel hijo de puta? ¿No fue por eso que te cortabas?

Mi madre había traído a colación dos hechos de los que yo no había vuelto a hablar. No quise seguir la conversación y colgué sin darle más explicaciones. No pude llamar a Nadia de inmediato. No quería tener en la cabeza lo último que me había dicho mi mamá cuando hablara con ella, pero sabía que la madre le mandaría un mensaje a la hija diciendo que había hablado conmigo. Pasé el resto de la tarde con vodka y una película que abandoné antes de la mitad de la botella. Para no quedar como un hablador, llamé a Nadia. En cuanto le dije que había hablado con mi madre, ella supo a qué venía la llamada.

—Te habías tardado, carnal —me dijo—. Ya casi sentía que no me marcabas.

Nos quedamos callados un momento. Luego la escuché dar un jalón profundo de aire, preparándose para soltar la historia antes de que pudiera arrepentirse. La escuché.

El niño Álvaro había ido un día a la dirección, me dijo. Había ido como iba varias veces, como Nadia me había dicho que se aparecía de la nada, pero esa vez no se había quedado callado sino que había empezado a llorar, a llorar con la cara

baja, a llorar tratando de hacerlo en silencio, a llorar como cuando un adulto llora por rencor, por rabia, por dolor o por vergüenza. Álvaro no dio explicaciones y Nadia trató de calmarlo. Luego quiso saber qué había pasado y empezó por lo obvio. Habló con los profesores, pero nadie tenía idea. Entonces habló con la dirección y le pidieron que contactara a los padres. Antes de que pasaran por su hijo, como quien no quiere o no sabe, Nadia le preguntó al niño si había algo mal en casa, más o menos como el psicólogo había preguntado en nuestra casa cuando ella tuvo su propia situación. Igual, no había respuestas y al niño lo inundaba una tristeza que tenía un color distinto.

Nadia había empezado a atar cabos en su mente porque después de pasar tanto tiempo ahí, después de armar los expedientes de todos los alumnos, de todos los profesores, de todos los empleados, sabía vida y obra de cualquiera que estudiara o trabajara ahí. “No me olía bien”, me decía en el teléfono. “No me olía bien y no me olía bien”.

El niño Álvaro se desapareció durante algunos días sin explicaciones y lo siguiente que ella supo fue que los padres habían pedido hablar con ella, solo con ella, aunque el director y la mesa directiva exigieron que hubiera más gente de la escuela presente en la charla con los padres.

—¿Qué fue lo que le pasó? —le pregunté a Nadia, que tardó un poco en contestar, como si quisiera ordenar las cosas para que no le salieran envenenadas por alguna emoción.

—Me dijeron que no sabían. Tan solo me dijeron que Álvaro no quería hablar. Me dijeron que el niño estaba cortado, pero no me dijeron casi nada más. Al principio no nos dijeron dónde estaban los cortes o cómo eran, si son profundos o superficiales, o con qué fueron hechos. Los papás no quisieron soltar prenda, pero me tuvieron allí durante horas. Primero

muy correctos y luego estaban encabronados y luego ya no sé ni qué sentían. Al final preguntaron algo más claro. Querían saber si al niño le estaban haciendo daño en la escuela, pero me lo dijeron de tal modo, no sé, como si el daño en la escuela y los cortes fueran parte de lo mismo, pero no exactamente la misma cosa, ¿me entiendes? Creo que querían saber lo que yo misma no estoy segura, pero sospecho después de oír todo lo que me dijeron, carnal. Son cosas que no quería oír.

—¿Y qué piensas? —le pregunté, y de nuevo la escuché acomodarse el teléfono, o a lo mejor escuché crujir mis dientes cuando apretaba la mandíbula.

—Creo que el niño se cortó solo, se cortó a sí mismo. No creo que nadie le haya hecho los cortes. Pero eso no es todo, porque lo que me estoy temiendo es mucho peor. Creo que lo que sea que le pasó a ese niño fue más grave que cortarse la piel. Más grave, ¿me entiendes? Tan grave que no quiere decirle a nadie qué fue lo que le pasó, Alvarito, mi niño.

—Ya. Ya te entiendo. ¿De quién sospechas?

—Uno sospecha de los adultos. La primera sospecha siempre es así. Los papás, algún tío, un primo mayor, incluso si no es un adulto, alguien más desarrollado, alguien maleado ya. Alguien así, ¿te acuerdas?

—Me acuerdo. Me acuerdo mucho mejor que ustedes y por eso me molesta que me lo sigan recordando. Me molesta que cada vez que el tema sale parezca que tengo algo que esconder. No tengo nada.

—¿Y la cicatriz?

—La cicatriz ahí está. Eso es todo, ¿por qué no pueden creermee? Rubén estaba ahí y hasta él ya les ha dicho que la cortada fue un accidente.

—¿Un “accidente”? ¿Así como te empezaste a juntar con él por “accidente”?

—¿Por qué quieres que te hable de esto?

—Háblame. Tú le hiciste a Rubén una pregunta que no te quiso contestar. Ahorita no puedes ayudarlo a él, pero me puedes ayudar a mí. Ayúdame a mí ahora, para eso eres mi hermano mayor.

Nadia supo dónde poner presión. Entonces fui yo el que se quedó callado un momento y organicé lo que quería decirle.

—Nadie me hablaba. A veces yo mismo me escondía de Rubén o me escapaba, no estoy seguro por qué. A veces no quería ver a nadie. Por eso acababa hablando solo. Todavía hablo solo cuando nadie me oye. Me pongo a pensar o imaginar cosas y sin darme cuenta ya estoy diciendo cosas en voz alta hasta que me doy cuenta de que alguien me está viendo y me callo. Estaba así, un día hablando y él se puso a hablar conmigo. Me lo encontré así, nada más. Mi papá nos echaba a la calle a diario, alguna vez iba a haber un riesgo, ¿no?

Vivíamos en una casa de interés social y mi padre hacía la siesta. Algo que a finales de los ochenta aún existía y ahora parece abolida por decreto. Él tenía que dormir después de pasarse la mañana en la oficina porque iba a volver allá y se iba a estar ahí seis horas más. “Trabajo medio día. O sea, doce horas completas”, decía.

Los niños me evitaban porque en el fútbol les metía fuerte la pierna y después nos íbamos a las manos. Las niñas me acusaban de haberles tirado balones en la cara. Rubén era el único que pasaba tiempo conmigo, pero a veces ni a él lo quería ver. Fue cuando conocí a Fito. No sabemos por qué pasaba tanto tiempo en la colonia. Era un primo lejano de alguno de los niños que vivían por ahí y él mismo vivía en alguna de las colonias más al sur de la nuestra, más al sur de la civilización. Tendría unos quince años. Era moreno, muy moreno, alto, caminaba erguido y casi podría decir que era

atlético si no fuera porque la palabra es *correoso*. Era un chavo de barriada, un morrito de colonia, un tipo que pertenecía a una preparatoria federal pero que no iba a la escuela en ningún lado. Fito, que andaba por ahí, se ponía a caminar conmigo cuando los demás me dejaban solo. Así, a caminar y hablar conmigo. Ni siquiera recuerdo exactamente de qué o por qué hablábamos tanto. Solo recuerdo que dábamos vueltas por la calle, que él fingía hacerse como un niño conmigo y yo pensaba en que era un poco mayor solo estando con él. Me imagino que me preguntaba sobre juegos, sobre deportes, aunque tal vez sobre novias o cosas así. Cuando Rubén se fue al viaje del primero de secundaria a Guanajuato me pasé un fin de semana de arriba a abajo en la colonia caminando con Fito. Rubén volvió y me dijo que había traído algo secreto, algo que no podía decirle a nadie. Y ahí, en la habitación que compartíamos, me enseñó dos hojas resplandecientes, dos cuchillos de auténtica plata guanajuatense que de inmediato fuimos a probar a la calle y con los que hicimos heridas gruesas en el árbol que estaba lejos de la casa y que escalábamos para pasar el rato. Un árbol abandonado en un terreno despoblado en medio de dos colonias diferentes: una que arañaba la clase media y otra que buscaba subsistir. Afilamos los cuchillos en secreto, los metimos en sus fundas de cuero oloroso como el de la manopla y los guardamos para que nadie los mirara nunca, porque mi padre nos los habría quitado en el acto. Ya éramos bastante peligrosos para nosotros mismos con las manos vacías. Era una estupidez que anduviéramos armados.

Mi madre habló conmigo. Le habían dicho, alguien, que tenía un amigo que no tenía por qué tener y me había hecho preguntas. Luego, un día que estaba hablando solo se me salió “Le voy a decir a Rubén”, y mi madre sospechó lo peor. La recuerdo preguntándome qué hacíamos juntos, qué me decía,

qué me mostraba, a qué me pedía que jugáramos. Me decía cosas ambiguas como “No te quiero en pendejadas”, “Bien sabes de lo que estoy hablando”, y estaba enojada de verdad conmigo. A mí se me escondía el peligro detrás de su lenguaje, me daba curiosidad, pero no lo alcanzaba a comprender del todo. Sabía que había algo inadecuado en que alguien de su edad pasara tanto tiempo con alguien de mi edad, pero no podía decir a ciencia cierta qué.

—¿Por qué no le decías a nadie qué hacían juntos? —me preguntó Nadia.

—Es que no hacíamos nada —le dije—. Me acuerdo que me hacía sentir mayor. Pero no me acuerdo de que tuviéramos grandes temas de conversación o secretos que guardar. Cuando mi mamá habló conmigo y me preguntó “¿Qué le vas a decir a Rubén? ¿Te ha pedido que le guardes un secreto?”, yo sentí que tenía que confesarle algo terrible. Pero la verdad es que no tenía nada que decir.

—Así están los papás de Álvaro. Empezaron preguntando muy tranquilos y poco a poco la cosa fue subiendo de tono. Me gritaron. Me dijeron cosas y se desahogaron conmigo. Si así se pusieron conmigo en la escuela imagínate cómo se han de haber puesto con el pobre niño en su casa y sin nadie que lo defendiera. Mi mamá sabía lo que quería escuchar. Todos sabemos qué es lo que hay que confesar o lo intuimos, pero no hay quien se anime a decirlo en voz alta. No vamos a saber cómo lidiar con las consecuencias una vez que lo digamos.

—¿De quién sospechas? ¿Les dijiste al menos eso?

—Sí, les dije. Y creo que me van a correr por eso, carnal. Voy a perder mi trabajo y voy a sacar a mi hija de la escuela y quién sabe cómo paguemos la hipoteca y a ver en dónde vivimos nada más con lo que gana Antonio. El niño tiene los cortes en sus partes. Creo que por eso nadie quiere decir

nada. Cuando estaban en lo más duro de la plática, cuando ya hasta el director tuvo que intervenir para que se calmaran, algo sí quedó claro. No sé cómo, pero estoy segura de que los cortes se los hizo él. Él se cortó como tú te cortaste, y no me sigas diciendo que fue un accidente.

Mi corte era distinto. Me habían prohibido juntarme con Fito, pero cuando Rubén fue a uno de sus entrenamientos de básquetbol me quedé solo en la calle, con mi cuchillo de plata, intentando con obcecación de infante lanzarlo contra el árbol y clavarlo como se veía en las películas. No lo conseguía y de la nada apareció Fito. Tomó el cuchillo del suelo y dio varios pasos hacia atrás hasta quedar junto a mí. Tiró el cuchillo y lo clavó al primer intento. Lo sacó del árbol. Volvió a dar dos pasos hacia atrás y lo clavó de nuevo. Yo empecé a reírme como un loco. Me imaginaba que Rubén se iba a quedar sorprendido cuando, a su vuelta, yo fuera un experto lanzador de dagas y le pedí a Fito que me enseñara. Él se puso detrás de mí. Sujetó con su mano enorme y áspera mi mano dócil que se enfrió al tacto. Respiraba.

—A ti no tienen por qué correrte, Nadia. Si alguien le hizo algo a Álvaro hay que denunciar. Son niños ricos. Si está en esa escuela sin estar becado, la familia de Álvaro tiene dinero. Tienen dinero, o sea que tienen modo de chingar.

—Ese es el problema. Que no fue ningún maestro, que no fue ningún pariente. Fueron los otros niños. Los otros niños y por eso me siento con ganas de vomitar. Eso fue lo que entendí cuando ellos me estuvieron preguntando y yo estuve leyendo entre líneas y atando cabos en la cabeza de lo que estuve pensando y preguntando. No lo puedo afirmar, no lo puedo decir a ciencia cierta porque no tengo ninguna prueba, pero así como mi mamá sabía que había algo mal con Fito, así sé yo que fueron esos niños, esos engendros,

esos cabrones, iguales a sus papás que toda la vida se han salido con la suya, que no podemos mantenerlos a raya, que no podemos dejarlos fuera porque no hay modo de decirle que no a esa gente.

—¿A esa gente?

—Y a sus hijos. Mi jefe quería una escuela de élite. La colegiatura cuesta una obscenidad, ¿quién crees que puede pagarla? Ahí van los hijos de un puño de fresas que conocemos de hace rato, tres o cuatro becados, pero ¿quién crees que acaba ahí tarde o temprano?

—Políticos y narcos.

—Y sus hijos. Y sus hijos que son lo mismo que ellos. Sus hijos, que ya vieron a sus padres haciendo lo que quieren. Esos muchachos hijos de su puta madre que pesco viendo pornografía monstruosa en los pasillos, que no tienen ni la menor pizca de inocencia, que hablan de pistolas, que hablan de guaruras y de meterle mano a las sirvientas, carajo, que tienen doce años y ya están más podridos de lo que tú y yo estuvimos nunca. Esos hijos, esos niños, esos que se están cebando con el Álvaro porque él no puede hacer nada. Su papá tiene dinero, pero eso no basta. Si su papá se va a quejar ya no amanece. Y lo mismo pueden ser los unos que los otros. No hay modo de castigar a los culpables y van a castigar a la que puso el dedo, que me castiguen si les da la gana, hijos de puta, chinguen todos a su perra madre, pero Álvaro qué, se va a joder y está jodido para siempre, como estamos todos.

—Nadia, ¿les pusiste el dedo? ¿Por qué hiciste eso?

—No hice nada. Sugerí que podían ser algunos niños y todos supieron a quiénes me refería.

—Podrían expulsarlos.

—Y sus papás pueden mandar a quemar la escuela con nosotros dentro.

—¿Y no hay nada que los profesores hagan para que no pase otra vez?

—Nada. ¿Sabes qué les enseñan en los cursos contra el *bullying*? Yo misma los tengo que tomar porque se supone que puedo ser sustituto para clases. ¿Sabes lo que les enseñan? A reconocer las señales de un niño que es una víctima. Y luego, te enseñan a quitarle al niño lo pendejo, a decirle que no parezca débil, que no parezca torpe, y que delate sin que se enteren los que lo lastiman. Te enseñan a llamar al psicólogo, a tratar a los otros niños hijos de la chingada con condescendencia, porque quizás ellos también sufren algún abuso. Pero eso es una estupidez. Esos niños ya no tienen alma. Esos niños no deberían crecer. Pero todo está hecho para que el niño que no responde, el que no grita, el que no pega y el que no hiera tenga la culpa de que los otros le pongan en la madre. Es su culpa, su culpa, ¿tú crees? Es culpa de Álvaro porque es blandengue y es pendejo; es su culpa porque es un niño dulce. Es su culpa porque siempre, siempre es culpa de los débiles.

—Nadia, no fue tu culpa.

—Ni fue la tuya, y de todos modos no le dices nada a nadie.

—Tal vez no fue mi culpa, pero no sé qué habría pasado si no cancelan el entrenamiento de Rubén.

—Sí sabes, carnal. Sí sabes qué habría pasado.

Fito me tenía agarrado por atrás. Me rozaba como sin querer. El cuchillo me salía sin fuerza y tenía ganas de irme a mi casa. Miraba alrededor y no veía a nadie. Hacía viento y me empezó a dar frío. “Ya me voy”, le dije, y él me dijo que no. Me abrazó con fuerza por detrás y el olor de su sudor me picó fuerte en la nariz. Yo dejé de intuir que había peligro y supe exactamente qué pasaba. Lo supe todo de un golpe y me aterró. Me sacudí, me solté y caminé por mi cuchillo, pero él saltó y lo recogió antes que yo. “Dámelo”, le dije. “¿Y

tú que me vas a dar?”, me dijo. “Si no me lo das, le voy a decir a mis papás que me robaste”, dije. “¿Les vas a decir que tienes un cuchillo? Te van a regañar a ti y a Rubén, ¿vas a rajar?” Eché a andar hacia la casa. Quería correr pero las piernas me flaqueaban. Oía perros distantes, pero no veía ninguno. Oí sus zapatos tallando el polvo entre zancadas. Cuando llegamos a los límites de la colonia, a las casas recién construidas y aún deshabitadas, Fito me tomó la mano. Me zafé. Giré para gritarle pero él tenía el cuchillo enfrente de mí. Me miraba como nadie me volvió a mirar. Yo estaba vacío.

—¿Te tocó?

—No le dio tiempo. Levantó la cara y ya no estaba viéndome. Ese gesto raro que tenía, un gesto sin cara, se le deshizo y sonrió como si se encontrara con algún amigo. Tenía esa sonrisa de morrito con la que parecía inofensivo, pero yo ya sabía qué escondía tras ella. Atrás de mí estaba Rubén. Traía una botella de refresco en una mano y su propio cuchillo en la otra. Reventó la botella contra la pared y me la dio. Yo la agarré por el cuello y esperé a que Rubén dijera algo. “El cuchillo, pendejo”, le dijo a Fito. “Quítamelo”, le dijo el otro. “Ya vete”, le dijo Rubén y dio un paso corto hacia adelante y Fito saltó hacia atrás. Tenía miedo el cabrón. “Pinches morritos jotos”, nos dijo y nos dio la espalda y empezó a caminar. “El cuchillo”, le gritó Rubén. Fito se volteó. Estaba justo a la distancia para lanzárnoslo y clavarlo en cualquiera de nosotros, pero se quedó quieto un momento mientras decidía. Yo no quise esperar a ver lo que pasaba. Tenía muchas ganas de llorar y no quería que Rubén se muriera por mi culpa. Eso pensaba. Así que hice lo único que se me ocurrió hacer. Con la botella, me metí un tajo en un hombro y le grité, un grito largo y fuerte y sin decir nada. Solo grité.

—¿Por qué hiciste eso?

—No tengo idea, pero el hombro me empezó a sangrar de inmediato. Ahí llegó el soldado...

—¿El soldado?

—...o la suerte. “¡Ábranse a la verga!”, gritó alguien de pronto y nos asustamos todos. Era un grito adulto y encabronado de un hombre ya hecho, mayor. Volteamos y vimos a un soldado solitario que venía bajando la loma. No sé de dónde salió, no sé qué estaría haciendo, pero Rubén también se acuerda de ese soldado inexplicable. La tierra sonaba a vidrio molido cuando la pisaba. Un uniforme verde con las mangas perfectamente dobladas sobre los codos. Las botas limpias le brillaban como si hasta el polvo le tuviera miedo. Nos pasó y dejó un olor a sudor picante y oímos su respiración: sonaba compuesta, como si llevara media hora corriendo y le faltara todavía media hora más. Una respiración como la que tienen los caballos. Un olor así también. Fito se puso blanco cuando lo vio. Bajó la mano y escondió el cuchillo. No dijo nada y se fue caminando hacia quién sabe dónde. No lo volvimos a ver jamás.

—¿Por eso tienes la cortada?

—Te lo dije, nada más Rubén entiende.

—¿Entiendes ahorita por qué te cortaste? ¿Entendiste entonces por qué te habías cortado?

—Por miedo, ya te dije.

—¿Así nomás?

—Sí.

—¿No hiciste nada después? ¿Lo hablaste con Rubén?

—Nada. Todo quedó allá, atrás. ¿Por qué sigues preguntando?

—No sé. Creo que porque necesito aunque sea imaginar cómo se siente Álvaro. Necesito saber si ese niño va a hacerse

algo peor. No puedo hacer nada y quiero al menos creer que con el tiempo va a poder lidiar con lo que le pasó.

—Todo eso ya lo sabes tú y lo saben todos. Todos se sienten como están porque saben que lo que le pasó a ese niño no tiene marcha atrás. Nunca, jamás. Y él sabe que todos lo están viendo y quiere esconderse, pero no va a poder. Jamás. Encima de todo no van a castigar a nadie porque los que la hicieron no van a querer pagarla ni va a haber cómo los obliguen, así que les urge echar a alguien a los perros. Y a lo mejor vas a ser tú.

—No fue tu culpa. ¿Entendías eso? ¿Crees que lo entiende Álvaro?

—No. No lo entiende. Porque sí fue su culpa, niño imbécil. Sí fue mi culpa también. Sí. Sí fue. Por niño, por pendejo, por débil, por crédulo, por no escuchar, por no hacer lo que me decían, por no ser bueno. Fue mi culpa, Nadia, y por eso me corté. Porque no podía quedarme sin castigo. Si Rubén no llega a defenderme, si él no intuye que algo estaba mal cuando no me vio en casa y no va a buscarme, yo no estaría aquí, ¿entiendes? Yo no estaría aquí y habría sido Fito el que me habría matado.

Nadia alejó la cara del teléfono un momento. También yo. Regresamos al aparato casi al mismo tiempo.

—No puedo ayudar a ese niño. ¿Qué vamos a hacer?

—¿Qué vas a hacer tú? Porque ya viene la noche y vas a tener que decidir. Y va a ser entre ayudar al niño que no conoces a costa de quién sabe qué precio o cuidar a tu propia hija. ¿Tú que vas a hacer?

—No importa lo que yo haga. Si les da la gana me van a embarrar todo lo que quieran o tal vez no pase nada. A lo mejor correrme es aceptar lo que pasó y por eso a lo mejor nadie dice nada y todos nos quedamos callados.

—No te engañes. Ya sabes lo que va a pasar. Crecimos en escuelas como esa. Todos sabemos cómo es esto. Dime, ¿qué va a pasar?

Mi hermana hizo un alto más. Ordenó lo que quería decir y me lo dijo.

—Los papás de Álvaro lo van a cambiar de escuela y nunca más voy a volver a saber de él. Me voy a buscar otro trabajo, pero mientras no lo encuentre voy a seguir allí y mi hija también va a seguir en esa escuela, nadando a diario entre los tiburones. Ya no voy a poder ver igual a los niños. Cada día los voy a sentir un poco más perversos, un poco más malvados y voy a pensar que lo que nos tocó vivir a ti y a mí palidece con lo que les toca a ellos, porque aunque no lo pareciera entonces, tuvimos un montón de suerte. Cada que te vea voy a pensar en tu hombro y voy a pensar en Álvaro.

—Muy bien.

—Otra cosa. Siempre voy a saber que hay algo que no me cuentas. Pero no te lo voy a volver a preguntar.

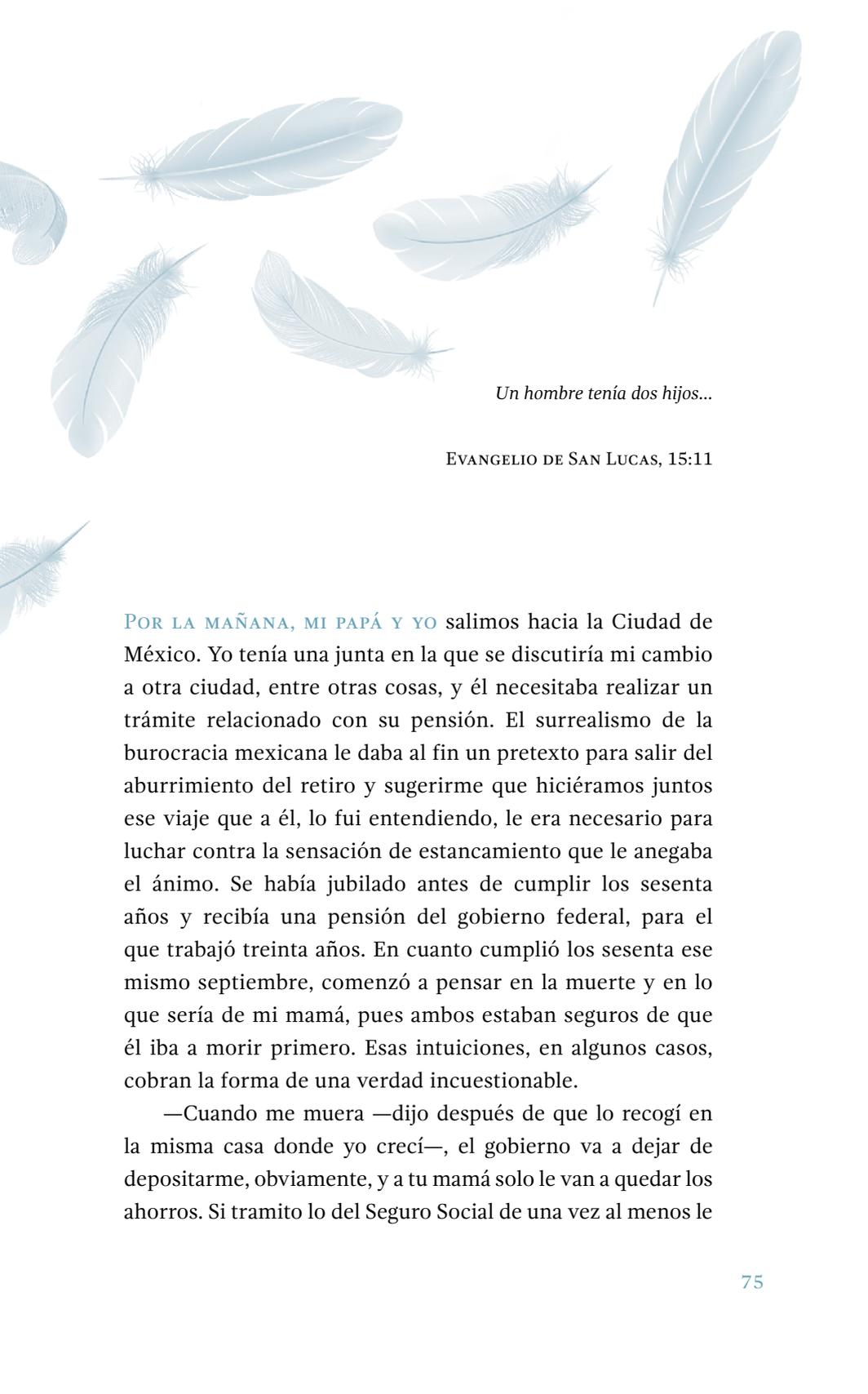
Colgamos y no hemos vuelto a hablar de nada de eso hasta la fecha. No sabíamos aún que lo que dijo Nadia se cumpliría punto por punto: la retirada de Álvaro, la búsqueda sin esperanzas del trabajo. Lo que sí supe entonces fue que desde que hablamos ese día, desde que ella tuvo esas juntas y desde que no ha vuelto a ver al niño, me ha parecido que al fin hay una cicatriz en ella que no sana. Es la herida del otro. Porque ella es indestructible, pero los frágiles del mundo no, y en el mundo también viven todos los demonios, que no discriminan entre habitar hombres o niños.



# LOS PADRES PRÓDIGOS







*Un hombre tenía dos hijos...*

EVANGELIO DE SAN LUCAS, 15:11

**POR LA MAÑANA, MI PAPÁ Y YO** salimos hacia la Ciudad de México. Yo tenía una junta en la que se discutiría mi cambio a otra ciudad, entre otras cosas, y él necesitaba realizar un trámite relacionado con su pensión. El surrealismo de la burocracia mexicana le daba al fin un pretexto para salir del aburrimiento del retiro y sugerirme que hiciéramos juntos ese viaje que a él, lo fui entendiendo, le era necesario para luchar contra la sensación de estancamiento que le anegaba el ánimo. Se había jubilado antes de cumplir los sesenta años y recibía una pensión del gobierno federal, para el que trabajó treinta años. En cuanto cumplió los sesenta ese mismo septiembre, comenzó a pensar en la muerte y en lo que sería de mi mamá, pues ambos estaban seguros de que él iba a morir primero. Esas intuiciones, en algunos casos, cobran la forma de una verdad incuestionable.

—Cuando me muera —dijo después de que lo recogí en la misma casa donde yo crecí—, el gobierno va a dejar de depositarme, obviamente, y a tu mamá solo le van a quedar los ahorros. Si tramito lo del Seguro Social de una vez al menos le

va a quedar también la pensión para las viudas mientras ella viva. No es mucho, pero los viejos gastamos poco.

—Papá, no le hace falta nada de eso —le dije —, nos tiene a nosotros.

—Pero Rubén tiene a sus hijas, Nadia tiene a la suya y algún día tú vas a tener a alguien más, aunque no lo creas —me dijo y no quise seguir hablando.

Caminé hacia el carro y él trató de adelantarse con sus pasos cortos y algo torpes.

—Si quieres yo manejo de ida y tú de vuelta —sugirió con algo de avidez infantil, pero de inmediato me subí en el asiento del chofer.

No era que mi padre fuera un mal conductor. Había manejado medio país yendo de una junta de trabajo a otra durante treinta años, pero el problema era precisamente que lo había hecho durante tres décadas. Ya no hacía los cambios de carril con soltura. Se distraía buscando una estación en la radio. Tardaba horas jugando con la computadora de viaje y jamás, no sé por qué, jamás parecía tener alguna prisa. Sin embargo, era un conversador excelente, cosa que también había cambiado con la edad. Él y yo no nos hablamos durante algún tiempo. Luego, cuando la vida siguió, nos volvimos algo muy cercano a un par de confidentes.

Cuando yo tenía unos dos años, él nos había abandonado. En realidad, nunca nos abandonó, sino que no volvió a la casa en siete días. Mis padres hablaban poco sobre el tema, según mi mamá porque era problema solo de ellos y nosotros no teníamos nada que ver. De cualquier modo, cuando estaba a punto de empezar la preparatoria y conocí la historia, dejé de hablarle unos veinte meses, pero él ni siquiera notó que lo había condenado a una especie de destierro adolescente. Al principio, estaba demasiado ocupado en trabajar y trabajar.

Luego, estaba Rubén. Si mi adolescencia había cobrado la forma del silencio, la de mi hermano mayor había tomado la del torbellino; Rubén se volvió un tipo explosivo que convertía sus insatisfacciones, sus frustraciones, en distintas formas de bronca con mi padre. A la fecha, y a pesar de lo mucho que he hablado con los dos, no puedo decir que hubiera una razón cierta. Hubo muchos gritos. Hubo mucho desmadre y siempre pensé que iban a molerse a golpes en algún momento. Pero mi hermano embarazó a su novia apenas empezando la carrera y entonces mi padre y mi hermano se tuvieron que tragar palabras, orgullo y rabia, y trabajar codo a codo para resolver la situación. Rubén, impulsivo, feroz y todo, se quedó temblando ante un sangrado profuso que Renata tuvo un día mientras caminaban por la calle. El dolor la había atravesado y tal vez por un momento pensaron en mirar hacia otro lado y dejar que el cuerpo dentro de Renata agonizara y luego seguir sus vidas cada cual, pero no pudieron. Descubrieron el secreto, enteraron a las familias y pasaron bastantes malos ratos. Ese primer capítulo acabó en un matrimonio y una nieta dulcísima. Alejandra nació en enero. Mi padre envejeció definitivamente a los cuarenta y cinco y mi hermano dejó de ser joven desde los veinte. Mi padre se despedazó a tragos durante los primeros fines de semana que mi hermano no estuvo más en casa. Le faltaba su primogénito, el hijo en el que ponía sus complacencias y, según supe después, había querido hablar con él mil cosas que ya nunca le podría decir. Yo nunca me sentí como su hijo predilecto, pero por lo pronto, era el único hijo varón que le quedaba. Así fue como volvimos a hablar.

Cuando mi padre me miró ponerme detrás del volante noté en él una como decepción infantil. Tal vez ya casi no manejaba.

—Bueno —dijo resignado—. Al menos hay que comernos algo cerca de Zitácuaro.

—Me dices dónde salirme de la autopista de cuota —le dije—. Yo nunca me detengo en carretera. No me gusta perder el tiempo.

Tomamos la autopista y pasamos algunas casetas de cobro. Yo las prefería a las carreteras federales, por seguridad. Cerca de la caseta de Atlacomulco, mi papá miró al horizonte aún frío y sembrado de cerros verdes. Me señaló una salida y comimos una barbacoa que por un momento me reconcilió con el mundo y con la vida y casi me saca lágrimas debido al éxtasis mandibular en que me colocó.

—Estaba buena, ¿no? —me preguntó mi papá. Yo aún no podía hablar de la emoción—. Qué lástima que no nos hayamos ido por la federal. La zona de Zitácuaro era el límite entre el reino p'urhépecha y el imperio azteca. Cuando peleaban, lo hacían alrededor de la frontera entre el Estado de México y de Michoacán, justo por esa parte de la carretera libre. —Tal vez era impreciso, pero me gustaba escucharlo—. Luego, durante la Intervención francesa, Vicente Riva Palacio defendió ahí mismo el avance del ejército invasor antes de ser gobernador del estado. Zitácuaro. Tres veces heroica. No me acuerdo cuándo fue la otra.

—Aquí la gente se ha dado en la madre desde siempre —le respondí—. Ahora es zona de trasiego y si nos vamos por la federal, con mala suerte nos agarra un retén de la Maña.

—¿Tú crees?

—Es lo que dice Rubén. En Zitácuaro lo detuvieron antes de entrar a la ciudad.

—Eso fue en Apatzingán.

—No. En Apatzingán lo fueron a ver a la obra y le preguntaron por qué no les había avisado.

—¿A ellos qué les importa?

—Sacan tajada hasta de eso. Quieren tener a la gente checada. Le dijeron cuánto tiempo podían estar allí, por qué

lugares podía moverse su cuadrilla de trabajadores y por dónde tenían que salir y a quién avisarle cuando salieran y volvieran los fines de semana.

—¿Eso fue en Apatzingán? ¿Entonces qué pasó en Zitácuaro?

—Le pidieron los permisos del ayuntamiento y confirmaron su contrato con el municipio.

Mi padre sacudió la cabeza mientras nos pedíamos dos cafés para llevar.

—A mí ya no me tocó nada de eso —dijo y subimos al carro—. Cuando trabajaba en Tesorería viajé por esa carretera unas cien veces —me dijo, señalando al sur y a una hilera de pinos quietos bajo el sol y la frescura otoñal—. Cien veces y nunca me tocó nada de eso.

—¿Por la federal? —le pregunté mientras volvíamos entre curvas a la carretera de cuota y nos montábamos en ella con un zumbido de saeta.

—Sí. Incluso cuando todo el mundo usaba esta carretera nueva a veces me iba por la libre para ahorrarme los viáticos de las casetas y completar para los gastos. Nos daban el dinero en efectivo entonces y no nos pedían comprobación. Agarraba la federal, me sabía todos los paraderos, todos los pueblos, todas las barbacoas en la mañana y todas las carnitas a mediodía. Me la sabía toda. Una vez la manejé con mi papá, cuando él ya estaba enfermo y me dijo: “No había vuelto en treinta años”.

—¿Te acuerdas de algo de cuando vivían allá, en la Ciudad de México?

—Me acuerdo de la carretera, del autobús en que volvimos a Morelia.

—¿No tenían carro?

—No. Mi papá no aprendió a manejar hasta mucho después. Yo le enseñé. Además, él no venía con nosotros.

—¿Y eso?

—Ya ves. Cosas de las que no se hablan. Como lo de tu hermano y su accidente.

Dos meses atrás mi hermano había tenido su “accidente”. Le decíamos así porque el único que había sospechado que fuera un intento de suicidio era yo. El impacto, la emergencia y mi incapacidad para reconstruir los hechos con precisión lo había vuelto confuso a los ojos de mi familia, que había decidido no usar la palabra, no sugerir el hecho, no aceptar que la tristeza, la rabia o la frustración podían llevarlo tan lejos.

Fui el único testigo y aún hoy no puedo decir exactamente qué pasó. Resumido, el asunto parecía bastante claro para todos los demás: un gorrión había quedado atrapado dentro de la casa de mis padres durante tres días y mi hermano, que llevaba algunos meses viviendo allí por su separación, estaba decidido a ayudarlo a encontrar la salida. Sin embargo, el gorrión estaba tan asustado que no hallaba la puerta, sino que volaba para estrellarse con el tragaluz que el mismo Rubén había instalado como parte de una remodelación a la casa en la que crecimos. Una estructura de metal sostenía una gran ventana de acrílico a doble altura sobre el suelo. Mi hermano había atado a ella una cuerda de seguridad mientras destrozaba a martillazos una rejilla de ventilación. Rubén había perdido el equilibrio, había caído y de alguna manera se había enredado el cuello con su propia cuerda de seguridad. Por un momento, mi hermano pendió en el aire, sacudiendo las piernas, y el gorrión que había intentado liberar revoloteó alrededor suyo como un ave de rapiña. Yo no pude ayudarlo. Lo contemplé como a un hombre en el cadalso y luego lo vi caer como un relámpago y quedarse quieto; después abrió los ojos. El pájaro había logrado escapar.

Rubén se había negado a ir al hospital y pasó tres días encerrado, inmóvil. Rubén volvió a sus carreras para pescar

una obra aquí, un contrato de construcción allá, una licitación en cualquier lado. Después, no volvimos a hablar del tema porque esa era la segunda vez en su vida que había quedado colgado por el cuello, y cuando le conté a la familia lo que había pasado todos recordaron el lejano día de su boda, en que el nudo de su corbata casi se vuelve un nudo fatal en un accidente perturbadoramente similar. Así que el hecho, sin más, fue calificado como tal. Pero yo sugerí que podía haber sido algo deliberado, en gran parte, guiado por una opinión personal: si yo hubiera estado en el lugar de Rubén, si fuera a mí a quien lo hubieran separado de sus hijas, si hubiera sido yo el que estuviera hasta el cuello de deudas y no hubiera tenido un solo sitio para apoyarme, lo que pasó no habría sido un accidente.

—Yo sí creo que fue un accidente —me dijo mi padre de improviso, dándole un sorbo al café como para sellar sus labios y dejar la discusión zanjada.

Sus razones eran las de un padre. Para él, la crisis había aniquilado en Rubén el instinto cazador. Nadie que lo hubiera conocido suficiente tiempo podía decir que a mi hermano le era natural la tristeza y la inacción. Era expansivo y cordial, y a la gente le encantaba. Por las malas, era explosivo y fulminante, como lo habíamos probado de primera mano tanto mi padre como yo, pero de inmediato volvía a la amabilidad. Precisamente por eso, decía mi padre, reaccionaba mal cuando caminaba mucho tiempo por el camino de los sentimientos oscuros. Los conocía tan poco que le eran antinaturales. Solo se volvieron cotidianos hasta que vino la separación y los trámites del divorcio, los careos con el juez, las juntas con los abogados. Los primeros tres meses que estuvo de vuelta en la casa de mis padres, sin dinero para ir a ningún otro sitio más, los pasó en largos

silencios, en noches que pasaba sin dormir en el estudio. Todo era indicativo de un hombre que no podía hallar la paz, pero tampoco podía hacer nada al respecto. Más que cualquier cosa, parecía haber perdido la capacidad de acción y habitaba un limbo en el que el tiempo y el futuro no existían más que como nostalgia.

—Pero nada de esto era él. Todo esto fue un accidente —remató mi padre, porque en realidad, nada de esa prolongada forma de tristeza coincidía con mi hermano.

—No sé —dije.

Yo no creía en la teoría del accidente por razones similares a las de mi padre. Mi hermano, en verdad, poseía un cierto instinto cazador que había sido minado, pero que permanecía allí, pendiendo sobre su cabeza como él había pendido sobre el suelo. La separación lo había herido, postrándolo, haciéndolo buscar refugio, y nosotros lo habíamos agobiado con preguntas que no quería responder y consejos que no quería escuchar. Se había retraído, se había encuartelado. Se encontraba en un sitio en el que nada de su propia naturaleza lo podía ayudar. Le había tirado cubetadas de agua a la pólvora de su temperamento para no estallar y herir a alguien. Para mí, había actuado exactamente en el sentido opuesto a todas las veces en las que yo lo había visto confrontar a un enemigo. Cuando éramos jóvenes, yo lo había visto pelear varias veces, sin contar aquellas en que me tundió a golpes a mí. No era consciente de su dolor hasta después del tiro. Se concentraba en el daño al otro y dejaba el propio para más tarde, para cuando nadie lo mirara, incluso en su derrota, como la vez que el Bolos lo mandó al suelo de un golpe titánico después de recibir cuatro más, había algo de orgullo en la expansión de su vendaval. Yo mismo, las veces que peleé con él en la adolescencia, fui siempre sobrepujado

por su torbellino. Alguna vez pude contenerlo por razones puramente musculares de un desarrollo que a los quince giró súbitamente a mi favor, pero incluso en esas veces sabía que la contención había sido más bien fortuita. Yo peleaba para protegerme del daño, él, para causarlo. Y sin embargo, en ese sitio en el que estaban no había nadie para atacar. No había forma de abrirse paso fuera de la esquina en que se sentía arrinconado. Por ello, mi teoría era que él quiso hacer algo suficientemente decisivo como para alejarnos a todos o para alejarse de nosotros. Quería que lo dejáramos solo, pero no podía obrar contra nosotros y solo tenía su cuerpo para hacer algo. No creo que hubiera tenido la intención de terminar consigo mismo. Tal vez lo único que quería era que ya no lo siguiéramos mirando, pero la forma en que había decidido hacerlo no había sido accidental. Y tampoco, por supuesto, había sido casual que yo fuera el único testigo.

—Pero ya va saliendo —me dijo mi padre—. Lo veo menos deprimido, se mueve más, pero creo que ahora se está yendo hacia el otro lado. Y ese otro lado sí lo conoce mucho mejor.

—No he vuelto a hablar con él —le dije, pues lo último que nos habíamos dicho me había dejado en la boca un sabor culpable.

—Deberías buscarlo. Ya se trata de parecer de nuevo a él mismo antes de todo. Se consiguió un departamento. Vendió su camioneta y compró un carrito. Ahí va, pero igual, cuando habla, parece que hay algo que se le quebró dentro. Me preocupa que se le acabe la energía y que deje que la inercia tome por él una decisión de la que se pueda arrepentir después.

—¿La inercia? —le pregunté.

—Sus hijas. El espacio que crece cuando hay separaciones —dijo, y volteó hacia los árboles a la derecha de nosotros

mientras nos acercábamos a un tramo de la carretera en construcción.

—¿El espacio? Viven todos en la misma ciudad.

—Pero no viven ya en el mismo mundo. A uno, yo creo que no lo vas a entender, pero yo sí, lo congela la vergüenza. Uno siente que les falló a ustedes, que se falló a sí mismo, y que ya no puede seguir llamándose *su padre*.

Mi papá miraba la larga fila de los carros, a la que nos sumábamos como otro par de luces intermitentes pestañeando bajo el sol, y a un hombre a lo lejos agitando una bandera de un color anaranjado que estallaba con violencia reflejando el sol a plomo.

Yo no sabía cuánto de su propia experiencia transfería hacia mi hermano y cuánto de esto era algo que pudiera haber hablado con él. Sobre Rubén, yo estaba seguro de que le sobraba madera paternal. Posiblemente el mejor ejemplo fueran los primeros meses de Judith, su segunda hija, que había tenido una minúscula zona de infarto cerebral por falta de oxígeno en algún punto del alumbramiento. Solo lo detectaron hasta que, a unos meses de nacida, Judith era incapaz de mantenerse al día con las previsiones de su desarrollo. La niña tardaba un segundo de más en voltear hacia la mano que chasqueaba un dedo. Intentaba agarrar los bloques de colores, pero su mano parecía incapaz de seguir el trayecto marcado por sus ojos. No arqueaba la espalda al colocarse boca abajo, sino que reposaba casi inerte sobre su cuerpo fuerte, pero entorpecido. Al cambio de pañal, tampoco alzaba las piernitas. Yacía laxa. El pediatra dio un pronóstico reservado en cuanto a sus capacidades motrices a largo plazo. Ninguna zona de la corteza en la que se ubicaran funciones cognitivas se había dañado, pero era posible que el delicado puente entre su mente y su cuerpo estuviera, si no colapsado, sostenido por pilotes muy endebles.

La solución era tan sencilla que yo no podía creer que llegara a funcionar jamás. El médico había recomendado una serie de ejercicios de habilitación motriz. La idea era que la repetición de ciertos movimientos haría que las conexiones naturales del cerebro, que habitaban una zona de derrumbe, fueran suplidas por conexiones frescas, construidas en algún sitio completamente nuevo e intacto. “El cerebro es una maravilla”, Rubén me había explicado entonces, “El cerebro puede cambiar su propio cableado muy rápido cuando es tan joven. Solo hay que estimular, estimular y estimular”. Cuando nos explicaba, cuando participaba en la terapia, lo asistía su fe en la construcción. Después de todo, él mismo había madurado precozmente en visitas de obra. Trabajaba con Judith asumiendo su papel de supervisor de esa diminuta instalación eléctrica que le duraría el resto de su vida. Rubén hacía los ejercicios de motricidad con ella a diario. La tomaba de los pies y los hacía dar vueltas, simulando una caminata sobre una pared de aire. Le ponía un dedo en las palmas y cuando ella lo sujetaba, él la hacía girar el brazo, lo extendía y lo volvía a poner cerca del pecho. Cada ejercicio estaba diseñado para imitar un movimiento necesario y cotidiano. El cerebro de Judith aprendía a dejar de mandar luz a una zona inservible y a iluminar como una ciudad de noche una zona recientemente construida. Rubén le hablaba, le decía sobre lo que hacían juntos y por qué lo hacían, “Es para que te pongas bien”, le decía, “Para que corras con tu hermana, para que juegues conmigo cuando venga de trabajar”. Le explicaba lo que sabía de su problema, de la misteriosa red de conexiones del cerebro y le besaba las manitas y los pies. Ella sanaba. Ella mejoró y se puso al día, y jugó; eventualmente gateó, corrió y sujetó las cosas al primer intento solo para luego mandarlas a volar, lanzarlas

para ver feliz, entre carcajadas de niña, cómo se estrellaban alegremente contra el piso.

Le conté esto a mi padre y le dije que algo más fuerte que sus problemas las unía a ellas: esa memoria de infancia, por ejemplo.

—No funciona así. Todo eso Judith nunca va a recordarlo —me dijo, con la vista fija en la hilera de autos—. Era demasiado pequeña. Para ti y para mí puede significar algo, pero para ella, no.

—¿No lo sabe?

—No importa si lo sabe o no. No va a acordarse de eso con el tiempo aunque él nunca lo vaya a olvidar.

—Entonces, ¿de qué van a acordarse sus hijas?

—De las peleas. De la separación. De un padre que no volvió. Si intenta o no seguir las viendo, va a dar lo mismo. La memoria de los niños funciona muy extraño —me dijo, y entre el aire que salía temblando de los toldos frente a nosotros recordé que durante muchos años yo solo pensé en él como un hombre temperamental y ajeno. Nunca, a pesar de que hay toneladas de fotografías, me pasó por la cabeza recordar al hombre que me leía en voz alta, ni al que le gustaba oírme cantar mientras él tocaba la guitarra; tampoco al que tenía guardados casetes viejos con mi voz gorjeando a los ocho años; la infancia y la paternidad pueden ser la misma lección de ingratitud—. La memoria de los niños tiende a recordar distinto que la de sus papás. Cada cual se especializa en su dolor, en su propia parte.

—¿Tú sabes cuál fue su parte? —le pregunté mientras veíamos en la distancia que el hombre agitando la bandera anaranjada señalaba una reducción de carril que solo permitía paso en una dirección a la vez.

—Creo que sé lo mismo que tú. ¿Tú sabes algo?

—No. Tengo teorías, pero no quiero hablar de ninguna. Si lo culpo a él, siento que lo traiciono. Si la culpo a ella, siento que soy injusto.

—Tú eres su hermano y te sientes así. Imagínate yo, que los crie a ustedes. A veces estas cosas saben como a la culpa de uno. No sé. No sé cómo va a sonar viniendo de mí, pero la única lección es que lo que sea que haya hecho, uno no acaba de pagarla nunca. Por eso no hay que hacerla en primer término. Nadie que lo haya hecho te va a decir algo distinto. Nadie te perdona. Nadie. Nunca. Y nadie tendría por qué perdonarnos.

La obra en la carretera nos había dejado inmóviles sobre el asfalto. Éramos una canoa en medio de un arroyo seco. Mi padre había hecho que la conversación cambiara de dirección sin darme aviso. La había llevado hacia sí mismo.

—¿Tú crees que ya la pagaste? ¿Tú lo habrías perdonado si hubiera sido al contrario?

—No sé, hijo. Lo he pensado veintiocho años y no sé. Creo que ni lo habría perdonado ni lo he pagado. Creo que no son cosas que puedan pagarse sino que son cosas con las que se vive para siempre. A lo mejor nunca había tenido tanto tiempo para pensar como ahora que no tengo nada más que tiempo y todo mi tiempo es con tu mamá. Nos levantamos y ahí estamos juntos. Nos vamos a la cama y ahí estamos los dos, pero también está lo que hice; no se fue a ningún lado. Ustedes ya no están y no les hacemos falta. Ahora que termine de hacer este trámite, y por eso me interesa hacer este trámite, ya tampoco le voy a hacer falta a ella. Me puedo morir y ella no va a necesitarme. Yo creo que nunca nadie me necesitó en el sentido estricto de la palabra. A lo mejor aceptar que no hago falta es el mejor modo de prepararme para morir. A lo mejor si me hubiera dado cuenta a tu edad de que nadie hace ninguna falta no encuentro por qué vivir.

Mi padre miraba a la carretera inmóvil, como un cementerio de autos. Después volteó la cara hacia el sur, hacia la línea de árboles tras los que se escondía la vieja carretera federal. Hacía un sol claro de octubre y los árboles al lado del camino se mecían bajo un cielo azul brillante, diáfano y frío.

De los errores que recuerdo de mi padre ese fue el único que me prometí no cometer. Yo era un niño cuando todo esto pasó. Recuerdo algunos gritos y la sensación perpetua de una tensión inexplicable. A pesar de que no tenían mucho tiempo de casados, mis padres no tenían ninguna conexión más que su enojo mutuo. Mi mamá me asegura que mi padre no estuvo con nosotros durante una semana, pero sobre ese tiempo, a pesar de que hemos hablado con mi padre de todo lo demás que hay sobre la tierra, no sé nada, más que volvió y nunca se fue otra vez. Tras la experiencia de la boda de mi hermano eso era lo que yo veía en él a pesar de todo: dio la cara. Yo lo había aprendido a estimar en su medida justa tal como alguna vez odié la primera parte de la historia, visceralmente, sin salvación ni dudas. Pero lo estimaba en parte porque yo mismo conocí esa tentación de no estar, de la deriva. El juicio es fácil de hacer cuando es sobre los otros. Pero cuando uno es el objeto de la mirada, el juicio se vuelve una prisión, una cárcel involuntaria de la que solo vemos puertas falsas y volamos hacia ellas con ansias locas de escapar, estrellándonos como un gorrión que busca desesperadamente una salida.

—Yo, papá. Yo no te necesité de niño, pero cuando me hice adulto te necesité mucho más y has estado siempre aquí —le dije mientras el hombre de la bandera naranja nos concedía el privilegio de avanzar—. Quédate con eso. Nadie me ha jodido peor que tú, pero tampoco nadie me ha entendido mejor. Me parezco a ti en tus extremos y me da gusto que me hayas escuchado cuando tenías que escucharme.

—Ojalá que no tengas razón —me dijo. Cambié la velocidad e inicié un rebase innecesario cuando terminó el tramo en construcción. El carro exhaló cuando bajé el cambio y se despezó como un animal debajo de un sol ininterrumpido.

Mi padre seguía mirando hacia algo detrás de la línea de los árboles al sur. Avanzamos unos tres o cuatro minutos y de pronto fuimos los únicos sobre la carretera. Mi padre se pasó las manos por la cara. Volvió a tomar café.

—No quiero que él se dé por vencido. Ellas siempre lo van a recordar así y no es justo. Sobre todo porque no creo que él sea el tipo de padre que sea mejor no tener cerca. Los hay. Hay muchos. Hay gente que no debería tener hijos y hay gente que jamás debería estar alrededor de un niño porque cuando les piden un pan o un pescado les arrojan una piedra o una serpiente. Que no tengan hijos, que se divorcien y que no los vuelva a ver nadie jamás. Que los metan boca abajo en una tumba sin nombre. Que los borren de la historia. Está bien. Pero a él, no. A mi hijo, no. Tu hermano se puede divorciar y todo el mundo que se case de nuevo, eso qué importa, pero que no abandone, que no se vaya. Yo estuve a punto de no volver y tu abuelo estuvo a punto de no volver tampoco. De eso no hemos hablado, pero vamos a hablar algún día. Lo que te quiero decir es que he sido el padre que se quiere ir y también he sido un hijo al que casi abandonan. Sé de lo que hablo, ¡carajo!

Desde que me mudé de su casa y él se jubiló hemos hablado cientos de horas. Eso nos ha reconciliado y me ha dado cierta perspectiva. Adentro de ese coche, con mi padre tratando de controlar una barbilla que le temblaba de rabia, sospechaba que el problema iba más allá de que él se hiciera responsable de lo que había pasado con Rubén. Además de sentirse responsable, no podía intervenir de ningún modo

directo. Él solo podía ayudar cuando se lo pedían. Ya no podía imponerse.

—No importa cómo se arreglen ni todo lo que Rubén haga. Esto que está pasando ahora va a ser lo único que recuerden por años, te lo digo yo. Dime si estoy equivocado. Esa única semana te ha pesado más que todo el tiempo que estuve para ustedes.

Cuando mi padre aún podía quebrar la luz con un grito, cuando empuñaba las manos y el aire crujía, cuando todavía era capaz de todo esto, mi padre se montó a un potro de alcohol y cabalgó la noche. Desapareció siete días y después volvió. Fue todo lo que supe durante algún tiempo. Tal vez no me habría enterado del resto de los detalles si no hubiera tenido yo mismo mi propio roce con el abandono, como si esta facultad de ser un fantasma para un hijo me viniera con la luz del padre, igual que la propensión al trago, a beber hasta la inconsciencia y despertar después a días sin fin en los que lo único que he deseado es no despertar jamás.

El retraso de mi exnovia me sorprendió con una mano en la maleta, de salida, en un pésimo momento en el que el sexo, entonces remoto, había tenido un sabor a despedida y libertad. Su voz en el teléfono, con mi hotel reservado y horarios para juntas en la Ciudad de México, me sonaba a ficción, a una voz en *off*, al inicio de una tragedia de la que no quería formar parte. Mientras conducía por la carretera pensaba que podía no volver jamás de ese viaje de trabajo. Podía decir que las cosas se habían prolongado. Podía renunciar, conseguir otro trabajo similar o un cambio de plaza comercial. Podía incluso volver a la ciudad sin decirle a nadie que había vuelto; podía esconderme. Conducía e imaginaba. Pasé una caseta y pisé el acelerador, y pasé volando por la misma carretera donde ahora hablaba con mi padre. A pesar de lo que me movía

entonces, a pesar de todo lo que imaginaba, no iba a ningún lado porque el problema seguía allí, gestándose. Imaginaba que tal vez si huía y me perdía en esa capital monstruosa ella tardaría en notar mi ausencia y estaría más preocupada por el hijo de camino. Ella seguiría adelante y mi huida le haría odiarme tanto que no querría saber nada más de mí, y no me vería ni la sombra durante mucho tiempo. Entonces, un día, yo le llamaría desde algún sitio lejano, acordaría una pensión alimenticia y volvería a desaparecer. Si acaso alguien preguntaba, yo diría que tenía un hijo, que me hacía cargo de él; diría que la mujer me odiaba y que esa era la razón de que no lo viera jamás; la aventaría sin parpadear a las mandíbulas de la gente; haría que la juzgaran a ella para que no me juzgaran a mí. Sería un cobarde, pero sería libre.

Manejaba sin noción de conducir. La fantasía se iba haciendo real a medida que la saboreaba. Movía el carro mecánicamente y solo cuando me daba cuenta de que iba muy por encima del límite de velocidad frenaba un poco. En las horas planas de la carretera me hice tantas historias en la cabeza, tantos diálogos, tantos posibles desenlaces, que lo que comenzó como una ficción para escapar a la realidad se convirtió en mi pie en el acelerador a fondo, y mi garganta borboteando un ruido como de grito que no acababa nunca. Conduciendo se me había acabado la ficción y me había dado cuenta de que al volver del viaje, porque volvería, todo sería perfectamente real. Lo único que no había imaginado de entre todo esto era al hijo probable. Su cuerpo, para mí, no existía y no quería ni siquiera concebirlo porque pensaba que lo detestaría más aún. Grité, grité y apreté el volante. Grité tanto que me dolieron los ojos y el cuello por haberse hinchado con la rabia. Vi el carro de enfrente casi inmóvil por la velocidad con que yo manejaba y lo centré con el

volante apretado entre los puños. Me acerqué a él tanto como pude, pero cambié de carril en el último momento y el carro hizo una sacudida leve y las llantas perdieron adherencia. Por un momento, perdí el control a ciento sesenta kilómetros por hora. Sentí el vacío entre mis llantas y el asfalto y creí que no iba a salir vivo de ese volantazo intempestivo. Cuando pensé que esa era mi muerte, sentí paz, fui totalmente feliz y el mundo se quedó en silencio, en la transparencia de una salida inexistente contra la que estuve a punto de estrellarme. Lo entendí y se fue la paz y se fue el silencio. Oí el caucho que se quemaba. Saqué el pedal del acelerador. Metí un cambio de velocidad, frené con el motor hasta que olió a transmisión y luego corregí el rumbo como pude viendo carros pasar a mi alrededor, pitando. Bajé las ventanas cuando recuperé el control del carro. El aire frío me pegó en la cara y me orillé sobre el acotamiento, donde me detuve con el motor despidiendo un olor a falla mecánica. Me sentí frustrado de que nada, más que la caja de cambios, hubiera quedado hecho pedazos. Bajé del carro a descargar lo que quedaba de mi rabia. Volví a vociferar hasta que se me acabó la furia, y me inundó una desesperación que me llevó hasta la náusea. Pateé el carro, agité las manos. Maldije la paternidad, vacié las vísceras y seguí gritando como un loco al pie de la carretera. Llamé a mi hermano, que aún estaba casado, y cuando él escuchó mi voz atrapada en un llanto vergonzoso porque estaba decidido a no regresar a una casa llena de llantos y pañales y una mujer que me odiaría el resto de su vida, me dijo que estaba de visita en la casa de mis papás. “Habla con mi papá”, me dijo y me lo pasó sin que yo le contestara nada.

No esperaba la voz de mi padre, pero cuando la oí, la rabia se activó de nuevo. Me sequé la garganta con los gritos

y le gritaba como si él fuera culpable. Lo insulté más de lo que he insultado a ningún otro hombre jamás. Mi padre me escuchó hasta que logró calmarme a fuerza de no avivar el fuego. En algún punto de todo esto que le gritaba, de todo lo que le decía, le dije que al fin tenía un trabajo en el que no ganaba mal y no iba a dejar que alguien que no conocía y que ni siquiera amaba me quitara mi dinero, así, mi dinero. Mi padre me dijo entonces que eso mismo le había pasado a él por la cabeza veinticinco años atrás.

—¿Tienes idea de lo caros que me han salido tú y tus hermanos? —me dijo—. Tienes veintisiete, ¿no? —preguntó, porque en verdad se le olvida nuestra edad—. Yo tenía un año más que tú ahora cuando me fui. Tenía tres hijos. Debía hasta la camisa. Yo tampoco quería pagar, pero tenía un crédito Infonavit, tenía tres tarjetas hasta el tope, tenía el pago de tu primaria y la de Rubén, y Nadia iba al pediatra a cada rato. Me fui, hijo. Así como tú te estás yendo ahora, así me fui yo. A la chingada con ustedes, pensé. Total, si me desaparecía los problemas no me iban a alcanzar. ¿Te conté eso? ¿No? Porque tarde o temprano lo tienes que escuchar.

Bebió. Bebió casi tanto como yo cuando pierdo el control y de pronto, en la noche de un viernes, salió de la casa sin maleta, sin un cambio de ropa, tomó el carro y desapareció.

—Tu mamá pensó que había muerto, que me había accidentado. Llamó a conocidos del trabajo, llamó a mis amigos, llamó a parientes. Nadie tenía idea de mí. Me fui de fiesta, me fui de bares, acabé en las barandillas. Desperté hecho mierda entre borrachos y cuando me preguntaron a quién quería llamar para que viniera a recogerme, dije “A nadie”, y no volví —me dijo por teléfono aquella vez—. No volví porque tenía vergüenza y porque no sabía si valía la pena regresar.

Él mismo se había expulsado de su patria y esa costa se alejaba cada vez más. Ahí, lejos, durmiendo dos noches seguidas en una celda de separos, supo que llevaba meses a la deriva y solo entonces calculaba la inmensidad del mar.

—Era martes cuando al fin le hablé a tu mamá. Nos vimos. Ella no entendía nada. Sobre todo, no entendía que yo hubiera sido tan frágil.

Mi madre y él se vieron a diario en la habitación de un motelucho en donde él se refugió y hablaron, hablaron, hablaron. Dijeron cosas que son asunto suyo nada más y de algún modo llegaron a algún acuerdo. Volvieron a pelear mil veces a lo largo de casi treinta años más, pero lo que sea que hayan prometido esa semana, les bastó para no volverse a separar, y estoy seguro de que a la fecha se preguntan si fue la mejor idea o no.

—Te fuiste —le dije por teléfono entonces—. Eso es lo que mi mamá siempre recuerda.

—Volví. Y he tratado de no faltarles desde entonces. —Volvió como había vuelto su padre; volvió como tal vez no volvería mi hermano; volvió como yo no había querido volver—. Hijo, no tienes que tomar ninguna decisión ahora. Detente, escúchame, habla con ella, habla conmigo, escúchate. No tienes que casarte, no tienes que hacer nada más que tomar una responsabilidad que es tuya y que no puedes evitar. Tú hiciste esto. Nadie te está jugando chueco, carajo, componte ya y piensa en cómo te va a ver tu propio hijo. No le faltes. Sé para él un padre desde ahora. No tienes por qué ser un esposo, pero lo único que no puedes ser es un cobarde —dijo y luego pausó; pensaba que se habría arrepentido, pero la realidad era que se le acababa de ocurrir algo más duro—. No sabes ni siquiera si ella va a querer tener a ese hijo tuyo. También eso puede pasar y si ella te lo dice, que no se te olvide que

al menos ahora no lo deseas. Pero lo que sea que pase, si me necesitas aquí estoy, aquí estoy. Vuelve, hijo. Ni siquiera te digo que vuelvas con ella, solo te digo: vuelve en ti antes de que te pierdas para siempre.

Volví y esperé que ella se pusiera en contacto conmigo. Teníamos tan pocas cosas en común, tan pocos amigos, tan poco tiempo juntos, que no me sorprendió que no me llamara de inmediato. Hice algunos números, consulté el Código Civil, le hablé como al descuido a un conocido que ya había tenido que pararse en el Juzgado de lo Familiar. Me preparé para todos los escenarios que me pude imaginar, pero ella tardó tanto en llamar que temí que no llamaría jamás y que me borrarían de la historia. Esa ciudad es tan pequeña como un pañuelo. Sin embargo, basta dar la espalda para desaparecer. Ella no lo supo entonces, ella no supo nada de lo que pasó ni de lo que pensé. No le dije nada ni siquiera cuando me dijo lo que había hecho y yo me quedé sin tan siquiera un rencor lejano en contra mía, ni una tumba oculta, ni un cuerpo desconocido. Nunca me dijo si en esa decisión influyó mi cobardía o si yo ni siquiera le pasé por la cabeza. Como sea, no hay ni va a haber nunca nadie ni nada que me perdone. Nada. Fue lo último que supe de ella, porque luego me dijo *adiós* al fin y se fue a vivir una vida que espero que sea feliz. Sin embargo, durante ese viaje yo debí haber aprendido que siempre volveré, que no he de ir muy lejos nunca, que ya estoy aquí para un hijo futuro, para ser un padre como mi padre, mejor que mi padre. Otro árbol, otras ramas, un camino paralelo al que le puedo hacer correcciones aquí y allá. Debí aprenderlo, pero no hay nadie a quien volver y, si lo hubiera, me lo impediría la vergüenza.

El viaje había seguido sin que ni mi padre ni yo hubiéramos comentado nada más sobre sus siete días, sobre mi hermano, sobre el hijo que no tuve y sobre otras cosas de las que no se

habla jamás. No habíamos querido seguir la conversación y ahora que el flujo de autos se había vuelto denso alrededor del bosque de La Marquesa y los árboles pasaban velozmente, el tiempo de hablar se nos acortaba. Cada trecho nos ponía un palmo más cerca de nuestros trámites y de la vuelta a una cotidianidad cerrada.

Seguimos sobre la carretera durante un rato más. El viaje terminaba. Nos hospedaríamos en el hotel de siempre junto al Monumento a la Revolución y tomaríamos una cerveza en el bar del Fiesta Americana de la glorieta de Colón. Veía el resto del día en mi cabeza. Sentía el peso de los problemas ajenos, de las confesiones, de todo el pasado abandonado sobre mis espaldas. Así que, antes de que entráramos a la ciudad, todavía le alcancé a preguntar,

—¿Hay perdón para los padres?

—No —me dijo—. Hay una balanza delicada y no importa nada que uno tome todas las decisiones correctas. Basta una decisión equivocada.

—No me debes nada, papá. Incluso si no hubieras vuelto. De todas formas no me debes nada. Fuiste mucho mejor de lo que tú mismo te reconoces. Míranos todavía a Rubén y a Nadia y a mí volviendo a ti. Míranos volver.

—Sí, pero tú no tienes la onza para la balanza al final de todo esto. La tengo yo. Y jamás quiero ponerla a mi favor. Si alguna vez hablas con Rubén o con Nadia sobre esto, los dos te van a decir lo mismo. Me temo que Rubén decida alejarse de sus hijas porque no se pueda perdonar. Eso es lo quiero que termine para él. Es eso. Te lo explico a ti porque eres el único de mis hijos que no puede entenderlo.

Entramos definitivamente en el tráfico de la ciudad, que nos cobijó con su follaje anónimo. Apenas hablamos de cualquier cosa de sustancia durante el resto del viaje.

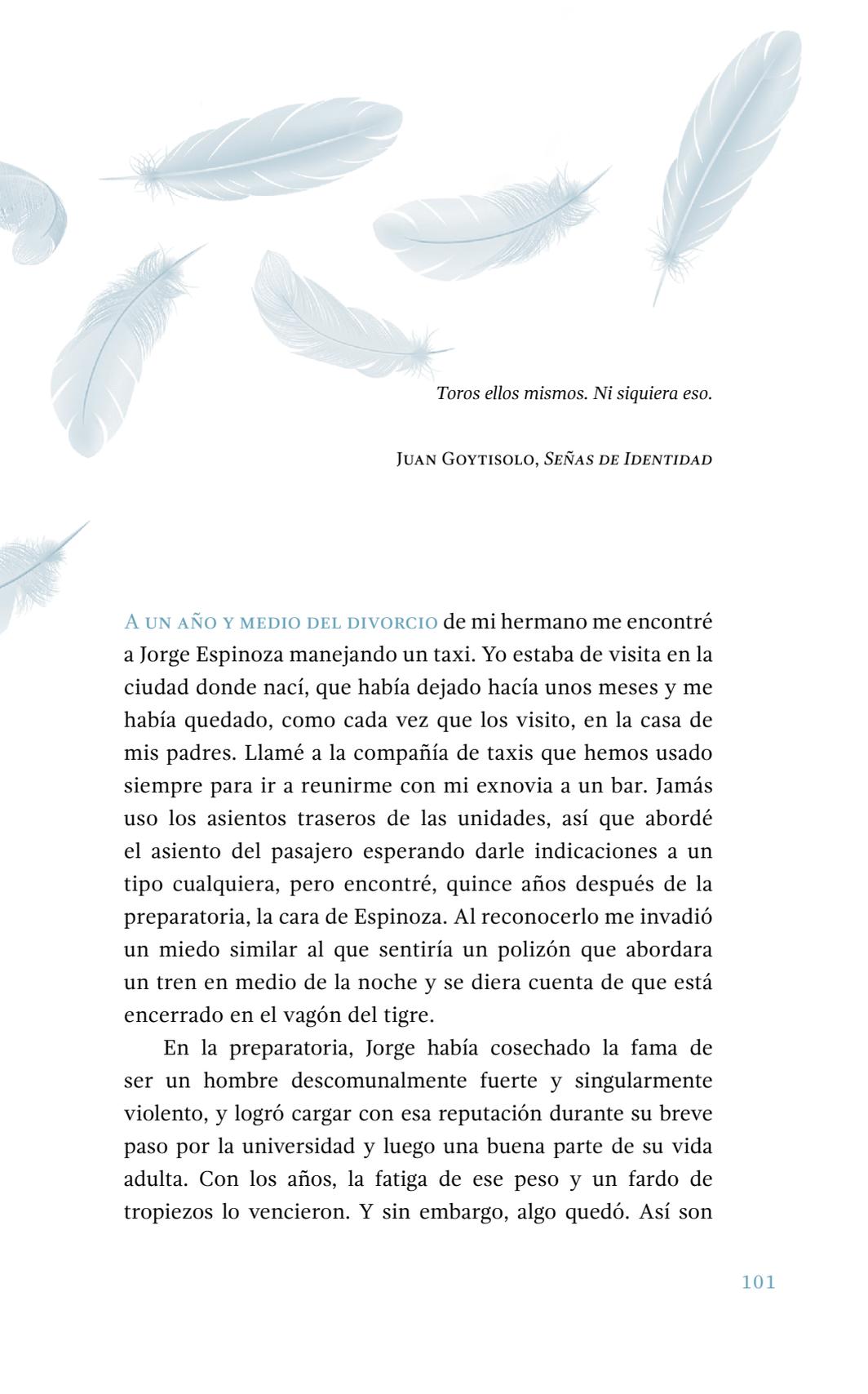
A la vuelta, Rubén había regresado a los careos del juez, a las negociaciones, y a larga, entre llamadas telefónicas, mensajes de texto y regalos dejados en tierra neutral: las casas de los abuelos, había conseguido reactivar las visitas dominicales, había logrado colarse en algún cumpleaños. Alejandra lo miraba tratando de entenderlo. Judith, incluso cuando Rubén aún estaba lejos, lo veía llegar, sonreía y corría y se le echaba al cuello y lo besaba. Mi hermano no estaba perdido, su hija lo había encontrado. Mi hermano no estaba muerto, estaba volviendo a la vida.



ROCA







*Toros ellos mismos. Ni siquiera eso.*

JUAN GOYTISOLO, *SEÑAS DE IDENTIDAD*

A UN AÑO Y MEDIO DEL DIVORCIO de mi hermano me encontré a Jorge Espinoza manejando un taxi. Yo estaba de visita en la ciudad donde nací, que había dejado hacía unos meses y me había quedado, como cada vez que los visito, en la casa de mis padres. Llamé a la compañía de taxis que hemos usado siempre para ir a reunirme con mi exnovia a un bar. Jamás uso los asientos traseros de las unidades, así que abordé el asiento del pasajero esperando darle indicaciones a un tipo cualquiera, pero encontré, quince años después de la preparatoria, la cara de Espinoza. Al reconocerlo me invadió un miedo similar al que sentiría un polizón que abordara un tren en medio de la noche y se diera cuenta de que está encerrado en el vagón del tigre.

En la preparatoria, Jorge había cosechado la fama de ser un hombre descomunamente fuerte y singularmente violento, y logró cargar con esa reputación durante su breve paso por la universidad y luego una buena parte de su vida adulta. Con los años, la fatiga de ese peso y un fardo de tropiezos lo vencieron. Y sin embargo, algo quedó. Así son

las reputaciones que se hacen en la juventud: nos persiguen toda la vida y no nos abandonan incluso cuando nos hemos convertido en el residuo de nosotros mismos.

—Bolos —le dije, porque antes que cualquier palabra nos vienen a la mente los apodos de la gente infame.

Le dio risa oír el mote viejo y me tendió la mano con una cortesía desconocida. Me preguntó para dónde íbamos, pero no me preguntó mi nombre. Le di la dirección de un bar y con un gesto me señaló el cinturón de seguridad. Se comportaba con la amabilidad de alguien acostumbrado al servicio, pero sin el hábito de encontrarse caras conocidas.

Bolos arrancó el carro inundando el habitáculo con su cuerpo desbordado en permanente tensión. Me hacía gracia su cuerpo de levantador de pesas retirado aferrado al volante enclenque de un Tsuru II. Espinoza, el forzudo, conducía con una suavidad equívoca entre la noche apenas con carros y evitaba deliberadamente cruzar la mirada conmigo mientras me hablaba. Era claro que con los movimientos medidos del volante buscaba demostrar una maestría incuestionable en un oficio pueril. Había gastado tanto tiempo en actividades físicas que ese orgullo era tal vez su último reducto. Frenaba con mesura sedosa, aceleraba con una constancia atemperada, giraba el volante con la fluidez de un círculo de agua. Sin embargo, la tensión permanecía en su cuerpo enorme y con él también su apodo, y en esa palabra una historia.

Sabíamos que había empezado muy joven a hacer pesas. Se había apasionado con la disciplina antes de los dieciséis, y casi de inmediato se había hecho un devoto de los complementos proteínicos y de las inyecciones de esteroides anabólicos para caballos. Los conseguía más fácil, decía, porque el equivalente para humanos era mucho más caro y había demasiadas restricciones para su receta médica. Así, alimentado por un

coctel para un animal de cuatro veces su tamaño había crecido desmesuradamente, había agotado mancuernas de cincuenta, había coleccionado discos de cuarenta y cinco, y al paso del tiempo tuvo que mandar a hacer sus propios uniformes de la preparatoria porque ni su apodo ni él cabían adentro de la tela blanca de nuestra camisa, que habría rasgado al hacer *flex*. El Anabólico. El Anábolos. Bolos. Un nombre que resumía un cuerpo. Un cuerpo cuyo rostro prematuramente estragado y pálido me miraba entonces con los ojos agotados de un tipo decepcionado de la vida quizás un poco antes de tiempo. Treinta y cinco años.

El trayecto se nos fue en platicar sobre lo que habíamos hecho después de los años de estudiantes. Fuera de haberme mudado a otra ciudad, mi vida era insustancial porque no era desastrosa ni envidiable. La suya, por otro lado, tenía ese encanto del fracaso que se agradece a los interlocutores inesperados, incluso si este encanto es a costa de coleccionar clichés: la carrera abandonada, el breve paso por los gimnasios como instructor de pesas, el trabajo de taxista, y la rápida mención de su padre, quien había muerto poco después de jubilarse de la universidad de donde yo me gradué y de la que él desertó.

Jorge Espinoza y yo habíamos hecho el tercer semestre juntos, a pesar de que yo soy más de dos años menor que él. En mi primer día de ese curso apenas podía creer que el tipo que había atemorizado a tres generaciones con bíceps de cuarenta y dos centímetros hubiera optado por una profesión con la pasividad de los escritorios. Hasta la silla temblaba bajo él. Cuando se abrió la puerta del salón y entró un hombre viejo, encanecido, con piel de palidez glauca y una respiración pedregosa de fumador arrepentido, algo cambió en Espinoza. El anciano profesor caminaba

a pasos cortos, gallo gallina, ocultando la debilidad de sus piernas con la protuberancia de su vientre del que colgaban un par de brazos flácidos. Salvo por la nariz, no lo habría sospechado: era su padre. Padre e hijo se miraron con la ansiedad de los rivales viejos. Nunca supimos qué disputas habría allí. Tan solo nos enteramos de que cuando a Jorge se le acabó la paciencia con los abonos y los cargos fue su propio padre quien al final lo reprobó y metió la puntilla final que le hacía falta para dejar los estudios para siempre.

Bajé del taxi y me despedí de Bolos en la puerta del bar. No me descontó ni un peso del servicio, aunque me parece que el gesto habría sido al menos cortés. Ahí dentro me encontré a mi exnovia y quise decirle que me había encontrado al Bolos, aunque era muy poco probable que a ella le interesara la historia. El resto de mi noche, por ahora, no tiene nada que ver con todo esto. Volví a casa de mis padres demasiado tarde y demasiado solo. Al día siguiente hice maletas y pensé en no volver jamás.

Dejé la ciudad un domingo. No pude despedirme de mi hermano Rubén porque él estaba en su día de visitar a las niñas, y ese día, ahora, es el único de la semana que le importa. Le mandé un par de mensajes y quedamos en llamarnos por teléfono. Le dije que me había topado con el Bolos, que había sido su compañero en la preparatoria. Pensaba en cómo le contaría a mi hermano el encuentro con Jorge, un tipo, quizás, que se había alimentado demasiado de su propia leyenda, al grado que no quedó de él nada más que ese cuento de juventud, y era muy poco lo que se había salvado con el paso de los años. Jorge era justo de la edad de mi hermano, así que podía poner lado a lado las dos biografías. La biografía de mi hermano mayor me importaba en esa época por dos razones que a estas alturas ya me son

claras: la primera, porque jamás podré pagarle su sencillo coraje de vivir la vida en *pole position*, y la segunda, porque su divorcio y ese espacio de oscuridad en que él habitó me habían afectado mucho más de lo que yo habría podido aceptar en público. Si él, que era fuerte, podía caer y lo había hecho, entonces no había ninguna esperanza para mí, que tenía un temperamento quebradizo.

Pensé que el asunto había terminado ahí, pero como pasa con frecuencia en las historias que parece que se tejen a nuestras espaldas, la madeja había girado hasta tensarse. Una tarde, de la nada, mi hermano me llamó.

—Bolos me dijo que te subiste a su taxi. No sabía que éramos hermanos.

La voz de mi hermano Rubén, en el teléfono, me sonaba siempre extraña. A pesar del tiempo que yo llevaba en otra ciudad y a pesar de los más de diez años que duró casado, toda la vida hablamos frente a frente. La cadencia de su voz al aparato me parecía poco familiar.

—¿Te lo hallaste? —le pregunté y luego interrumpí—. ¿Cómo que no sabía que éramos hermanos? Pero si toda la prepa se reía porque no nos parecemos nada.

—Pues ya ves —dijo.

Él y yo fuimos demasiado diferentes. Él creció con cierta popularidad, con cierto don de gentes, con algún éxito con las novias y con suficiente respeto entre los compañeros de generación. Jugaba bien a los deportes, sabía meter las manos cuando hacía falta, tocaba la guitarra y fascinaba al auditorio con chistes en medio de las letras conocidas. Yo crecí algo separado del mundo y de su historia cotidiana. Tenía algunos amigos y salíamos juntos, pero había días en que me levantaba de la cama sin fuerzas. Había días en los que no podía dejar de mirar hacia la nada. Había días en que un tenedor se me

soltaba de la mano y estallaba en ira y hacía trizas la taza, el plato y lanzaba el tenedor contra una ventana. Mi familia se enfurecía; yo desaparecía en mi habitación durante días. Nunca pude hacerles entender que no sentía ni un poco de ira contra ellos, pero tampoco podía dejar de sentir una violencia súbita después de una tristeza que nunca he comprendido. En la preparatoria jamás intenté aislarme, pero gracias a que conocía las limitaciones de mi temperamento tuve una personalidad más bien reservada durante esos años y tal vez por eso no los extraño en absoluto.

—¿Cómo viste al Bolos? —le pregunté a mi hermano—. Está viejo, ¿no?

—Igual que todos, carnal. Igual que todos.

Durante su matrimonio y después de su divorcio mi hermano había encanecido y había ganado algo de peso, pero era poco o nada comparado con lo que había hecho el tiempo con algunos de sus compañeros. Con los míos, el tiempo aún parecía aguardar para dar ese zarpazo imprevisto que nos quita de un golpe juventud y nos instala el rostro definitivo de nuestra adultez.

—Aunque no te llamo para eso, Beto. Si te sorprendió ver al Bolos —me dijo —, deberías ver cómo está el Roca.

—¿El Roca? —pregunté sonriendo—. ¿Qué se hizo del Roca?

El nombre me trajo el recuerdo instantáneo de un tipo al que sus papás le habían jugado una broma o lo habían hecho una piedra intencionalmente. Pedro Roca. Ninguna historia está completa sin una contraparte o un antagonista. Así como en mi mundo familiar la sonrisa eléctrica de mi hermano tenía una contraparte en mi ceño fruncido, en el mundo de esa adolescencia estudiantil Bolos tenía al Roca.

Bolos, como muchos antes que él, había confundido la

capacidad de levantar doscientas libras en *press* de pecho con la capacidad para tirar un golpe. Su fortuna fue que le tomó tiempo darse cuenta que una y otra no eran la misma cosa porque la gente con la que se trenzaba en pleitos callejeros llegaba vencida de antemano. Su desmesura física les vendía pronto una mercadería extraña y difícil a esa edad: el miedo. Lo temían, así que no intentaban atacarlo. Solo intentaban evitar que los golpeará, pero terminaban caminando hacia atrás hasta que alguna pared los arrinconaba entre el terror y Polifemo. No comprendían que a un toro grande y fresco hay que hacerlo correr el ruedo y jamás torearlo contra tablas, a menos que el talento sobre. Nunca supimos a razón de qué se daba de golpes con la gente, pero entre el segundo y el tercer año de la prepa Bolos le sumó a su reputación de hombre fuerte la de un temible camorrero. En ese mundo de rumores y testigos cuestionables que son los pasillos escolares alguien lo había visto patearle el cráneo al Sordo, alguien lo había visto romperle la nariz al Manos, alguien lo había visto lanzarle una mesa a cuatro sacaborrachos que trataron de correrlo de un bar. Mi hermano, incluso, había tenido una riña breve con el Bolos en un partido de fútbol en las canchas de la Municipal: Rubén había disparado una lluvia de golpes precisos a un hombre que le sacaba veinte kilos de músculo y había recibido en contra un solo martillazo de demolición que lo mandó al suelo. Luego, el montón de jugadores de los dos equipos de fútbol se le había ido encima al titán, un Atlas con el mundo a cuestas. Bolos, gracias a ese cúmulo de puñetazos que lo sacudieron sin tumbarlo, le confirió a mi hermano un trato de camaradería hombruna. Nadie dudaba que a mi hermano lo había salvado la solidaridad intempestiva de la turba, pero todos sabían que él, a diferencia de casi todos, había disparado primero.

Roca, un poco más bajo que el Bolos y mucho más altanero, decididamente mezquino y todavía más picapleitos, tenía un punto a favor en los rumores sobre la indiscutible potencia física de Jorge: Roca sabía pelear. El Bolos resolvía todo con un solo golpe de sus manos como mazas; Roca destruía de una manera gradual y cruel, como un vikingo con dos hachas, y jamás se detenía cuando la pelea terminaba. Había pisado los testículos de Rama después de que lo dejó medio inconsciente. Le había abierto la boca al Sordo derrotado para escupirle dentro. Había sometido a Tabares con una llave diseñada para tirarse un pedo arriba de su cara. En un baño de la prepa le había meado los pantalones al Pompei, el joto de nuestra generación, y luego le había advertido que si volvía a orinar en un mingitorio al lado suyo le metía un tubo por el culo. Roca no tenía amigos. Roca no los necesitaba. Roca llegaba solo en la mañana, manejando un Datsun viejo y se iba solo por la tarde, en medio de una nube de humo tóxico. En las fiestas, el alcohol no parecía tocarlo. Bebía, bebía, pero daba la impresión de que la rabia lo hacía inmune a la intoxicación. Era rápido con las palabras, era agresivo, era vicioso. Te desarmaba con un comentario: hería.

Bolos y Roca carecían de alguna inquina mutua, pero como la rivalidad entre Holyfield y Tyson que hizo a Don King soñar con oro, los que hablábamos en los pasillos nos preguntábamos si esos dos se destrozaban a golpes alguna vez. Mi hermano, que por entonces ya era novio de quien sería su esposa un año y medio después, me contaba que los últimos días del tercer grado Roca y Espinoza se miraban al pasar y asentían con un gesto que aceptaba la rivalidad que nosotros les habíamos impuesto. Se tenían la distancia de un par de toros de dos vientres que se encuentran por su mala suerte en el centro de una dehesa, palmo a palmo, sin

mirarse, pero midiéndose con el rabo de los ojos, atentos uno a la respiración del otro, guardando una distancia mínima, esperándose, escrutándose, porque nunca hubo razón para la pelea, hasta que la hubo. Toros en sus mentes, novillos para el mundo verdadero, ambos probaron con el tiempo que hay un algo definitivo que aprendemos a esa edad o no entendemos nunca durante el resto de la vida.

—El Roca; te tengo que contar qué fue del Roca —me dijo mi hermano por teléfono—. Una ficha el cabrón. Lo vi hace poco, pero ya me lo había topado antes por azar.

—Esa ciudad es un pañuelo...

—...lo cierras y se tocan las esquinas.

—Y están llenas de mocos.

—Hace dos años —dijo Rubén, ignorando mi chiste—, hace dos años o casi tres me hallé a Roca mientras yo hacía una supervisión de obra en Manantiales. Me asustaron con que iba a llegar el inspector del Ayuntamiento, me decían que era un perro y todo eso, que sacaba mordida obligatoria y que si no soltabas el dinero te quitaba los permisos.

—Sin novedad, así son todos.

—Pensé lo mismo, pero luego me dijeron que cuando no le cuadraba alguien llegaba hasta los golpes. Decían que hasta los albañiles sabían que con ese tenían que andarse con cuidado.

Rubén, durante sus prácticas en obra como arquitecto residente, me había hablado de las riñas entre albañiles. “Se pelean hasta hacerse mierda. Se revientan las manos todo el día; son puro nervio de cargar bultos de cincuenta kilos de a dos en dos; están calludos, se cortan y se ponen cal en las heridas y luego siguen trabajando. Cuando hay que descargar el camión del cemento se ponen a esperarlo haciendo competencias de lagartijas para calentar. Hacen un colado

subiendo una escalera de madera en equilibrio, y cuando se nos ha caído uno prefieren aguantarse en vez de recibir la incapacidad. No les importa la vida. Son puro cuerpo. Nunca te metas con uno”.

—¿A golpes con los albañiles? —pregunté—. ¿Y qué no hay quien lo demande?

—No seas pendejo; esa gente nada más conoce de abogados cuando les echan uno encima. Además, quién sabe, a lo mejor hasta así es como se los echa a la bolsa, porque la gente lo respeta. Yo qué sé, pero eso fue lo que me dijeron. No sabía si creérmela o no, pero de todos modos llegó el día en que vino el famoso inspector.

Roca había llegado con el paso erguido; caminando como si el mundo le debiera pleitesía. Seguía con la espalda ancha y los brazos fuertes; tenía las piernas ágiles de gambetero y pateador de huevos; tenía el pelo ligeramente rojo, casi sin canas; seguía con los ojos de perro bóxer y todavía caminaba con las manos a medio empuñar, como si siempre fuera de camino a una pelea. Desde mucho antes de llegar a él, Roca había reconocido a Rubén, “Ese nombre me sonaba”, le dijo sonriendo, “Me sonaba a rascaculos”. Se habían dado la mano entre risas y habían recordado que a mi hermano lo mandó el Bolos al suelo de un golpe seco. “Pero le metiste cuatro, ¿no?”, recordó el Roca, que también había tenido su historia con el Bolos.

—Así como te acuerdas de él —me dijo mi hermano, con una nostalgia que yo aún no comprendía—, así estaba todavía: mamón, sobrado, hocicón: un cabrón enterito tantos años después. Yo pensaba, maldito Roca, este culero no envejeció, nada más se le acentuó lo ojete. Apenas estaba un poquito más gordo y tantito más pelón, pero ni siquiera era algo grave. La edad no le había hecho nada. Con razón

todavía se molía a golpes con la gente. Se había mantenido en forma nomás jodiendo al prójimo. Óyeme, cabrón, le dije al Roca, aquí todo el mundo te tiene miedo, parece la prepa, y se soltó a reír. Me la vieron cuando fui a mear, me dijo el Roca. Aquí la mitad le tiene miedo y a la otra mitad se les antoja; putos.

Así había permanecido, entonces, un hijo de la chingada intacto durante más de diez años.

—Ya le saldrá alguno —le dije, por decir algo—. Yo pensé que Roca iba a acabar igual que el Bolos. El Jorge se ve acabado. Sigue enorme, pero medio colgado; se ve que ya no es lo mismo.

—No, carnal. Es que todavía no sabes lo demás —dijo mi hermano y aguardó en la línea en silencio; un silencio largo que al principio pensé hecho del resquemor de estar contando vida y obra ajenas y que solo después entendí que tenía un origen más esencial y por ello menos fácil de explicar o comprender.

—¿Pues qué pasó?

—Mucho. Esto que te cuento del Roca fue hace más de dos años. Antes de que me divorciara, antes de que me pasara todo lo que tú ya sabes. Cuando me mandaste el mensaje hace poquito y me dijiste que te habías encontrado a Jorge manejando un taxi pensé que tarde o temprano me lo iba a hallar yo también porque siempre usamos la misma compañía. Y efectivamente, me lo hallé hace poco. Por eso pensé en hablarte.

—No entiendo. ¿Qué tiene que ver el Roca? —le pregunté, porque me parecía que estaba mezclando dos nombres que fueron una historia de lobatos, pero que ahora no eran nada.

—Todo —dijo, de nuevo con una pausa en la que parecía buscar un cabo de la historia—. El Bolos me llevó a ver a Roca.

—¿Qué?

—El Bolos, ¿tú crees?

Mi hermano, una noche, había pedido un taxi desde la casa de mis padres. Había llevado a sus hijas a visitar a sus abuelos. Tenía cerca de un año que había encontrado un departamento, así que ya había abandonado el estudio en la casa de nuestra juventud, a donde fue a parar cuando recién ocurrió su separación. Había temido no volver a ver a las hijas y se había hundido en un hoyo del que temí que no saliera. Se había metido un gorrión a la casa y él lo espío durante dos noches enteras cuando su desprendimiento del mundo real llegó a su límite, cuando no hablaba, no iba a trabajar, no probaba bocado. Para ayudar al pájaro a salir, después de verlo rondando por la casa durante tres días, abrió a martillazos la rejilla del tragaluz de la estancia de mis padres y, en un accidente extraño, que aún no sé si fue un último momento desesperado, Rubén cayó desde lo alto y se enredó por el cuello en una soga que él mismo colocó al lado suyo, dijo, para seguridad. Improvisó un cadalso y quedó colgado mientras el gorrión volaba alrededor de él. Luego, él se soltó y cayó con los brazos en cruz gozando un instante efímero de ingravidez mirando al cielo en el que el sol borró de su cara cualquier preocupación. Cuando su cuerpo rebotó en el piso y yo sentí el impacto de su cuerpo bajo las plantas de los pies pensé que había muerto, hasta que lo escuché gemir, gruñir y luego hacer más ruidos guturales hasta estallar en una carcajada, un grito agudo: un sonido animal que le jodió la voz durante días.

Pero todo eso ha quedado atrás.

Pidió el taxi, me dijo, porque iba a ver a una antigua conocida de la prepa, Amanda, una mujer con la que apenas había cruzado dos palabras en la adolescencia. Una mujer,

sin embargo, que había tenido una vida que la había llevado inexorablemente a él y que él se encontraba tarde ya, tras un divorcio y con una pensión alimenticia que no le dejaba dinero para nada más que para su absurda y terca soledad. Y hacia ella iba él, hacia esa noche sin sorpresas, cuando vio al Bolos en su taxi, con sus manos de titán empuñando el volante enclenque de su carro. Se saludaron con la camaradería que solo te da haber intercambiado golpes, una especie de hermandad extraña que te hace respetar al otro porque por un momento fue tu espejo y tu medida. De inmediato hablaron con la confianza de los conocidos de la juventud.

—En esta misma calle me hallé a uno de la prepa que estuvo conmigo en la universidad —le dijo Bolos a mi hermano.

—¿De qué generación? —preguntó mi hermano.

—No sé. Me lo topé luego en la universidad. Moreno, poquito más bajo que yo; pendejo.

—Bolos, no fue en esta calle, fue en la misma casa. Ese pendejo es mi carnal. Aunque pendejo y todo, él sí acabó la carrera.

—La acabó porque tenía tiempo y ganas. Eso no era lo mío —le dijo el Bolos a mi hermano.

—¿Seguiste con lo de los gimnasios? Me habían dicho que te vieron en eso.

—Me salí de la carrera y estuve un rato en gimnasios de alto desempeño. —O más bien de altas cuotas, adonde sus antiguos compañeros de la prepa, con barrigas a las que empezaba a hinchar el éxito y el dinero, iban a sudar licores caros y lo veían con condescendencia. En su mirada, Bolos lentamente iba perdiendo su aura terrorífica para adquirir una distinta; la del inconfundible patetismo de los fracasados—. Ya venía mi primera hija en camino. Me urgía

trabajar, no sacar el título. Luego me vine a esto. Y aquí seguimos —dicho en ese plural que uno no sabe nunca a quién incluye.

Mi hermano no llegaba al punto en el teléfono. Dilataba.

—¿Y el Roca? —le pregunté—. ¿No que te llevó con Roca?

—A eso voy. Pero tengo que contarte todo en orden —aclaró, y organizó un poco sus ideas.

Bolos había dejado a Rubén en donde se había citado con su amiga. Le había contado a grandes rasgos la historia de Roca y le había dicho que él iba a ir a verlo en unos días más. Mi hermano había querido preguntarle qué hacía visitando al Roca enfermo, después de que habían terminado tan mal, pero la velocidad con que Jorge le contó la historia, la extrañeza de la estampa, todo, le dio curiosidad. Algo más, también le latía a mi hermano debajo de esa urgencia repentina del Bolos que alguien visitara a Roca. “Ven. Le va a dar gusto verte”, le había dicho, “¿A mí por qué?, si nunca fui su amigo”, se resistió mi hermano, “Porque nadie quiere verlo, Rubén. Está más solo que la lepra”.

—¿Bolos y Roca? —pregunté—. No, carnal, ¿estás seguro?

—Roca duró un buen rato trabajando de inspector en el Ayuntamiento —siguió él, ignorádome para no perder el hilo reencontrado—. El negocio es muy chico y después de esa vez que me lo hallé me seguí enterando por aquí y por allá de cosas de él. No había cambiado. Se iba de putas, se iba de borrachera, le cantaba la bronca hasta a sus propios jefes y creo que no lo podían o no lo querían sacar porque tenía un contacto ahí adentro del gobierno municipal. Su suegro, creo, aunque nunca se casó. Se había juntado y tenía un hijo. Así que hacía lo que le daba la gana y alguien siempre metía las manos para rescatarlo, pero nunca las metía por él en realidad; las metía por un nieto y por una hija. Pero la suerte no le duró

para siempre al Roca. Eso fue lo que me contó el Bolos. Una vez iba de noche caminando en una obra. Al Ayuntamiento le urgía una inspección que el cabrón no había terminado y lo sacaron de un bar a telefonazos para que certificara lo que fuera que tenía que revisar porque todo tiene un límite, hasta la paciencia de un gobierno que no sirve para nada. Entonces Roca andaba por ahí, en la inspección urgente, medio borracho, a oscuras. Dio un paso como si nada, pero de pronto no había piso debajo de él. Alguien había dejado destapado un acceso de servicio para la instalación eléctrica subterránea. Ni siquiera alcanzó a darse cuenta de lo que pasaba y se fue a un hoyo con tres metros de caída en medio de la noche. Tres metros. Uno menos hijo de puta que él a lo mejor se muere. Pero Roca no. Porque como te dije, estaba entero. Era un desgraciado que no iba a morir así de fácil.

Roca había quedado maltrecho. De entre todo, la pierna había sido lo peor porque no solo cedió por los lugares predecibles, por la fragilidad del tobillo y por la bisagra de la rodilla, sino que también se había roto tibia y peroné, que se quebraron como un par de varas porque fuerza, mala suerte, posición y puede ser que algo de justicia obraron todas juntas ese día.

—Se quedó allí un buen rato. Consciente, porque no se dio en la cabeza aunque se despedazó la pierna. Dice que se desmayó un rato por el dolor y luego se puso a gritar como loco para ver quién lo ayudaba. ¿Quién lo iba a ayudar? Era de noche, la obra estaba cerrada y no había nadie. Quién sabe dónde andaría el velador. Roca había dejado el teléfono en el carro. Desde el fondo del hoyo se apoyó contra el muro y levantó las manos; no llegaba ni de cerca al borde, tampoco podía escalar. Las paredes del acceso son lisas. Cuando les dan mantenimiento las cuadrillas llevan su propia escalerilla.

Abajo normalmente la línea eléctrica va viva y con todo y el aislamiento es peligroso, por eso no ponen escaleras en los muros de esos fosos. El que entra por accidente se muere. Y el Roca ahí abajo, con la pierna quebrada.

Era una fractura expuesta sacada de una pesadilla. El hueso de la tibia se partió con un tronido de madera seca. El discreto peroné siguió detrás. Con el peso del cuerpo el hueso cortó la grasa, laceró el músculo, partió la piel y dejó una zanja entre rodilla y pie. La herida manó sangre, y tal vez lo habría matado si se tratara de un hombre menos perverso o de alguien con mucha menos opinión de sí mismo; una herida, en suma, que habría acabado a un hombre sencillo, pero que a un tipo con un convenio explícito con la violencia solo le sirvió para exasperarse, reencontrar la furia que lo había mantenido vivo siempre, y con esa furia, trepar. Abrió los brazos hasta fijar las palmas contra los muros laterales, estiró la pierna buena para apoyarse en el de enfrente y recargó la espalda contra el posterior. Así, apoyado como un insecto maltrecho, subió por el acceso de servicio, mientras la pierna rota tiraba sangre hacia el fondo de la trampa.

—Y si lo piensas —siguió Rubén—, a pesar de todo tuvo suerte. La obra estaba en mantenimiento y el acceso daba a una línea muerta, si no, se mete cincuenta mil voltios al caer. Salió del hoyo sin rastro de la borrachera. Traía tanta adrenalina cabalgando que todavía le alcanzó la fuerza para arrastrarse entre la tierra hasta el carro y llamar a una ambulancia. Cuando lo encontraron le acomodaron el hueso en carne viva para poder subirlo a la camilla gritando como loco y mentándole la madre a los paramédicos. Desde entonces no ha podido sanar. Ahí sigue postrado. Está postrado en cama y casi huele a muerto. No me creerías cómo es la herida, carnal, si no la ves. Está consumido. Le duele todo el tiempo. No sana.

—Llamó a su mala suerte toda su vida; a lo mejor hasta le salió barato —le dije, pero tardé un poco en entender que su historia tenía huecos—. Oye, carnal, espera, ¿cómo que sigue postrado y no sana? Es un accidente laboral; Ley Federal del Trabajo. No puedes entrar a obra sin seguro.

—Bienvenido a México. Lo contrataron como asimilado a salarios. Él nunca quiso pagar una cuota del Seguro Social, así que no había cotizado nunca. También le pagaban dinero por abajo, sin declarar. No sé muy bien cómo, no estoy muy seguro cómo le hacía, pero supongo que así como le gustaba hacer las cosas: a su modo y a la mierda lo demás. —Mi mente vagó hacia los cuarenta trucos que sabía para pagarle a alguien sin contrato, sin seguro, sin hacerlo cotizar; yo mismo había trabajado así; yo mismo había maquillado sin parpadear “nóminas” que eran un atropello a los derechos humanos—. Cuando lo enderezaron fue a través del Seguro Popular. Lo dejaron apenas parchado, ni siquiera funcional. Le enyesaron una fractura que requería tornillos y lo que se te ocurra. La pierna se le estaba deformando debajo de la escayola y le dolía a madres. Sacó dinero de algún lado y se lo quemó en buscar a un médico particular que le hiciera una operación de urgencia.

—¿Qué tenía? —le pregunté, tratando de concebir un dolor que me parecía inimaginable.

—Tenía el hueso deformado y había un connato de infección. Se consiguió a uno que cobrara barato y le quitaron el yeso y le abrieron otra vez la piel, le partieron lo poco que había soldado a martillazos y lo dejaron clavado como maniquí, como alfiletero con tornillos y luego lo tuvieron a punta de antibióticos genéricos un rato. Le dijeron que tenía que guardar reposo absoluto, pero no sabían con quién se estaban metiendo. ¿Te acuerdas cómo era?

—Me acuerdo de cosas, pero no lo conocí tan bien.

—Yo lo conocí un poco más que tú. Pero no te puedo explicar lo que es tratar de hacer que alguien así se quede en cama, alguien tan necio, alguien tan encabronado. No acabó la recuperación completa. No sé a quién convenció de que le sacaran los tornillos. Hasta a un carnicero o a un veterinario le pudo haber pagado, conociéndolo. Quería regresar al trabajo ya. Se las daba de muy cabrón y decía que estaba bien, eso me contó. Lo trataron de meter a rehabilitación, a tratar de dar un paso y otro, a querer volver a estar de pie, a volver a su trabajo, porque había vendido hasta el carro que no había terminado de pagar y el dinero se le estaba yendo con una velocidad que lo asustaba, pero tampoco salió bien. Llevaba poco en rehabilitación, unas semanas apenas y dar paso le dolía, pero le dolía en serio, dice que veía blanco cuando tocaba el suelo, que se ponía pálido y que hasta las lágrimas se le saltaban. Se caía y no podía ponerse en pie, la pierna se le amorataba por dentro, se le inflamaba; la herida que debía haber cerrado ya le empezó a supurar. No me lo vas a creer, pero lo tuvieron que abrir de nuevo, le metieron cuchillo una vez más y en cuando cortaron la pierna le estalló como una fruta podrida. Hasta sierra iban a usar. Le querían amputar la pierna de una vez porque adentro traía pus a manos llenas. —Una infección que se había mantenido apenas a raya con los antibióticos de las operaciones anteriores, una herida que no podían cerrar sin riesgo a que se infectara aún más, una lesión que me parecía inexplicable en la boca de mi hermano y que él no acababa de entender.

—¿Qué pasó? ¿Por qué se infectó?

—No sé, no sé, carnal —me dijo—. Yo nada más te cuento lo que él me ha dicho desde la primera vez que lo vi.

—¿Lo viste? —pregunté, sintiendo que la náusea que me provocaba la imagen de esa herida le daba a mi cabeza una ligereza extraña; la bajé hasta dejar la frente sobre el escritorio para seguir oyendo el relato.

—No me lo vas a creer, pero lo vi porque el Bolos me llevó a verlo.

De entre todas las personas, Bolos parecía el menos adecuado para conseguirle una visita de otro viejo conocido. Después de todo, el paso de ambos por la preparatoria había terminado con la afrenta que fue el pretexto de la gresca legendaria.

Roca, cabello rojo, la piel dura y picada, caminaba bajo el sol transparente de las siete de la mañana en el último día de clases de la preparatoria. Caminaba fanfarrón, caminaba seguro, despidiéndose de los confines de lo que había sido su reino por tres años. Un reino dividido, es cierto, pero reino al fin. Desde el cielo, un bote de basura azul, de plástico, con capacidad para cuarenta litros de desperdicios de adolescentes, voló con el preciso arco de un insulto. Yo lo vi y Roca me vio mirándolo. El bote le dio justo en la cabeza, rompiendo su andar seguro y la certeza de ser un hombre temible. La cabeza se sacudió, las cáscaras de fruta, los envoltorios de las golosinas y los papeles para sonarse la nariz lo bañaron mientras trataba de entender qué había pasado y se revisaba la cabeza en busca de una herida, que estaba ahí, sangrando. Desde el segundo piso del edificio la gente se asomó a la baranda y miró hacia arriba, buscando a un culpable en el tercer nivel. El silencio que se hizo se rompió pronto con cuchicheos, pero peor que todo, se rompió con risas en sordina. La gente se burlaba de él.

Roca los miraba a todos, atónito, humillado. Los del segundo piso miraban hacia arriba exonerándose y él me

miraba a mí, “Arriba”, musité señalando con un dedo y Roca arrojó la mochila y subió corriendo como un endemoniado. Preguntó a unos, preguntó a otros, gritaba y atraía más y más miradas hacia sí. Mi hermano sujetaba la mano de su novia; veían a la fiera de pelo agitado, de espalda precozmente ancha, de una violencia inexplicable y de una altanería sin par revolverse en el torbellino de una furia inútil. Roca preguntaba a todo el mundo. Mi hermano mismo, que estaba ahí sentado junto al autor material de la putada, se negó a decirle quién lanzó el proyectil. Se hizo el loco igual que los demás que vieron claro al tipo que se asomó a la baranda, miró a Roca caminar con la barbilla erguida, con el paso firme, con la vida resuelta para sus adentros, esa vida que aún no sabía que apenas si tenía futuro, y decidió lanzarle un bote de basura.

Entre todos los que estaban ahí, el Sordo fue el único que respondió. Señaló sin ganas hacia el patio, donde Bolos caminaba hacia la puerta de la calle, sin intenciones de vivir un día más de clases. “Ya se te fue y no lo vas a poder alcanzar”, le dijo. Roca pasó lo que quedaba antes de la última campana de la preparatoria bajo la mirada de la escuela entera, niños que se cuchicheaban, se partían de risa y cuando él daba la espalda hacían la parodia de ese golpe del que nos acordamos por años y años, del que nos reímos siempre y del que muchos nunca estuvieron seguros si Bolos fue el culpable o si tan solo había sido el pretexto largamente esperado para la pelea de nuestro siglo adolescente.

Se dijo, se dijo mucho, pero nunca conocí a ningún testigo, que Roca buscó a Bolos por todos lados. Dijeron que fue al gimnasio en donde hacía pesas, dijeron que fue a los bares donde retaba a los meseros, dijeron que al fin un día se encontraron en una de esas fiestas a las que iba gente que ya no conocíamos, fiestas en donde las cosas empezaban

a cambiar y la gente había dejado de molerse a golpes y se cometía la bajeza de llevar navajas. Las navajas no duraron nada, porque muy pronto ya no tuvo caso nada de eso y ahora cualquier hijo de puta carga una pistola. Para darse una paliza callejera hace falta ser canalla, pero para jalar de un gatillo a sangre fría es necesario haber perdido el alma. Ellos aún no eran eso: se molieron a golpes en una gesta de las de antes, una pelea en la que no se meten los maricas de los amiguitos, una pelea uno a uno, sin elegancias pugilistas: con puñetazos, con puntapiés, con candados al cuello, con la ropa hecha jirones y los labios partidos, con nudillos lacerados, con ojos derramados de sangre, con la tierra metiéndose en la boca al revolcarse por el suelo y el sabor a metal amargo que queda después de todo, el sabor de haber peleado como un animal y el gusto de quedarse resollando como uno mientras el cuerpo lentamente se va enfriando y entonces duelen todos los golpes que ni siquiera se enteró uno que le metieron. Una barbaridad, si uno lo piensa, desprovista de cualquier sentido de nobleza, pero no por ello un crimen cuando el tiro va derecho. Se dice que Roca se partió una mano, pero que de eso se enteró horas después, porque siguió golpeando. Dicen que el Bolos estaba muy borracho. Dicen que Roca traía adentro medio gramo. Dicen que cuando todo terminó, Roca había vencido; se alejó hecho polvo, incapaz de hacer ningún alarde, ningún tipo de aspaviento, ninguna perrada extra como las que lo habían distinguido siempre porque apenas le quedaba fuerza para caminar sin dar al suelo. Dicen que se fue y después de eso ya nadie dijo mucho porque todos empezamos a estudiar carreras y a tener trabajos; algunos se empezaron a casar y a hacer barriga, y cada vez nos interesó menos la vida y obra de esos tipos a quienes solo la adolescencia les dio algún brillo, porque la adultez les quitó todo.

Bolos terminó la preparatoria trunca en otro lado. Mi hermano egresó ese año de la prepa y un año después ya sabía que iba a ser padre. Si no hubiera sido porque coincidimos en la universidad, yo no habría sabido nada de Bolos, y si no hubiera sido porque mi hermano se encontró a Bolos en el taxi, nunca habríamos sabido nada más de Roca. Supimos del Jiménez, que heredó el negocio de autopartes de su padre y lo modernizó. Supimos del Manos, que resultó ser un tiburón que las casas de inversiones se peleaban. Supimos del Sordo, que estudió abogacía nada más para saber cómo mantenerse fuera de la cárcel porque se dedicó a hacer dinero puerco con una especie de glotonería que daba asco de verlo. Supimos de muchos más, porque terminaron la universidad y se casaron por la Iglesia en fiestas de trescientos invitados. Tuvieron hijos. Pagaron a tiempo la hipoteca y engordaron, y cuando se hallaron por la calle se dijeron los apodos de antes y se recordaron un chiste común. Muchos de ellos se seguían viendo. Al Roca. Al Bolos. A ellos nadie los volvió a ver.

—¿Bolos y el Roca? ¿Por qué te llevó a verlo? —le pregunté a mi hermano, cada vez más intrigado por la historia.

—Es lo que te digo — me dijo—. Está más solo que la lepra y nadie se le va a acercar. El Roca está tirado a la mierda. Cuando el Bolos me dijo que lo fuera a ver yo pensé, Roca no va a querer que lo vea nadie. A mí no me gusta encontrarme gente y eso que nada más me divorcié. ¿Por qué iba a querer recibir visitas él?

—Y, ¿cómo está?

—Mal, mal de todo. Desde su salud hasta donde vive. Todo está mal. ¿Cómo te explico? Al principio no estaba muy seguro de que el Bolos me estuviera llevando a la casa de Roca. Me recogió en su taxi a media semana, después del trabajo, y manejó para el norte, como para la colonia Ejército

de la Revolución. Nos empezamos a meter por calles a las afueras, ya pasando el Anillo Periférico. Un montón de niños en motonetas robadas se acercaban a nosotros a ver quiénes éramos. Se le emparejaban al taxi y nos preguntaban ¿a quién buscan?, y le hacían señales a otros niños y a cholitos de banqueta. El Bolos los saludaba, a algunos hasta les decía por sus nombres y pensé: Soy un pendejo, Bolos me va a chingar. No sé. Lo vi a él tan jodido que pensé: Vio la casa de mis papás y me va a secuestrar por dos mil pesos cuando vea que yo no traigo nada. Habíamos echado una despensa para Roca en la cajuela y con eso poco se me había ido todo el dinero que traía. Nunca traigo mucho, pero igual pensé que a Bolos a lo mejor se le ocurría secuestrarme.

—¿Pues adónde te llevó? ¿Dónde vive Roca?

—¿Sabes dónde está el La Vista II? Pues más arriba, más perdido en el cerro, por donde siguen saliendo casas de ningún lado, casas a medio terminar, con las varillas saliéndose y las paredes sin pintar. Algunas sin agua, otras colgadas de los postes de luz. Muchas construidas sobre terrenos ocupados y con rejas de resortes de colchones, pero con antenas de televisión satelital. Bolos se detuvo en una casa como muchas: una obra negra que luego me enteré de que se la prestó alguien, amigo de sus papás, o algo así. La casa donde vivía con su mujer no era suya. La estaba pagando y tuvo que traspasar su hipoteca, y el dinero de ese traspaso se le fue como se le estaba yendo el resto del dinero. Tuvo que hacer muchas cosas porque se le empezó a pasar el tiempo y no se recuperaba y no se recuperaba. Así como agarró el trabajo, así lo perdió. Cambiaron el gobierno municipal con las elecciones, lo dejó la mujer y ya a nadie le importó que fuera amigo de nadie. Con el cambio de administración se perdió su finiquito. Alguien igual de ojete que él se lo habrá

embolsado y se quedó sin nadie a quién reclamarle, ni nada. Le dieron largas con la demanda que metió por el registro abierto. Está esperando a que resuelvan, pero a ver cuánto tiempo tardan, primero, en que le contesten, segundo, en que le digan algo que no sea que se vaya a la mierda. Y ahí está Roca. Esperando y a medio pudrirse. Está en la sala-comedor para no tener que moverse tanto para ir al baño y a la cocina. Ahí lo encontramos con el Bolos.

—¿Cómo es la casa?

—Es del tamaño de la recámara de mis papás. Un baño, una habitación, cocina, sala-comedor y patio de servicio, todo junto, amontonado en una mierda de casita de un piso sin forma que alguien construyó como midiendo todo a puros pasos. Pero eso no importa porque Roca está en la sala-comedor todo el tiempo, es la única parte de la casa que usa. Ahí está su catre, un catre militar muy viejo, con óxido por donde dobla, ahí están sus cosas para que se limpie la herida. Cuando entramos, Bolos me dijo: “Aguas con el olor”, como quien te dice: “No vayas a decirle que apesta”. Y es que huele a él por todos lados. Huele a un cuerpo enfermo.

Al fin habían hallado la casa entre las calles chuecas, derruida como un rostro de heroinómano en medio de una fila de alcohólicos. Bolos había llamado a la puerta y desde dentro la voz frágil e irreconocible de Roca le había contestado: “¿Quién es?”, dijo, “La policía, cabrón”, había bromeado Bolos. Mi hermano aún seguía pensando que lo más grave era la casa en el culo de la ciudad. Luego, Bolos empujó la puerta y entraron a un pozo sin luz. Era un cubil oscuro que olía como si Roca en verdad jamás hubiera logrado salir de ese registro abierto. Desde el fondo de esa oscuridad venía la voz quebrada y el rechinido del catre viejo. Bolos había encendido la luz y había abierto las cortinas.

“Para cerrar las cortinas sí te levantas, ¿verdad, cabrón? Ya te dije que necesitas que te pegue el sol”, le dijo, con una familiaridad que sorprendió a mi hermano tanto como la peste y el abandono de Roca, de quien quedaba ya muy poco. Con la luz que entró desde fuera, Rubén vio el catre sucio, el cuerpo enflaquecido y pálido de Roca, el bote de basura lleno a rebosar de gasas sucias, y la pierna envuelta en un vendaje torpe sobresaliendo de debajo de las cobijas. Roca se cubría de la luz con una mano, pero cuando sus ojos se recuperaron del primer deslumbramiento y notó a Rubén, se cubrió la pierna de inmediato con un pudor femenino.

—Diez meses —me dijo Rubén—. Diez meses con la pierna abierta, con la herida que no cierra nunca. No pueden cerrarla porque en cuanto lo hace se le anega en pus. Supura. No sabía muy bien cómo estaba todo cuando lo vi, no entendía por qué estaba así envuelto y no enyesado, no sabía por qué la infección era como es. Además, las primeras veces que hablé con él no le entendía nada.

—¿Por qué?

—Dice poco. Pero sobre todo es cómo lo dice. Es en parte cómo habla y también es algo más. Al principio me sorprendió su voz. Hablaba como si tuviera cáncer de garganta o yo qué sé. No se había dado cuenta de que Bolos no venía solo y había balbuceado así como nada más Bolos le entiende. Luego se dio cuenta de que yo venía también y empezó a moverse raro, a removerse entre las colchas arriba del catre. Bolos me dijo que fuera al carro por las cosas y bajé las bolsas con arroz, frijoles y aceite. Ni siquiera doscientos pesos de comida. Y el Roca me vio entrar con las bolsas y se volvió a tapar la cara. Pero no era el sol. Estaba llorando. Cuando me dio las gracias, todo flaco, canoso, así, acostado porque el Bolos le decía que no se levantara, le sonaba la voz cascada, rasposa, y estaba

llorando como si fuera un náufrago y yo fuera la primera cara conocida que veía en años, ¿te imaginas a Roca llorando? Yo no sabía qué decirle. Me salí por la tangente y le dije que le oía la voz rara. Fumas mucho, ¿verdad?, le pregunté y él no me entendió, tienes la voz de fumador, le dije como por hacer una broma, pero no era eso. “No hablo”, me dijo, “Cuando no veo al Bolos no hablo nunca con nadie”. Por eso tiene la voz tan rara.

Mi hermano y Roca platicaron durante un buen rato. Rubén tiene la facultad de hacer hablar hasta a las piedras. Ahora que él ha vuelto a ser un poco como antes del divorcio la gente alrededor de él sonríe. El mismo Rubén habla hasta por los codos, pero sabe detenerse cuando el anzuelo ya ha picado. Y uno siempre cae en él. Roca le había preguntado a Rubén “¿Cómo estás?”, y se había esperado que Rubén fuera un tipo brillante y exitoso. Pero en lugar de eso escuchó algo de los peores momentos del año más oscuro de mi hermano. Roca interrumpió, habló un poco, hizo algún comentario y antes de que nadie pudiera detenerlo ya estaba contándole todo a Rubén. Detrás de ellos, el Bolos se había puesto a trajinar por la casa con una cotidianidad maternal que a mi hermano lo hacía distraerse a ratos. Abría puertas, hacía sonar cazuelas sucias mientras las lavaba, pasaba la escoba vigorosamente mientras el Roca interrumpía la plática con mi hermano, “Deja eso, vente con Rubén y conmigo”, le decía Roca, y Bolos se afanaba y parecía que la escoba iba a tronar en sus manazas, “Acabo esto rápido, acabo esto rápido”, y seguía sin interrumpirse, pero también sin dejar de oír la conversación. A veces aclaraba puntos. A veces daba su propia explicación mientras seguía limpiando, sacudiendo, poniendo algún desinfectante y fregando la casa sin pudor ni pausa, con un comedimiento imposible de falsificar porque ya era parte de su vida.

—Roca se fatigaba nomás de hablar, no me lo vas a creer, pero boqueaba como si le diera miedo que me fuera a ir sin que me lo hubiera contado todo. Se le iba el aire y el Bolos dejaba de limpiar y se acercaba y le agarraba el brazo, le daba palmaditas, “Espérate compadre”, le decía, “No dejas ni hablar a Rubén”, le decía, pero yo no sabía qué decir, lo escuchaba y él parecía que se estaba ahogando en tantas palabras que no había dicho. Se cansó de hablar conmigo durante veinte minutos, como si hubiera ido a correr una hora.

La casa es tan pequeña que el Bolos no tardó en dejarla limpia. Luego se fue a sentar con ellos y con una de sus manos enormes acomodó la almohada de Roca, que se había incorporado para mirar cara a cara a Rubén.

Bolos se había acercado y, sin mediar explicación, había levantado las cobijas y había dejado al descubierto un montón de gasas que olían lo mismo a merthiolate rancio, a algodón humedecido, a sangre, a pus, a todo. Bolos había levantado aquello y había empezado a hacer la curación. Retiró todo lo viejo y usado. Vertió merthiolate en una gasa limpia y frotó la herida, una cuchillada desde el tobillo calcificado hasta casi la rodilla. Mi hermano no sabía qué hacer. No sabía si voltear a otro lado o si no darle importancia, como quien ya estaba preparado de antemano para presenciar eso. Roca estaba transido de dolor, palidecido. Bolos seguía su tarea con el desapego de las rutinas que nos imponemos. Al terminar había metido todo lo sucio a una bolsa y había puesto un vendaje nuevo. “Listo, compadre”. Y nada más ese momento de curación había callado a Roca, porque hasta entonces, a pesar de la fatiga, había hablado, hablado y hablado lo que apenas podía hablar con nadie. A pesar de Bolos, estaba solo. Gracias a él, no estaba completamente abandonado.

—A mí, carnal, me echaron pleito, me divorciaron, quemamos Troya y me costó un mundo seguir en contacto con mis hijas, pero yo siempre tuve derecho a réplica, a hablar, ¿entiendes? A él, ni eso. Cuando se le fue el trabajo y los gastos se empezaron a poner difíciles la mujer no le duró dos meses. En cuanto le estabilizaron la infección y lo sacaron del hospital la última vez se fue a su casa con la pata abierta, como está hasta ahora, y estuvo unas semanas puteando a todo pulmón. La mujer se cansó de que le gritaran, se cansó de ayudar, de cambiar vendas, de que el cabrón estuviera de malas todo el tiempo, imagínate, un hijo de la chingada como Roca, imagínatelo nada más, así, postrado, tirado sin poder moverse y a expensas de su mujer. Todavía fuerte a pesar de todo por entonces. Pero en cuanto ella vio que las cosas no iban a mejorar, no creas que le dijo adiós ni nada. Agarró lo que pudo de la casa, incluido al niño, con el Roca enfrente hecho mierda. Él le gritaba que la iba a matar a golpes, pero a ella no le importaba, ¿qué le iba a creer a ese pendejo? Lo dejó, tirado, con la pierna abierta en canal. Se fue, pero no solo se fue. Se aseguró de que él viera que lo abandonaba.

Roca había gritado hasta el cansancio, había rabiado, había llorado y se había gastado lo que le quedaba de su furia inextinguible en esas primeras semanas de incredulidad, arrastrándose por una casa que el banco no tardó en reclamarle.

—Y el cabrón postergó la operación que ahora necesita tanto porque traía encima el crédito hipotecario, y el del carro, dos cosas que acabó perdiendo o malbaratando en la desesperación; traía encima lo que todo el mundo anda cargando, por lo mismo que yo no podía comprar un pinche mueble para el depa o por lo mismo que no traía crédito en el celular, pero yo seguí buscando clientes con dos piernas y hubo quien me apoyó; a él no, a él se le fue todo, todo, todo, se

quedó sin un peso, trató de pagar, trató de hacer movimientos, pero quién le iba a prestar a un tullido. Hizo el traspaso y se buscó esa casita de mierda en donde vive. Todavía, me dijo, pensaba que la mujer se le iba a arrepentir, porque creía que se iba a recuperar en lo que te lo cuento y que iba a volver a su trabajo, que lo iba a recuperar todo quién sabe cómo y que todo iba a quedarse atrás y otra vez él se iba a cagar arriba de todos, y nada, nada le salió y lo perdió todo, carnal, todo. Seis meses, seis meses, que no me lo puedo creer, porque en seis meses todo lo que trabajó en la vida se le fue y ahí sigue, tirado, viviendo un poco de lo que los conocidos quieran darle, carnal, porque yo no sabía que ni siquiera su familia le habla, le dejaron de hablar desde que estábamos en la carrera, no lo aguanta nadie, y dice, no me lo creía, dice, que ahora le da miedo hasta la calle y por eso cierra las cortinas, dice que escucha voces en la noche y que se asusta, que se mete debajo de las cobijas y que reza para que se vayan, que no se le metan a robar a la casa, a robar como si hubiera algo qué robarle, porque lo perdió todo y está solo, carnal, más solo de lo que yo estuve nunca, yo carnal, que tú me viste en lo peor, ¿te acuerdas? En lo peor, cuando mis papás me insistían que me pasara a dormir al cuarto de invitados y dejara el estudio y yo les decía que no, que no quería porque sabía que iba a volver con Renata, pero nunca pasó, nunca volvimos y nunca he vuelto a entrar en esa casa, y luego entró el gorrión y terminé colgado... ¿Te acuerdas, carnal? ¿Te acuerdas de todo esto?

—Me acuerdo, carnal. También me acuerdo que no nos dijiste nada hasta mucho después. Me acuerdo que decíamos que había sido un accidente. Me acuerdo que no podíamos hacer nada.

—No. No podían hacer nada. Tenía que hacerlo yo. Pero así, en lo peor que estuve, jamás llegué a estar como Roca

—dijo al fin, y yo había estado esperando que mi hermano tarde o temprano llegara a esa revelación.

—Yo creo que tú nunca estuviste la mitad de solo —le dije, tanteando un terreno delicado—. Creo que a veces te jodimos un poco con nuestra insistencia, pero estábamos ahí. Y no es nada del otro mundo, o eso creemos. A veces siento que no hicimos nada o hicimos muy poco. A veces siento que no hubiéramos podido hacer mucho y por eso mejor optaste por la soledad.

—Sí, eso es cierto, pero no sabes, carnal, qué es la soledad de la que hablo. Creo que esa parte es la que nunca he podido ni he querido explicar. Y ahí sí sé de lo que hablaba Roca. Es la soledad de haber caído. Ahí no te acompaña nadie. Es como estar adentro de ese hoyo y ver a los demás arriba, vivos. No sé. Pensé mucho en todo esto, y le conté más sobre lo que a mí me había pasado. Le dije cosas que no le había podido decir a nadie, cosas que aunque no quieres que nadie sepa te urge decirlas en voz alta. No son competencias, digo, pero el caso es que ahí estábamos los tres, ahí habíamos llegado y había algo sobre qué hablar con ellos, sobre lo que pude hablar con ellos que no pude hablar con nadie más. Con ellos, no me jodas, con ellos con los que apenas hablé nada en la preparatoria. El Bolos, puro músculo, y el Roca, pura bilis. Un tipo que terminó en una situación en la que hacía falta ser un héroe para salir de ella, ¿no? Un héroe como de esos de los que luego cuentan las historias: Roca, ¿te acuerdas? Se rompió una pierna, lo corrieron del trabajo, se divorció, pero sacó fuerzas y nada lo detuvo, nada. Se levantó y ahí anda, míralo, ahí está de nuevo de pie. Un héroe, carnal, porque un héroe, así como es la vida de cabrona, no necesita de una guerra sino de un tropiezo que te arruine nada más, un héroe minúsculo si quieres, pero algo así. Y lo peor de todo, lo peor de una

situación así como la suya o incluso la mía, es estar consciente del tipo justo de hombre que hace falta y saber que no eres tú, saber que tú, frente a todo eso, no te puedes levantar.

Mi hermano carraspeó en el teléfono. La voz le sonaba áspera, cansada, una voz como de no usarse durante tanto tiempo en muchos meses. Lo escuchaba jalar aire. No sé si se le habría hecho un nudo. Las cosas habían ido mejorando para él, aunque tratara de evitar el tema. Pensar en Roca, tal vez, le causaba una clase extraña de pudor que le hacía esconder las cosas que había recuperado y aquellas cuya pérdida definitiva había logrado aceptar.

—¿Y la pierna? —le pregunté, porque siempre nos ayudó hablar de cosas más bien prácticas cuando los grandes momentos de revelación nos arrinconaban sin escapatoria. Rubén se había quedado callado y sonaban cosas en su lado de la línea. Tomó aire y exhaló con los ojos cerrados y mirando hacia arriba, dejando caer el teléfono sobre su hombro durante un momento.

—Envuelta como el cadáver de un niño. Ese día no la pude ver bien. Por vergüenza o asco, o lo que sea, miré para otro lado. Nos fuimos después de dejarle al Roca un arroz hecho para que tuviera algo qué comer. Bolos no puede ir a diario y a veces pasan días sin que Roca vea ninguna cara. Entonces, después de esa primera vez, quedamos en que yo iba a ir cuando pudiera. El Bolos me dijo que le recordara a Roca lavarse la pierna. Que lo ayudara con eso si podía. Hay que lavarla a diario, pero duele demasiado como para que Roca lo haga bien y a conciencia él solo.

—Pero tú no tienes paciencia de enfermero.

—Pues igual otra vez que fui a verlo, solo, Roca se la desenvolvió despacio porque le pedí que me dejara verla con calma para saber bien cómo limpiarla yo. Ni siquiera tiene

demasiada venda alrededor porque no puede dejarla sin que respire demasiado, pero tampoco puede exponerla mucho. Toma antibióticos, algo, pero no sé si son insuficientes o si el tipo no es adecuado y es para lo que le alcanza. No sé, pero la pierna no se ve nada bien. Es una herida abierta. Así. No se me ocurre cómo describirla. Es un corte largo desde un poco debajo de la rodilla hasta como unos diez centímetros antes del pie, en el tobillo. Es carne abierta que no puede dejar cerrar, porque... no sé por qué. Es una bacteria. Es todo lo que me quedó claro. Es una bacteria que está anidada en el hueso y los especialistas que lo vieron antes de que se le acabara el dinero le dijeron que hay que operar. El hueso no quedó de todos modos, así que además de rasparlo para que salga la infección creo que tienen que partirlo y volver a colocarlo por tercera vez. Creo que si tratan de cerrarla se infecta. No sé, carnal. No estoy seguro qué es lo que tiene. Ojalá supiera, pero el caso es que Roca no había podido, no había podido juntar el dinero y se la había pasado pidiendo prestado a los pocos que todavía le hablan. Me imagino que ahí en algún lugar tendrá una tarjeta de banco con el acceso a ese guardadito en el que tiene depositada su fe. ¿Cómo no va a tener miedo de que alguien entre?

»Esa vez lo limpié bien, a conciencia. Él se agarraba a los bordes del catre y veía hacia arriba con el rostro sin sangre y como en trance del dolor. Es un dolor diario al que no hay cuerpo que se acostumbre. No sabía cómo decírselo, pero le dejé quinientos pesos, todo lo que traía, así como al descuido. No, me dijo, y me dio un papelito con un número de cuenta. Dice que ya tiene casi todo el dinero que necesita, que se opera, que tiene que operarse antes de mayo o que de plano ya no tiene solución. Lo único que le han dicho es que es cien por ciento viable que se la amputen. Si hubiera sido por el médico

que le detectó la bacteria se la habrían amputado desde esa vez. El doctor que lo va a operar en mayo es el único que no quiere amputársela de todos los que ha visto. Todo el mundo le dice que eso que tiene, esa bacteria, no tiene solución y que hay que cortarle todo desde arriba de la rodilla, que ni siquiera se puede salvar la articulación por el riesgo de que se haya contaminado por dentro de tanto tiempo que lleva así. Si esta operación que él tanto espera no le sale, le van a cortar la pierna y lo peor es que no sé de dónde va a sacar dinero para que se la amputen, porque eso tampoco es gratis. Hay que pagar hasta para que te descuartice un experto. Así como te lo digo, le van a cortar la pierna porque un día no vio un hoyo abierto en el piso y porque caminó toda su vida hacia él sin darse cuenta. No duerme. Come poco. Nomás el Bolos lo va a ver seguido. Los demás, así como yo, cuando podemos.

—¿Muchos?

—No, no muchos. Después de que lo vi, el Bolos me dijo que había encontrado a más gente por su trabajo en el taxi o por un gimnasio donde supe a instructores. Gimnasio caro, de los bonitos, con máquinas e hidromasaje y nutriólogos y todo lo que se te ocurra. La gente que vamos a ver al Roca somos los que hemos tenido problemas. Los otros, no.

—¿Los otros?

—La gente a la que le va bien —dijo—. Los que lo vemos somos los pocos que tampoco vamos a esas reuniones de la prepa que hacen cada tantos años. ¿Los de tu generación también las organizan?

—Sí. Todos ven las mismas pinches películas gringas y sienten la obligación de copiarles.

—Eso. Ahí va la gente a contarse cómo triunfaron en la vida y que se compraron una casa en la playa y platican de que juegan golf. A alguno se le sale contar que tiene un segundo

frente y una familia en casa chica, pero hasta es como un detalle, ¿entiendes?, un lujito que se pueden dar. Amanda va, ha seguido yendo. Yo no. Pero después de la última no creo que vuelva. Fue ella quien me contó que ahí salió el tema del Roca. Todo el mundo lo sabía, carnal, todo el mundo. Todo el mundo sabe de mi divorcio, todo el mundo sabe del taxi del Bolos. Todo el mundo sabe del Roca, pero a todo el mundo no le importamos nada. Así de ridículo es esto, porque se me ocurre que la solución está ahí y es así de fácil. Para la operación le faltan diez o quince mil pesos al Roca. ¿Cuánto crees que tardarían en juntarlo entre el Manos y el Rama? Se han gastado más yéndose de putas, pero por alguna razón, entre toda esa gente que educó nuestra católica preparatoria, no hay uno solo que afloje cristianamente la cartera. Bueno, miento. No hay quien la afloje bien. Amanda les dijo que ella pensaba ir a ver al Roca. Les dijo que sería bueno llevarle un regalo, a lo mejor el dinero que necesita para la operación. Les pidió a todos ahí en caliente y entre todos los que estaban juntaron apenas dos mil. Nadie quiso cooperar. Ni siquiera el pinche Sordo.

—¿El Sordo?

—¿No te acuerdas? Él fue el que le aventó el bote de basura a Roca. Yo lo vi, yo estaba al lado con Renata. Hasta él mismo me preguntó antes de aventarlo: “¿Cuánto apuestas a que le pego desde aquí a ese imbécil?” “Sordo —le dije—, ni le muevas, te van a dar otra putiza”. “¿Cuánto apuestas a que no?”, me preguntó, y agarró el bote y se lo aventó con tan buena puntería que yo no sé si le dio nada más porque lo odiaba con toda su alma y sabía que no podía hacerle nada más que una humillación a escondidas: tirar la piedra y esconder la mano.

—¿El Sordo? Sabía que era medio rastrero, pero no pensé que hubiera sido él el que le aventó el bote. ¿Y no cooperó con nada?

—Cabrón gordo. Está forrado de billetes y está hecho una puerca.

—¿Gordo? Pero le encantaba el atletismo.

—Corría medio maratón, iba al gimnasio. Un rato siguió al Bolos a todos lados casi oliéndole los pedos. Cuando estaba estudiando Derecho le dijo a todos que hizo un Iron Man en no sé dónde y enseñaba fotos y le hacía al mamón. Así, todo en copretérito, porque ahora no hace ejercicio sino que nada más hace dinero. Se tituló y se conectó con Juan de la Tiznada y empezó a hacer negocios con gobierno; soborna en licitaciones de contratos de lo que se te ocurra, mete facturas apócrifas, le pagan por abajo del agua, se mocha con todo el mundo, con políticos, con la Maña, con el que haga falta y mama, mama y mama alcohol sin respirar siquiera. Está inflado de chupe y de dinero. ¿Sabes qué dijo cuando le preguntaron si ponía algo para Roca? Dijo que no, pero que cuando llegara la amputación, él la cubría completa. Amanda dice que lo gritó, para que lo oyeran todos y hubo unos que se rieron. Amanda estaba encabronada. Le preguntó por qué, porque sabía que iba a decir algo bueno, y el Sordo dijo que no valía la pena gastar dos veces en el Roca. Así de ese tamaño. Vieras el puto gusto que le dio decirlo. “Me lo saludas”, le dijo a Amanda. “Dile a Roca que seguimos pensando en él”. Así dijo, con una risita que ya no sé si me estoy inventando porque no puedo creer que al Sordo le quede alma para reír, pero vas a ver, carnal, vas a ver y van a ver todos esos cabrones. El Roca se va a poner bien porque así es él. Se va a poner bien con tal de chingárselos a todos.

—¿De dónde va a sacar la lana? —pregunté, pero no quise que Rubén entrara en detalles antes de cerrar la historia, pregunté el detalle que se había quedado sin aclarar—. A todo esto, Rubén, no me has dicho cómo es que el Bolos volvió a encontrar al Roca.

—El azar, igual. Un día después de que lo dejó la mujer, Roca terminó en emergencias por lo de la pierna. Cuando lo dieron de alta el médico de guardia no sabía qué hacer con él. Le preguntó si había alguien a quién llamar para que lo llevaran a su casa porque lo había llevado alguien, un vecino o ve tú a saber quién, pero lo dejaron ahí en el hospital y todo el mundo se lavó las manos. El médico, un tipo que había conectado alguna vez al Bolos para vender anabólicos de contrabando en los gimnasios, le llamó a Jorge, su taxista de confianza. Bolos llegó y cargó a Roca, lo subió en vilo al taxi y le dijo: “Ni siquiera te voy a cobrar el viaje, pinche Roca, pero te voy a dar de madrazos de aquí hasta que lleguemos a tu casa. Todavía me la debes, hijo de la chingada”. Dice el Bolos que nada más se rieron juntos. “Tú arrímate una silla enfrente de mí para que no me agarres con ventaja y vamos a ver de a cómo nos toca”, le contestó Roca, todavía con lo que le quedaba de ser Roca y que ya quién sabe si va a volverlo a ser. No sé si se habrán puesto otra golpiza. Así como estaban de locos, puede ser. A lo mejor por eso se volvieron tan amigos.

Seguimos platicando un poco de una cosa y otra. Volvimos muchas veces a lo de Roca, a lo del divorcio de mi hermano, a lo de sus hijas lindas, que crecen y que ven a su papá en domingo, a lo de algunas personas que no hemos vuelto a ver, pero que sabemos que aún están ahí. Hablamos al fin del trabajo que mejora, de dos o tres cosas que pasamos cuando niños y que teníamos que aclarar. Hablamos sobre

Nadia y sobre Diana, sobre el nuevo trabajo que empezó y sobre la sonrisa que le ha heredado a su hija. Le hablé de mi terapia. Hablamos mucho tiempo y al final, cuando nos despedimos, no supe qué decirle para que supiera que todo iba a estar bien. Quería tranquilizarlo, decirle que nunca se verá postrado como Roca, sin nadie que vele por él. Quería decirle que yo sería ese Bolos, que para algo nos dimos en la madre tantas veces Rubén y yo. Quería decirle que él logró escalar fuera de ese hoyo y que ya está ahí, de nuevo caminando, aunque no se haya dado cuenta aún de lo largos que van sus pasos. Quería decirle tantas cosas que no sé por qué lo único que se me atravesó, desde el fondo de una lectura vieja, fue un verso que tiré como si fuera mío, pero que él completó como si lo supiera de memoria, tal vez porque llegó a las palabras justas a través de su experiencia.

—La vida iba en serio, Rubén.

—Sí, pero eso uno lo empieza a comprender más tarde.

Fotografía: César Quiñones



*Luis Miguel Estrada Orozco*. Narrador y docente. Su obra ha aparecido en publicaciones y antologías en México, España y Estados Unidos. Ha publicado los libros de cuento *Colisiones* (Premio Nacional de Cuento Juan José Arreola 2008), *Alain Prost* (Premio Nacional de Cuento Agustín Yáñez 2012), *Journeymen* (Premio Nacional de Literatura Gilberto Owen 2013), entre otros, y el libro sobre boxeo *Crónicas a contragolpe* (La Dulce Ciencia Ediciones, 2014). En 2017, recibió una mención honorífica en el Certamen Internacional de Literatura Sor Juana Inés de la Cruz. Fue beneficiario del Programa de Estímulos a la Creación de Michoacán (2005 y 2010). Es maestro en Literatura Mexicana por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, donde colabora actualmente. Doctor en Lengua y Literaturas Romances por la Universidad de Cincinnati. Realizó una estancia posdoctoral en la Universidad de Brown, donde también fue profesor visitante. Es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte, perteneciente al Fondo para la Cultura y las Artes (FONCA).

*Los tres días del gorrión* es un volumen de cuentos enlazados, escritos en primera persona, que da cuenta de las vicisitudes y desdichas, de las altas y bajas de la vida cotidiana de una familia. A lo largo del volumen, el lector conoce cada vez mejor a los personajes, los comprende. Destaca la prosa, pulcra y sin tropiezos.

Armando Alanís

En este libro de relatos entrelazados, como lo dice su nombre, la figura del gorrión es el primer elemento simbólico, concreto y narrativo, que le da sentido a diversas historias y atmósferas vinculadas, pero con cierta autonomía narrativa. La voz narrativa entrelaza personajes e historias por las que pasan tormentas familiares, el *bullying* en la escuela de la hermana, el abandono paterno, la vida misma que va en serio. Este libro de relatos cruzados guarda una fuerza narrativa que se debe a su lenguaje preciso y sobrio, enfáticamente atinado en sus contundentes diálogos y premisas.

Gustavo Ogarrio

—La vida iba en serio—, sentencia casi al finalizar *Los tres días del gorrión* uno de sus personajes; pero decirlo es más fácil que internalizarlo, que aceptar que ponemos la vida en juego aquí, hoy, en este y todos los presentes. A falta de esta comprensión plena, nos toca vivir desencontrándonos, incapaces de enunciar las palabras clave inclusive hasta a nuestros más cercanos e íntimos amigos. Los cuentos de este libro son eso, un catálogo de incomunicados, un inventario de soledades.

Sergio Gutiérrez



SDC